



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA
ESCUELA DE POSTGRADO

**“MOVIMIENTO OKUPA:
PRAXIS, REDES SOCIALES Y FORMAS DE ACCIÓN COLECTIVA”**

TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE MAGÍSTER EN CIENCIAS SOCIALES,
MENCION SOCIOLOGÍA DE LA MODERNIZACIÓN

WALESKA MONSALVE ROMÁN

PROFESOR GUÍA:
CLAUDIO DUARTE QUAPPER

Santiago - Chile

2013

La propiedad es el robo. (...)La idea de robar es la de un hombre que oculta, coge, distrae una cosa que no le pertenece. (...)La propiedad es el derecho que tiene el hombre de disponer de la manera más absoluta de una propiedad social. Por consiguiente, si estamos asociados para la libertad, la igualdad, no lo estamos para la propiedad; luego, si la propiedad es un derecho natural no es social, sino anti-social.(...)El derecho de ocupación impide la propiedad, el derecho del trabajo la destruye.(...)He demostrado el derecho del pobre; he probado la usurpación del rico; pido justicia: la ejecución de la sentencia no me incumbe."

P.J. Proudhon, (1840) *¿Qué es la propiedad?*

INDICE GENERAL

	Página
Introducción	5-27
1. Nacimiento del fenómeno okupa.....	5
1.1. Antecedentes de la okupación.....	6
1.2. Antecedentes de la okupación en Chile.....	15
2. Hacia una problematización de la ocupación en Chile: Propuesta de investigación.....	23
2.1. Aspectos Metodológicos.....	26
CAPÍTULO PRIMERO:	
Vivir de otro modo es posible ¡Okupa y Resiste!.....	28-50
1. La gestación de un movimiento contracultural.....	28
2. Primeros acercamientos a la okupación: Motivaciones e Ideales.....	36
3. Autogestión. Principio básico de organización.....	41
3.1. Autogestión de la vida cotidiana.....	42
3.2. Creación de Centros Sociales Okupados (CSO).....	44
CAPÍTULO SEGUNDO:	
Redes Sociales. Análisis de su articulación y alcances.....	51-78
1. Redes sociales, una perspectiva teórica y metodológica.....	52
1.1. Nuevas orientaciones en el Análisis de Redes Sociales (ARS).....	54
2. Articulación, funcionamiento y alcances de las redes sociales.....	57

2.1.	Vínculos con el entorno.....	59
2.2.	Trascendencia de las redes.....	69
2.2.1.	Relaciones entre okupas.....	70
2.2.2.	Relaciones de okupas con otras organizaciones libertarias.....	73
3.	Expresiones y proyecciones de las redes.....	76

CAPÍTULO TERCERO:

Entre la Teoría y la Práctica: Perspectivas para analizar los fenómenos de acción colectiva..... 79-111

1.	Perspectivas teóricas de la acción colectiva.....	79
1.1.	Teoría de Movilización de Recursos (TMR).....	82
1.2.	Escuela Europea y el nuevo paradigma.....	88
1.3.	Acción colectiva y actores sociales en América Latina.....	93
2.	Experiencias de Acción Colectiva: Objetivos y Repertorios de Acción	99
2.1.	Motivaciones y Objetivos.....	101
2.2.	Repertorios de Acción.....	104
2.2.1.	La violencia como repertorio.....	104
2.2.2.	Nuevos repertorios de acción.....	106
3.	Perspectivas y proyecciones políticas del movimiento de okupación....	108

CAPÍTULO CUARTO:

Reflexiones Finales..... 112-116

Bibliografía..... 117-121

Agradecimientos

Agradezco a quienes compartieron sus experiencias de vida conmigo, permitiéndome conocer sus motivaciones, ideales y sus sueños de cambio social. A ellos mi enorme gratitud, pues sus palabras fueron la base sobre la que se construyó esta investigación.

De manera especial, agradezco a mi profesor guía Claudio Duarte Quapper, por su paciencia, dedicación y compañía en todo este proceso.

A todos quienes me acompañaron en este largo viaje de aprendizaje, empujando y alentando cada vez que el camino se ponía difícil. Un abrazo fraterno a mis queridas amigas por su cariño y apoyo, por caminar conmigo siempre.

A mi familia, por el amor y la confianza demostrada a lo largo de este proceso y en cada una de las aventuras que he emprendido, sé que cuento con ese apoyo incondicional que estimula las ganas de avanzar y que no limita la imaginación. Gracias por dejarme volar.

A mis padres y abuelos, todo.

Introducción

Durante los últimos años nuestro país ha sido escenario de variadas manifestaciones sociales que han cuestionado abiertamente el orden institucional. En el marco de estas expresiones, llama la atención que la mayoría culmine en actos de violencia los que suelen ser atribuidos -principalmente por los medios de comunicación- a grupos anarquistas.

Se ha instalado en el imaginario colectivo la asociación de okupas – anarquismo – violencia, como una triada inseparable cuyos componentes deben ser erradicados. Sin embargo, poca información podemos encontrar sobre quiénes conforman estos grupos, cómo viven y las razones de su actuar.

En el año 2011 adquiere revuelo mediático el denominado Caso Bombas, en el cual se acusó a grupos anarquistas -vinculados a diversas okupas- de ser parte de una red terrorista que tenía por objeto la colocación de artefactos explosivos en recintos privados. A pesar de que no habían pruebas concluyentes que ratificaran la hipótesis planteada por el ministerio público, los acusados fueron criminalizados y sometidos al juicio público.

Este tipo de acontecimientos me impulsó a conocer el movimiento okupa desde sus orígenes, saber quiénes son, y desde ahí poder reconstruir las motivaciones y significados de sus acciones.

1. Nacimiento del fenómeno okupa.

Hacia fines de los años sesenta se experimenta en Europa una crisis habitacional provocada por el aumento descontrolado del sector inmobiliario, el que sumado a la precariedad laboral, restó la posibilidad a muchas familias de acceder a una vivienda propia. En este contexto nace el movimiento Okupa, presentándose como una alternativa a este conflicto, expresando el antagonismo entre el valor social de las viviendas y su uso como medio de enriquecimiento privado (Costa, 2004).

Al problema de la especulación, se sumó el descontento generalizado por el costo social que generó la instauración de un sistema de mercado en el que no todos tenían

cabida. Los índices de cesantía crecieron, familias completas quedaron en una situación de desamparo. Así la okupación de viviendas y edificios abandonados se convirtió en una forma real de suplir la carencia de una vivienda digna.

El fenómeno se extendió por toda Europa adoptando en cada país características particulares derivadas del contexto socio-político con el que se enfrentaban. En la década de los ochentas se observan las primeras okupaciones en Sudamérica, las que fueron expresión de una juventud oprimida y sin espacios de expresión en sociedades que estaban sumidas en el letargo provocado por las dictaduras militares.

A continuación expondremos una serie de experiencias de okupación, tanto en Europa como en Chile, con el objeto de mostrar las causas que llevaron a su aparición en distintos países, las similitudes en su implementación y las particularidades que han asumido en cada caso.

1.1. Antecedentes de la okupación

El movimiento de okupación se expandió por: Francia, Holanda (*Crackers*), Alemania (*Besetzers*), Italia, Inglaterra (*Squatters*) y España, tomando cada uno matices propios otorgados por los contextos sociales, políticos y económicos en que surgieron. Conjugaban desde las necesidades de alojamiento y reunión de grupos *punkies* hasta comunidades de vida alternativa o comunas *hippies* (Martínez, 1997). También hubo experiencias más ligadas al desarrollo artístico como en Francia, donde okupar parecía algo exclusivo de artistas y músicos.

En Holanda durante la década de los 50' comenzó la okupación de inmuebles abandonados con el objeto de contrarrestar el déficit habitacional, sin embargo, será en la década del 60' cuando se formará un movimiento de okupación o *Crackers* compuesto principalmente por jóvenes. La lucha por el derecho a la vivienda -considerado más importante que el derecho a la propiedad- alcanzó su punto culmine en los años 80'. En sus inicios la acción era ejecutada por una o más familias que se encargaban de localizar un lugar y llevar a cabo la tarea de forma autónoma, sin contar con una red de apoyo ni con un plan de seguridad. Con el transcurso del tiempo, la okupación se transformó en un acto

organizado, tanto que existían “Asambleas de Okupas” organizadas por barrios que tenían la función de identificar las casas vacías y supervisar el proceso de instalación.

Holanda es un caso particular, pues hasta el año 2010 estaba permitida por ley la okupación de inmuebles que hubiesen permanecido deshabitados por un año. En caso de que el propietario quisiera recuperar su casa, debía recurrir a un proceso judicial y demostrar que tenía un proyecto a corto plazo. Esta situación cambió el 1 de octubre del 2010 cuando entró en vigencia la nueva ley que penaliza la okupación de viviendas sin el permiso de su propietario. En la actualidad, la okupación es ilegal pero sigue practicándose, al igual que en muchas partes del mundo.

En Alemania se inició el proceso de okupación a fines de la década de los 70's y principios de los 80's. Los okupas, denominados *Besetzer*, se propagaron por toda Alemania (Occidental y del Este) pero será en Berlín donde se concentrará el mayor número de okupaciones, principalmente después de la caída del muro el 9 de noviembre de 1989. Las razones que impulsaron el aumento de las okupaciones estaban centradas en el rechazo a la especulación inmobiliaria y a la existencia de un gran número de viviendas abandonadas, a pesar de que había muchas familias sin hogar. En el momento de mayor auge de ésta práctica se llegaron a crear extensos barrios con todo tipo de servicios e iniciativas contrainformativas.

La caída del muro de Berlín intensificó la persecución contra las okupas, acelerándose los desalojos. Una de las principales medidas adoptadas por el gobierno para contrarrestar estas acciones, fue la creación de iniciativas que permitieran la legalización de la okupación de viviendas a través del cumplimiento de ciertas condiciones como el pago de bajos alquileres, subvenciones del Senado de Berlín en caso de que las casas organicen actividades de interés colectivo, entre otras medidas. Si bien, la gran mayoría decidió aceptar las condiciones del Estado, un pequeño grupo no lo hizo pues las consideraron contrarias al espíritu original: luchar contra un sistema político y económico que es injusto y, por sobre todo, contra la especulación inmobiliaria. En la actualidad quedan muy pocas casas okupadas en su sentido más auténtico, es decir, ilegales¹.

¹Ver: “Berlín está postokupada” [en línea]. En: <http://www.berlunes.com/berlin-esta-postokupada> [Consulta: 22 de septiembre, 2012].

La experiencia de Italia se enmarca en la crisis habitacional de los años setenta. La primera okupa aparece en enero de 1971, cuando familias obreras –de orientación anarquista- ocupan un palacio vacío en Milán. Un día después son desalojados por la policía con la incumplida promesa de que se les iba a encontrar alojamiento.

De forma paralela se vivió la okupación de numerosas viviendas, locales vacíos, fábricas, ayuntamientos, centros escolares y universitarios, que en el caso de los Centros Sociales Autogestionados continúan hasta la actualidad. En la mayoría se dejó sentir la influencia de las reivindicaciones políticas del comunismo partidista, así como también de otros grupos de izquierda más radical (Martínez, 1997).

Uno de los centros sociales más reconocidos y con mas trayectoria de la península itálica es el “Forte Prenestino”, antiguo presidio ubicado en la zona céntrica de Roma. Desde los años ochenta se ha convertido en un referente para la mayoría de los okupas, ya que en sus dependencias se han realizado importantes actos culturales y shows como el caso de Nirvana y de Mano Negra, por mencionar algunos².

Como hemos observado, el movimiento se expandió con gran velocidad por toda Europa, donde muchos ciudadanos se vieron empujados a buscar formas alternativas de establecerse. Sin embargo, a pesar de las similitudes de contexto, hay dos experiencias que hemos decidido tratar por separado y en profundidad debido a su relevancia en la historia de este movimiento.

Inglaterra y España marcaron pauta, pues ambas desarrollaron un proyecto contracultural que dotó al movimiento de una identidad propia a través de la construcción de símbolos, la creación musical y una estética. Los procesos que permitieron esta consolidación los observaremos a continuación.

Margaret Thatcher asumió la primera magistratura inglesa en 1979 e implementó el sistema de libre mercado (o economía neoliberal) que se tradujo en reformas estructurales al sistema de relaciones económicas, caracterizadas por masivas privatizaciones. Esto trajo como consecuencia un recorte en el gasto público, el aumento de la inflación, un gran desempleo y precarización laboral. Para contrarrestar el coste social de dichos ajustes,

² Ver: Scabuzzo, Claudio (2010). “Los okupas, anarquistas del siglo XXI”. La terminal, ida y vuelta a la realidad, [en línea]. En: <http://laterminalrosario.wordpress.com/2010/01/22/los-okupas-anarquistas-del-siglo-xxi/> [Consulta: 22 de septiembre, 2012].

impulsó paralelamente un sistema que daría acceso a los sectores más desposeídos a una vivienda a cambio de aceptar ciertas obligaciones, pero los afectados/beneficiados lo rechazaron (Rodríguez y Mery, 2003).

A causa de la pobreza –en algunos casos- y de corrientes contraculturales y estéticas –en otras-, la okupación de viviendas abandonadas comenzó a proliferar en Londres. Se les denominó “*squatters*”, su orientación ideológica estaba muy ligada a la rebeldía y a la música punk, por lo tanto su consolidación deriva de la gran cantidad de jóvenes que adoptaron una estética contestataria, utilizando su cuerpo delgado como evidencia del hambre, y su vestimenta como evidencia de la precariedad en la que vivían. Este fue su modo de protestar:

“(…) los punk se enmascararon, ansiosos por recrearse a sí mismos en forma de caricatura, por “disfrazar” su destino con sus auténticos colores, por sustituir el hambre por la dieta y por resituar el look harapiento (“descuidado” pero meticulosamente elaborado) a mitad de camino entre elegancia e indigencia. Después de hallar su reflejo perfecto entre cristales rotos, después de haber hablado a través de camisetas celosamente agujereadas, tras haber manchado el buen nombre de la familia, el punk se volvió a encontrar en la casilla de salida: un “condenado a cadena perpetua” en estado de “incomunicación” pese a los feroces tatuajes” (Hebdige, 2004:94).

Ninguna subcultura ha tratado con mayor insistencia de separarse del paisaje supuestamente incuestionable de la cultura dominante como la de los punks; nadie como ellos ha buscado atraer sobre sí la desaprobación de las autoridades y de los sectores acomodados de la sociedad.

Así, el punk (con su estética) se convirtió en el símbolo de la crisis social inglesa, convertidos en íconos por el color de su pelo, las cadenas que colgaban de sus cinturones, la ropa desgarrada y el aire famélico, asumieron la misión de revelar la existencia de un sistema desigual, sin oportunidades laborales ni de desarrollo personal. Las okupaciones se convirtieron en el refugio de estos jóvenes que optaron por “*una condición de exilio absoluto, voluntariamente asumido*” (Hebdige, 2004:94).

La okupación implica un modo alternativo de ver el mundo. A través de ella encontraron un lugar donde vivir, donde divertirse, y donde podían desarrollar una visión propia de la cultura, el arte o la música.

La música se convirtió en uno de los principales medios de expresión, abandonando el virtuosismo del *rock&roll* se abocaron a construir un sonido que reflejara lo que sentían. Con tres acordes expresaban el cansancio, el asco, el desgano de vivir insertos en una sociedad con la que no compartían nada. Letras directas y desafiantes reflejaban su sentimiento de frustración y opresión. La sensación de que no existe nada más allá del hoy, es el “*No future*” que proclamaban los Sex Pistols, una de las bandas más representativas e irreverentes del punk inglés. Emergiendo como respuesta al rock progresivo de los años 70’s, serían el reflejo de una juventud desencantada de la falacia de la modernidad.

En la medida que la práctica de okupar se fue generalizando se convirtió en un problema para el Estado, lo que generó la adopción de una serie de medidas represivas que buscaban frenar su aumento y penalizarlas con cárcel. Una de las más importantes fue la aprobación de la *Criminal Act Bill* en 1994, que instaba a los *squatter* a aceptar viviendas oficiales. Si no las aceptaban, se aceleraban los trámites de desalojo, les prohibían el activismo público y penalizaban la okupación con cárcel (Martínez, 1997).

En España el movimiento de okupación llega con una década de desfase en relación a otras experiencias europeas. Este retraso fue consecuencia del estancamiento político y cultural heredado de la dictadura de Francisco Franco (1937-1975), la que se caracterizó por ejercer una violenta represión hacia los grupos de izquierda y por la instauración de radicales medidas que apuntaban a la modernización y estabilización del sistema económico, las que no hicieron más que profundizar los problemas sociales.

Franco muere en 1975 y con ello se pone fin a la dictadura. Con el retorno a la democracia se vive el “destape español” el que consistió en la restauración de las libertades individuales, el resurgimiento de la actividad cultural y en una apertura a las manifestaciones de todo tipo. Este proceso contribuyó a que se visibilizaran los conflictos sociales, siendo el de la vivienda uno de los problemas que afectaba a un mayor número de ciudadanos.

El origen de este problema estaba en la especulación inmobiliaria que permitía la construcción de casas en volúmenes desproporcionados, las que al no ser vendidas

quedaban desocupadas. Lo mismo sucedía con edificios o casas antiguas, por eso cuando la gente emigraba simplemente abandonaba su hogar.

Este conflicto por la vivienda se venía arrastrado por décadas, pero fue a principios de los ochenta cuando la ciudadanía intenta resolverlo mediante las organizaciones vecinales quienes impulsaron las ocupaciones de casas abandonadas con fines habitacionales. Este conflicto se sigue arrastrando hasta la actualidad y tiene total vigencia, lo que se corrobora con los resultados del censo de vivienda realizado en la ciudad de Barcelona el año 2001, donde se estableció la existencia de 97.000 viviendas desocupadas³.

Frente a esta realidad, no es extraño que el proceso de consolidación del movimiento okupa haya sido tan rápido. Surgieron como el relevo de las asociaciones de vecinos, la diferencia radicó en que los okupas se plantearon desde el comienzo como un movimiento fuera de la institucionalidad, razón por la que adoptaron estrategias de acción más radicales. Fue así como en un corto periodo las ocupaciones (con c) se transformaron en okupaciones (con k).

La diferencia principal entre el movimiento vecinal y la okupación radica en el carácter colectivo – individual en que se planteaba el derecho a la vivienda. En el caso del movimiento vecinal se trataba de casos particulares de familias que carecían de un espacio donde vivir, pero esta reivindicación no se planteaba de forma colectiva, sino que eran peticiones individualizadas, apoyadas puntualmente por las asociaciones de vecinos. Por su parte, el movimiento okupa promueve la apertura de estos espacios a la comunidad y a la creación de Centros Sociales:

“La reivindicación okupa de viviendas será planteada como un espacio público y una alternativa al modo de vida caracterizado por las relaciones de poder del Estado capitalista, y de los espacios públicos, para uso colectivo y autogestionado, para la realización de actividades sociales alternativas, frente a aquellas actividades que son propuestas desde los poderes institucionales” (Gutiérrez, 2004: 117).

³ Esta cifra es entregada por Carme Trilla, Directora General de l’Habitatge. En: Royo, Octavi; Ferré, Ignasi (2008). *Okupa: Crónica de una lucha social* (Documental). España: Prokaos.

Otras de las diferencias relevantes es la forma de relacionarse con la institucionalidad. Una vez que las casas eran ocupadas por las familias se convertían en propiedad privada y entraban en las lógicas partidistas tradicionales. La cooptación voluntaria al sistema tiene que ver con el objetivo de ser reconocidos como interlocutores válidos ante el Estado para poder pedir y negociar mejoras en su situación.

Por otro lado, el movimiento okupa nunca ha tenido interés en formar parte de las lógicas partidistas, ni busca convertirse en un interlocutor válido para el Estado, simplemente porque no creen en él, por ello buscan un camino paralelo apoyado en principios de sobrevivencia a partir de la autogestión.

La base fundamental de los principios evocados por los okupas está en la filosofía anarquista, la que tiene como precepto:

“El único orden viable resulta de la cooperación espontánea y voluntaria de los individuos en el seno del organismo social. Puesto que la ley es una restricción exterior, inhibe la auto-regulación y, por lo tanto, peca de ilegitimidad moral. Anarquismo significa vida sin gobierno” (Melville, 1980:128).

De ahí que los principios de horizontalidad y autogestión sean el espíritu de toda okupación.

A pesar de la diversidad de okupaciones, -que abarca desde colectivos marxistas, feministas, artísticos, etc.- la gran mayoría tiene una base anarquista y tienen como objetivo construir centros sociales con el fin de avanzar hacia una reestructuración de la sociedad desde las bases.

La historia de la okupación en España tiene su primer episodio en el año 1985, cuando un colectivo decide habitar un edificio situado en el número 83 de la calle Amparo, en el Barrio de Lavapiés –Madrid-, el espacio fue okupado por el colectivo “KOKA”, un grupo de personas que se autodenominaba “Kolectivo de Okupantes de la Kasa del Amparo”. Desde un comienzo, se destacó la participación de un gran número de jóvenes de distintos niveles sociales pero con un proyecto más o menos común: *“mantener un local donde poder desarrollar sus propias actividades socioculturales al margen de las instituciones”* (El País, 3/11/2008).

A pesar del impulso inicial y del apoyo otorgado por diversos actores sociales, la casa fue desalojada unos días más tarde.

La mayoría de las okupaciones importantes están en la zona de Lavapiés pues posee una gran cantidad de inmuebles deshabitados. Entre los años 93 y 94 se okuparon a lo menos 5 edificios, de los cuales varios fueron desalojados. Uno de los más importantes fue conocido como “El Laboratorio”, ex Instituto de Investigaciones Agrarias que fue okupado en 1997. El lugar se convirtió en un centro cultural donde se organizaron charlas, seminarios y recitales. Las habitaciones vacías se transformaron en treinta viviendas, una biblioteca, un comedor popular una sala de reuniones y una guardería (Fernández y Martínez, 2001).

En la medida que la práctica de okupar casas, edificios o espacios industriales abandonados se fue masificando, se convirtió en un problema para el Estado por dos razones: por un lado afectaba los intereses económicos de las inmobiliarias, y por otro veían con malos ojos la proliferación de estos lugares donde se reunían sujetos que tenían una visión crítica de la sociedad, siendo muchos de ellos participantes activos de diversos movimientos sociales. No pasó mucho tiempo antes de que fueran perseguidos y criminalizados por las autoridades⁴.

Uno de los puntos de inflexión en la historia del movimiento está en el año 1996 por dos razones: Primero, entra en vigor el nuevo Código Penal que aumenta ostensiblemente el castigo a la okupación. Segundo, es el año de la okupación y desalojo del Cine Princesa.

El Cine Princesa estaba ubicado en Vía Laietana, en pleno centro de Barcelona. El edificio estuvo quince años desocupado, hasta que el domingo 10 de marzo de 1996, una treintena de okupas se tomaron el espacio. Una vez reparado y limpiado fue abierto al barrio. En este lugar se desarrollaban actividades como exposiciones, debates, charlas, fiestas o conciertos para autogestionarse.

⁴ La criminalización del movimiento okupa tiene varias explicaciones, una de ellas es la que entrega el abogado Jaume Assens quien afirma que la criminalización es una forma de encubrir el problema real que es el alcance del negocio inmobiliario, es por esto que la okupación causa tanto daño, ya que ocupa casas o edificios que son apetecidos por las constructoras. Con este argumento de base señala que el Estado “*trata a los okupas como si fueran el problema cuando de las 70.000 o 80.000 casas abandonadas que hay en Barcelona, las casas okupadas representan el 0.008%. El problema son las 80.000 casas abandonadas, no el 0.008% de casas okupadas. Tratan el 0.008% como problema olvidando el otro y entonces penalizan la okupación*” En: Royo, Octavi; Ferré, Ignasi (2008). *Okupa: Crónica de una lucha social* (Documental). España: Prokaos.

La madrugada del 28 de octubre de 1996, se inició el operativo de desalojo, que incluía un despliegue de medios y de policías antidisturbios. La espectacularidad del desalojo y la desproporción de los medios utilizados por la policía provocaron una corriente social y popular favorable al movimiento okupa que desencadenó una serie de multitudinarias manifestaciones, algunas de las cuales terminaron violentamente (El País, 28/01/2003).

Los detenidos fueron acusados de resistencia a la autoridad, sin embargo seis años después, la Audiencia de Barcelona dictó sentencia absolutoria para todos los acusados.

La creación de Centros Sociales Autogestionados (CSOA) es el sello distintivo de la okupación española, la diversidad de actividades que se desarrollan en estos espacios abarcan desde la construcción de centros culturales (en los que se pueden encontrar exposiciones, bibliotecas populares, salas de teatro y diversas expresiones artísticas) hasta la creación de comedores públicos, como es el caso del “Comedor Público Vegetariano” en el C.S.O. “La casa de Muntanya”. Ambos sitios fueron desalojados.

La duración de estos espacios es relativa, existen experiencias que han resistido por más de una década, mientras hay otras que solo duran unos pocos meses. Mantenerlas es tarea difícil pues exige compromiso y trabajo tanto de sus componentes internos como de las redes generadas con el entorno.

A pesar de los embates, el movimiento sigue en pie. Uno de los mecanismos de resistencia ha sido la creación de asambleas regionales de okupas, constituidas por un representante de cada espacio okupado de la ciudad, el objetivo de ellas es encontrar una manera más efectiva de defenderse ante los intentos del Estado por destruirlos. Una de las más representativas es la “Asamblea del Movimiento Okupa de Barcelona”.

La experiencia española será imitada en muchos países, sobre todo en los de habla hispana. Los principales medios de difusión serán libros autoeditados, fanzines y documentales, material que circula de mano en mano o a través de las redes sociales y/o de medios contrainformativos. Otro importante medio de difusión ha sido la música, principalmente el punk, el cual se ha convertido en un medio de expresión para gritar su descontento y desesperanza a través de sonidos estridentes y letras desafiantes. A través de estos medios, las experiencias del movimiento okupa lograron cruzar el océano hasta llegar a este lado del continente americano. Sin duda, la okupación española es la que tiene más

seguidores y en ella se basaron la mayoría de los experimentos latinoamericanos, incluido el chileno.

A continuación nos centraremos en las experiencias de okupación en Chile, su historia y alcances, con el objeto de establecer sus contextos de reproducción, descubrir sus principales características, y establecer en qué estado de desarrollo se encuentra el movimiento en nuestro país.

1.2. Antecedentes de la okupación en Chile

Las proyecciones de este movimiento llegan a Chile en la década de los ochenta, periodo en el que el país enfrentaba la crisis económica de 1982, la que contribuyó a visibilizar aún más las brechas creadas por la imposición del neoliberalismo. Lentamente el país despertaba del letargo provocado por una década de represión y comenzaba a emerger en el espacio público para reclamar el fin de la dictadura y una solución al desempleo que tenía sumida en la pobreza a grandes sectores del país.

Fueron diez años de silencio social, también fueron diez años de clandestinidad, de cultura *underground*. En este contexto, no resulta extraño que los jóvenes desarrollaran un fuerte rechazo a las formas tradicionales de hacer política, lo que en un corto periodo derivará en la ruptura con el paradigma de la izquierda tradicional con el que ya no se sienten identificados.

En la búsqueda de nuevos referentes, los jóvenes se comienzan a vincular con movimientos culturales contestatarios, los que en un principio se caracterizaron por construir una resistencia expresada en lo estético, que encontraba su sitio en los circuitos *underground*. Lugares como El Trolley, el Garage de Matucana o La Caja Negra, y espacios como estadios y gimnasios comunales, acogieron a manifestaciones que incluían *hard rock*, *heavy metal*, *punk*, *trash*, y otros subgéneros. En estos espacios surgieron ámbitos de sociabilidad en los que se rearmaron las redes que se habían truncado durante la dictadura. Conjuntos como Tumulto, Los Vinchucas (después llamados Los Prisioneros), Ocho Bolas, Pinochet Boys, Políticos Muertos, Electrodomésticos, Fiscales Ad-Hok y muchísimos más, desarrollaron gran parte de su carrera musical -y en ocasiones, la totalidad de ésta- en ese ambiente.

Los movimientos contestatarios están vinculados con la globalización de las tendencias estéticas y musicales provenientes desde Europa. En este contexto, en la década de los noventas, surge el movimiento okupa en Chile, con características estéticas e ideológicas muy marcadas, siendo jóvenes punk con ideología anarquista los principales referentes de la okupación en nuestro país.

Las casas okupas, al igual que en otras partes del mundo, se convirtieron en espacios abiertos en los que confluyen personas heterogéneas que van en busca de distintas experiencias, algunos participan de los talleres, otros asisten por afinidades ideológicas y otros simplemente como espectadores de las actividades ahí realizadas. Lentamente se van yuxtaponiendo intereses y se van articulando redes que contribuyen a la consolidación del proyecto y a su expansión.

En un proceso paralelo, se vincula con una reformulación de las formas de hacer política, entendiéndola como una práctica cotidiana, donde no entran las jerarquías partidarias ni la especulación económica. La reconceptualización pasa por comprender que toda acción es política y que esta opción de vida los sitúa desde la vereda opuesta al sistema tecnocrático.

La primera experiencia okupa en nuestro país se inició en mayo de 1998 y fue bautizada como “La Kasita”, ubicada en Tarapacá con Santa Rosa, comuna de Santiago Centro. Fue un experimento que duró pocos meses, pues la falta de un lineamiento sobre los objetivos que se perseguían con la okupación hizo que al corto tiempo surgieran conflictos internos respecto al uso que le darían al espacio, mientras unos querían crear un centro cultural, otros sólo buscaban una solución habitacional. Estas divergencias provocaron roces y a principios de 1999 la asamblea decidió que el lugar sería desocupado, pero no abandonado. En el mes de marzo, después de una fiesta se produjo un incendio, hecho que alertó a las autoridades y trajo como consecuencia que la casa fuera clausurada. A pesar de su corta duración, esta okupación sentó un precedente, pues: *“generó aprendizajes e instaló a la okupación en el imaginario contestatario y alternativo de nuestro país”* (Fernández y Martínez, 2001: 178).

Luego del fracaso de “La Kasita”, en 1999 aparecen dos okupaciones más, “La Pajarera” y la “Kasa Kultural La Marraketa”.

En la esquina de Freire con Avenida Perú (comuna de La Florida) una casa que estaba destinada a demolición, fue el lugar donde se situó la segunda okupa en Santiago. La casa fue bautizada como “Casa Okupa La Pajarera”, tras establecerse el espacio mejoró notablemente su aspecto físico, quedando apto para el desarrollo de actividades sociales y culturales (talleres de batería, guitarra, artes plásticas, etc.). Durante el tiempo que duró la okupación lograron construir un híbrido entre lo habitacional y lo social.

Una de las okupas más emblemáticas de Santiago fue “La Marraketa”. Instalada en las dependencias de una ex panadería ubicada en Vicuña Mackenna con Camino Agrícola, en la comuna de Macul. Durante los cinco años que duró su okupación (1999-2004), transformaron un lugar que estaba deshabitado en un espacio en el que se desarrollaban actividades de distinto tipo, se habilitaron piezas que servían como salas de ensayo para bandas musicales, se realizaban tocatas con frecuencia, además efectuaban actividades para niños de las poblaciones vecinas a los que divertían con algo de circo o música.

Esta okupa se transformó en un referente, pues fue el primer experimento serio y exitoso que logró convocar a un gran número de personas. También fue una de las primeras casas en tener visibilidad pública con su desalojo (Álamos, 2008). Cuando preguntamos sobre la historia de la okupación en Chile, esta es una de las casas que primero viene a la mente de los entrevistados:

“La primera okupa que conocimos fue la que estaba en Vicuña Mackenna, “La Marraketa”, era una okupa netamente punk, de esas que casi no le puedes llamar okupa sino que se tomaron la casa por una necesidad habitacional de espacio, no tanto guiada por riendas ideológicas. Después se fue politizando y desde ahí las otras okupas que fueron naciendo ya eran menos punk, es decir, eran los mismos punk que habían crecido ideológicamente, entonces apuntaban a otras cosas, ahí está el caso de la Sacco y Vanzetti, y ahí se dio el desarrollo y el conocimiento, después las tocatas en el entorno antisistémico, la contracultura que se le podría llamar siempre circulaba en torno a estas casas, tocaban grupos chilenos a precios bajos, sin pagar a veces entrabas, corrían a veces en esas tocatas los fanzines que estaban en el comienzo del movimiento ácrata en Chile. Todo se movía en esa subcultura y así fue

evolucionando y conociéndose el tema hasta que se empezó a masificar el tema de las casas okupa” (Martín).

El desalojo de la Marraketa ocurrió el 12 de febrero del 2004, el motivo dado por la Municipalidad fue la necesidad de ensanchar la calle y la construcción de una plaza, pero finalmente el terreno se usó para levantar locales comerciales. Su desalojo fue mediático, con una importante cobertura de prensa que siguió la resistencia de aproximadamente 50 personas. Antes de que se concretara la medida represiva se había anunciado el desalojo, por lo tanto hubo tiempo de convocar a simpatizantes y a otras iniciativas contraculturales para que ayudaran a resistir. El apoyo en momentos tan críticos como un desalojo es determinante, no solo para lograr mantener okupada una casa, sino también para poner a prueba los lazos con otros colectivos y los canales de comunicación con estos, los que en el caso de la Marraketa -a juzgar por el apoyo logrado en el momento del desalojo- estaban un tanto debilitados (Álamos, 2008).

Una de las casas okupadas con las que la Marraketa tuvo una relación cercana, era “La Casa Amarilla”, centro que funcionaba en Alameda con Las Rejas y alcanzó a durar menos de un año (2003) debido al desalojo que la cerró definitivamente al día siguiente del concierto gratuito de *Sin Dios*, banda punk española que estuvo el mismo día en una conversación abierta con colectivos hecha en la Marraketa. Esta casa tenía una clara orientación libertaria, la que se demostraba en su apoyo a los presos políticos y en la defensa de un anarquismo como opción de vida.

En el sector céntrico de la ciudad se reapropiaron una serie de casas, la mayoría de ellas bastante antiguas y en mal estado. Las okupas del centro han sido foco de observación de la policía y de los medios de comunicación, a causa de su postura abiertamente libertaria y por la radicalidad de algunas acciones desarrolladas.

En pleno barrio Yungay, se ubicó la okupa “Sacco y Vanzetti”, fundada en enero del 2002. Fue una de las okupas más emblemáticas, debido su duración y estabilidad, al trabajo social simbolizado en la mantención de una biblioteca, pero también por la radicalidad política de algunos de sus integrantes. En esta casona funcionaba una Biblioteca Popular abierta a los vecinos de los barrios Brasil y Yungay, según sus estimaciones la biblioteca tenía alrededor de 250 socios.

Además de la biblioteca, se realizaban otras actividades abiertas a la comunidad como, por ejemplo, la realización tertulias libertarias; la Boutique Popular, que se realizaba el último sábado de cada mes y que tenía como propósito el trueque de ropa; también se hacían fiestas y tocatas para reunir fondos para la mantención de la casa.

Sin embargo, la casa no se hizo conocida públicamente por estas acciones, sino que saltó a la palestra a causa de la presunta vinculación de algunos de sus integrantes con la colocación de artefactos explosivos.

La serie de allanamientos policiales que se han tenido lugar desde el año 2009 tienen relación con el bullado “Caso Bombas”, nombre dado por el Ministerio Público a la investigación que tenía por objetivo encontrar a los responsables de la detonación de una serie de explosivos en las afueras de bancos y en las fachadas de algunas empresas. En estas detonaciones no hubo civiles heridos. La única víctima fatal vinculada con el caso fue Mauricio Morales –participante de la okupa “La Idea”- a quien le explotó la bomba que llevaba en su mochila.

Tras estos hechos se inició una intensa persecución contra las okupas, a las que se acusó de ser laboratorio de fabricación de artefactos explosivos, además de operar como una “trinchera del anarquismo”. Durante el año 2010 se realizó una seguidilla de desalojos, incluida la de la Okupa Sacco y Vanzetti, lo que terminó con la detención de varios de sus integrantes. Es necesario consignar que una vez concluida la investigación todos fueron absueltos.

No es casual que la prensa constantemente haga la ecuación:

ANARQUISTA + BOMBA = OKUPA

Esto responde al intento de criminalizar a los movimientos sociales contestatarios, denigrándolos y homologándolos a delincuentes, o peor aún, tildándolos de terroristas, sembrando la duda y la desconfianza en la opinión pública.

La asociación de anarquismo con violencia, o explícitamente con la colocación de explosivos es muy antigua:

“Para el vulgo –dijo Bertrand Rusell- un anarquista es una persona que pone bombas y comete otras barbaridades, bien porque está más o menos loco, bien

porque se escuda en el pretexto de unas opiniones políticas extremas para encubrir sus inclinaciones criminales” (Melville, 1980:129).

Esto ejemplifica de cierto modo la visión del Estado y los medios de comunicación sobre las acciones de reivindicación en las que son implicados. La medida inmediata es la represión y la criminalización, que empieza por acelerar los procesos de desalojo.

El año 2006 otra casa okupa salió a la palestra a causa de un incidente con una bomba molotov que fue lanzada a La Moneda durante una marcha. El causante del incidente fue individualizado y descubrieron que vivía en una okupa ubicada en la calle San Ignacio. Carabineros allanó y desalojó violentamente la casa, se llevó detenidos a los residentes bajo el cargo de “tenencia ilegal de armas” basándose en pruebas que fueron expuestas a la opinión pública a través de la prensa. Con el tiempo quedó de manifiesto que dichas pruebas eran insuficientes y que los argumentos para inculparlos eran tendenciosos. Todos los detenidos fueron absueltos.

Con una perspectiva más vinculada a lo artístico-cultural, se encuentra el “Centro Cultural AKI”, nacido el año 2005. Este espacio -desde su inicio- asume una perspectiva centrada más en lo cultural que en lo político.

AKI se instaló en Avenida República, en una casona que encierra mucho simbolismo pues fue un centro de tortura de la CNI. Resulta paradójico que tantos años después haya sido okupada por un movimiento contestatario que buscaba transformar ese espacio en un centro de creación y difusión artística.

En el año 2007 -tras dos años de okupación-, fueron notificados de la ordenanza que los obligaba a dejar la casa. Tras la amenaza de desalojo decretada por las autoridades se activó una red de apoyo que desembocó en la conformación de un movimiento de protesta, el que se manifestó a través de la realización de actos culturales en el centro de Santiago y en actividades musicales en el frontis de la okupa. Estas actividades atrajeron a un gran número de personas que solidarizaron con el proyecto que ahí se desarrollaba, en esa oportunidad no se materializó el desalojo.

Dos años más tarde, el 14 de julio del 2009, se hizo efectiva la amenaza y a pesar de su resistencia, fueron violentamente desalojados.

La okupación de viviendas ha ido aumentando en número e importancia durante las últimas dos décadas. Podemos dar cuenta de la existencia de una treintena de okupas y

centros sociales autogestionados en la ciudad de Santiago con las más diversas orientaciones, varias de ellas dando cobijo a diversos colectivos artísticos, políticos y culturales.

Es importante señalar que en regiones también existen okupas y CSOA con una larga tradición, que cumplen una interesante labor con la comunidad. A modo de ejemplo podemos mencionar: okupa “La R” de La Serena, “La Casa en el Árbol” en Copiapó, “El Paraíso” en Talca, el “Espacio Social Liberado de Rahue Alto” en Osorno, la “Okupación Claudia López” en Penco.

En síntesis, el movimiento okupa chileno puede ser definido como un híbrido entre la continuidad de las experiencias extranjeras y la adopción de formas propias de sociabilidad las que tienen un fuerte asentamiento político e ideológico. En general, al consultar sobre los primeros acercamientos al movimiento aparece con fuerza el ingrediente ideológico, principalmente anarquista, ya sea heredado por la tradición de los movimientos anarco sindicalistas o como adopción de experiencias extranjeras, sin embargo, es innegable que la mezcla de ambas fueron construyendo los cimientos sobre los que se comenzaría a construir el movimiento:

“Conocí el movimiento okupa a través de la ideología anarquista. De chico me había insertado en el tema del anarquismo como movimiento político. Uno siempre miraba la experiencia de otros países que tenían más experiencia en éste ámbito como España e Italia y Europa en general, pero por el idioma siempre nos llegaba más información sobre España y así se empezó a conocer el movimiento okupa en nuestra generación acá en Chile” (Martín).

Hacer énfasis en el componente político-ideológico busca destacar los fundamentos del movimiento. La tradición anarquista en Chile aún es muy fuerte y ha servido para aumentar las formas de acción y la extensión de las redes sociales de apoyo, pues permite a los colectivos apropiarse de referentes organizativos como las sociedades de resistencia y las cooperativas.

Existen tantas okupas como individuos, es por eso que es posible encontrar casas con diversas orientaciones, mientras algunas se definen claramente como okupas de

orientación política otras reconocen inclinaciones más ligadas a lo artístico. Lo importante es nunca olvidar que lo político está implícito en la acción, lo que varían son las formas de expresarlo en el ejercicio cotidiano. Este será uno de los factores de discordia entre las okupas, porque quienes abogan por una okupación de carácter político y contestatario critican a quienes adoptan orientaciones artísticas por considerarlas experiencias con una débil crítica sistémica. Las dimensiones y realidades de estas diferencias las desarrollaremos más adelante.

Para finalizar, estamos en condiciones de afirmar que este es un movimiento en formación y en expansión en nuestro país, a pesar de la criminalización de la que han sido objeto durante los últimos años, el movimiento ha ido creciendo, lo que se demuestra en el gran número de okupaciones en Santiago y en el resto del país. El movimiento está madurando. Lentamente se van agregando nuevas formas de autogestión, no solo para mejorar la sobrevivencia sino también para presentarse frente a la sociedad de una forma más entera y barrer con las estigmatizaciones que frecuentemente los señalaban como: “*un antro de puros punkis, borrachos*” (Beto).

Las comparaciones siempre son incómodas pero es una forma de medir los avances y los horizontes que se pueden alcanzar. Si comparamos la experiencia chilena con la española (su principal referente) nos damos cuenta de que estamos en una fase de formación, debido a que aún falta avanzar hacia la consecución de algunos elementos para llegar al nivel de gestión cultural y de impacto social que generan con sus acciones. Si asumimos el contexto local podemos señalar que se está avanzando hacia la formación de un movimiento que asume las falencias y debilidades del sistema político, económico, social y cultural de nuestro país, y que se sitúa frente a ellas con una mirada crítica pero que aún está en deuda en relación a las alternativas que ofrece para combatirlas. En este sentido la experiencia europea nos lleva una importante ventaja, ya que lograron crear herramientas eficaces como alternativa al sistema:

“En España pasó de ser algo muy chico -que es parecido a lo que estamos viviendo acá- a un movimiento magnífico donde hacen de todo, encuentras desde laboratorios, librerías, etc. Existen todos los tipos de rubros que hay en el sistema, pero los encuentras autogestionados” (Pablo).

Por lo anterior, proponemos tratar a las okupaciones en Santiago de Chile como un movimiento en crecimiento y expansión, que se encuentra en una fase de consolidación, articulación de redes sociales y de emergente visibilidad pública. En la actualidad, se están dando significativos pasos que apuntan tanto hacia el fortalecimiento de las casas desde su fuero interno como a la creación de redes sociales que sostienen su accionar y proyecto frente a las amenazas externas.

2. Hacia una problematización de la okupación en Chile: Propuesta de investigación

Una vez expuestos los antecedentes del movimiento, se hace necesario avanzar hacia la obtención de respuestas que nos ayuden a construir un contexto de la okupación en Chile más elaborado, que responda a las interrogantes sobre sus formas de organización interna, la generación de redes sociales y las posibilidades de implicarse en futuros escenarios de acción colectiva, ya sea en base a sus reclamos -como ocurre en el caso español- o como parte constituyente de movimientos más amplios. Sobre estos ejes giró la propuesta de investigación, cuyos objetivos y estrategias metodológicas se desarrollan a continuación.

La pregunta que guió esta investigación fue: *¿Cuál es el rol de las casas okupas en el ejercicio de la acción colectiva a partir de las redes sociales generadas tanto en su interior como en la relación con actores sociales afines en la ciudad de Santiago?*

La hipótesis que sustentó la investigación propone que las casas okupas forman un circuito de sociabilidad alternativo en el que confluyen diversos actores sociales, que unidos en base a valores, principios e ideales compartidos, pueden dar origen a la formación de redes sociales. De este modo, las okupas podrían ser observadas como centros de articulación de redes sociales que sirven para la protección del espacio, para el desarrollo de actividades y para el intercambio de información. Así como también, de vínculo con otros movimientos contestatarios o reivindicativos, instancias que pueden desembocar en la creación de escenarios de Acción Colectiva que pueden dar forma a movimientos sociales de diverso alcance.

La motivación principal que impulsó esta investigación es la necesidad de hacerse cargo de una temática que ha sido poco abordada desde la academia, lo que se ratifica en la escasa existencia de material bibliográfico que analice el caso chileno. La mayoría de los artículos publicados son producto de investigaciones periodísticas, las que usualmente ponen el énfasis en lo superficial (en las formas de vida y en lo estético) más que en el análisis de su funcionamiento y de sus objetivos.

Encontrar una referencia sobre el rol de las casas en los barrios donde se ubican, las actividades realizadas, las acciones colectivas en las que participan o sobre sus proyecciones es muy difícil, ya que la mayoría de las noticias, reportajes e investigaciones a las que he tenido acceso se centran en su mayoría en estudios de caso, donde si bien dan cuenta de la cotidianidad de un espacio no hay intención de elevar la mirada hacia una visión de conjunto, quizás porque es más conveniente mostrarlas ante la opinión pública como islas de autogestión que como un “eventual” movimiento contestatario.

Desde este punto de vista, realizar una investigación que abarque este fenómeno desde la visión de sus protagonistas otorga la oportunidad de entregar voz a quienes se les ha negado la posibilidad de réplica frente a las acusaciones de las que han sido objeto tanto por el poder judicial como por los medios de comunicación.

En relación a lo expuesto, la relevancia de esta investigación está en la posibilidad de dar a conocer una experiencia que ha sido escasamente explorada desde su fuero interno y menos aún con la visión de conjunto que pretendemos plasmar. El resultado de la investigación espera ser un aporte para suplir la carencia de trabajos teóricos y empíricos sobre una realidad social que está en expansión.

El objetivo general pretendió: *“Analizar el rol de las casas okupa en el ejercicio de acción colectiva, a partir de las redes sociales generadas tanto en su interior como en la relación con actores sociales afines en la ciudad de Santiago”*.

Los objetivos específicos apuntaron a describir y analizar al movimiento desde tres dimensiones. La primera consistió en caracterizar las formas de organización de las casas; la segunda, en describir las formas de articulación y funcionamiento de las redes sociales; y finalmente analizar las formas de acción colectiva y sus proyecciones.

De este modo, la investigación se sostuvo sobre dos ejes teóricos: Análisis de Redes Sociales y la Teoría de la Acción Colectiva.

Ambos ejes son complementarios, pues el primero nos abre la posibilidad de entender las formas a través de las cuales se vinculan hasta dar forma a grandes redes por las que fluye información, poder y experiencias. Las sociedades modernas permiten que las redes también sean virtuales a través de la utilización de medios de información disponibles en Internet. Esta posibilidad favorece la expansión e influencia de las redes, sobrepasando ampliamente las fronteras nacionales.

La articulación en red es una de las piezas fundamentales para la creación y mantención de conjuntos de acción colectiva, los que se constituyen como una crítica al orden social, desafiando las formas convencionales de hacer política y a las concepciones de poder. Ambos conceptos se entienden como una construcción desde lo cotidiano donde los poderes no son concebidos sólo para ejercer la dominación sobre otros grupos, sino que como poderes contruidos para alcanzar ciertos objetivos, razón por la cual el estudio de los vínculos sociales debe estar centrado más en aquello que “los mantiene juntos”, que en la “fuerza de atracción” que generó el vínculo (Bidart, 2009).

La expresión de estas redes puede ser vista en la formación de escenarios de acción colectiva, que buscan dar solución a problemas cotidianos y diversos. El análisis teórico de la acción colectiva está cruzado con la de los denominados nuevos movimientos sociales, ambas expresiones comparten los principios de horizontalidad y son llevados a cabo por sujetos colectivos que además de reivindicaciones buscan generar nuevas identidades y estilos de vida. Estos movimientos no persiguen poder sino identidad, autonomía y reconocimiento.

De este modo, las redes sociales y las acciones colectivas van unidas en el intento por crear una alternativa simbólica a la cultura dominante. Ambas desarrollan una relación simbiótica en la que son parte complementaria una de la otra. Las redes sociales son las arterias que llenan de energía, recursos e información necesaria para la práctica de ejercicios de acción colectiva.

2.1. Aspectos Metodológicos

Esta investigación tuvo como propósito describir las propiedades más relevantes de las okupas, tanto en su dinámica interna como en sus relaciones con el entorno. El enfoque metodológico adoptado fue el cualitativo pues nos permitía la posibilidad de dar cuenta de las particularidades de una realidad social desde la visión de sus protagonistas. Este tipo de enfoque metodológico permitió generar conocimiento desde dentro y desde ahí contribuir al reconocimiento de una realidad social que ha sido poco estudiada (Tarrés, 2001).

El mundo de los okupas ha sido muy atacado mediáticamente en los últimos años a causa de los ilícitos en los que se les ha involucrado, esto ha hecho que sus participantes se encuentren reticentes a exponerse frente a desconocidos. Fue necesario ganar su confianza antes de que accedieran a compartir sus experiencias con nosotros. Después de un tiempo (que en algunos casos fue de meses) nos permitieron participar en algunas asambleas, fuimos invitados a actividades desarrolladas en las casas, hasta que se crearon las condiciones necesarias para que aceptaran ser entrevistados.

Se realizaron diez entrevistas en profundidad a residentes de okupas de Santiago. La elección de ésta técnica se fundamentó en la necesidad de mantener una conversación cercana y distendida con los sujetos, con el fin de ahondar en sus motivaciones, sentimientos, experiencias y perspectivas sobre los temas consultados.

El análisis de la información se realizó de manera inductiva, lo que permitió la creación de conceptos y categorías a partir de la realidad aprehendida en el trabajo de campo sin la necesidad de partir de modelos preconcebidos. La técnica de análisis utilizada fue análisis de contenido, pues nos permitió hurgar en los testimonios (textos) –de forma sistemática y ordenada- hasta alcanzar su sentido más profundo, considerando en igual nivel de importancia el discurso y el contexto social en el que es desarrollado (Navarro y Díaz, 1995).

El muestreo aplicado fue no probabilístico de tipo teórico, permitiendo que las decisiones sobre el número de casos se tomaran en el proceso de producción e interpretación de los datos, de modo que el número de casos fue determinado por su aporte para los objetivos de esta investigación (Canales, 2006).

Se estableció como criterio de selección entrevistar a sujetos que vivieran y/o participaran activamente en okupas, con el objeto de identificar matices de experiencias y opiniones. Así, la muestra quedó diseñada de la siguiente manera: Se realizaron 10 entrevistas en profundidad. Las edades de los entrevistados fluctúan entre los 20 y 31 años, con un promedio de 4 años de vinculación activa con el movimiento (ya sea como residente en una casa o como participante activo de la red). Del total de la muestra, al momento de la realización de las entrevistas, seis se encontraban viviendo en una okupa y los cuatro restantes tenían experiencias de okupación y de vinculación directa con el movimiento.

El presente texto está estructurado en cuatro capítulos:

Capítulo Primero, “*Vivir de otro modo es posible. ¡Okupa y resiste!*”. Tiene por objeto rescatar las experiencias de los sujetos sobre sus vivencias como residentes de una okupa, con énfasis en las motivaciones e ideales que los empujaron a tomar una opción de vida distinta y en sus formas de organización. Este capítulo contiene relatos sobre las formas de organización cotidiana y la gestión de actividades.

Capítulo Segundo, “*Formación de redes sociales. Articulación y alcances*”. Trata el fenómeno de la creación de redes sociales desde una perspectiva teórica y metodológica. En una segunda etapa se analizan los procesos de articulación y funcionamiento de las redes sociales en las que participan, con el fin de establecer la intensidad y proyecciones de esas redes en eventuales eventos de acción colectiva.

Capítulo Tercero, “*Entre la teoría y la práctica: Perspectivas para analizar los fenómenos de acción colectiva*”. Aborda las perspectivas teóricas desde las que se ha enfocado el análisis de la acción colectiva y de los nuevos movimientos sociales, con el objeto de establecer sus principales características y propósitos. Posteriormente, analizamos desde la perspectiva de los sujetos cuáles son las motivaciones y objetivos por los que participan en este tipo de manifestaciones.

Finalmente en el Capítulo Cuarto, “*Reflexiones finales*”, se cierra esta investigación, dando cuenta de los principales hallazgos y estableciendo una visión general del estado del movimiento okupa en Chile.

Capítulo Primero

Vivir de otro modo es posible ¡Okupa y Resiste!

“Quizás nada de lo que hacen sea muy extraordinario y, al mismo tiempo, todo lo que hacen es extraordinario -en sentido estricto: están inventándose un camino nuevo, lejos de los infinitos caminos ya trazados. Y eso es mucho, sea cual sea el resultado que esté dando”.

Martín Caparrós (2003). *Amor y anarquía – La vida urgente de Soledad Rosas (1974-1988)*.

1. La gestación de un movimiento contracultural

Las okupas son un grupo heterogéneo en el que conviven hombres y mujeres de distintas edades, grupos sociales y con niveles educativos diversos. Esta diversidad en su composición hace que el valor del ideal por el que han confluído en estos espacios cobre más sentido. Muchos de ellos son jóvenes que han descubierto en la okupación un lugar donde vivir, pero también una oportunidad de construir un espacio diferente, con sus propias normas, costumbres y colores. En el caso de optar por un uso habitacional, será un lugar tranquilo, sin mucha interacción con el entorno. En el caso de optar por la creación de un Centro Social Okupado (CSO), significará que después de ser acondicionado, se convertirá en un espacio abierto para el desarrollo de diversas actividades culturales y artísticas. Es así como se va dando forma a la okupación, la que se constituye en: *“Una nebulosa de contornos difusos, que abarca una diversidad de gentes y posee infinitas formas de expresión”* (Feixá, 2002: 92).

En este proceso de construcción de identidad comienzan a observarse las vinculaciones con ideologías políticas –principalmente con el anarquismo-, lo que marca un giro en el movimiento al adquirir ribetes contestatarios. Este viraje derivó en la creación de un movimiento contracultural que buscaba en la okupación de viviendas no solo espacios para vivir, sino también un lugar desde el cual desarrollar actividades orientadas a combatir las pautas culturales dominantes.

Es así como se comienza a forjar una contracultura que tiene como base el cuestionamiento a la hegemonía vigente, mostrando un manifiesto rechazo a los liderazgos autoritarios, a la rigidez de las normas sociales, y a un sistema económico que genera exclusión. Como respuesta, ofrece la creación de una contracultura que tiene por objetivo invertir los principios básicos de la cultura dominante, demostrando que existen alternativas distintas de organización social basadas en la horizontalidad de las relaciones, en la autogestión y demostrando que la acción de okupar implica liberar un espacio privado para abrirlo a la comunidad. Con respecto a esto Carmen Costa (2004, 118) señala:

“Okupar no es un fin en sí mismo, es el medio mediante el cual se puede iniciar la construcción de un proyecto, la okupación se concretiza como el sueño de inventar una vida no condicionada por las normas imperantes en el resto de la sociedad, la okupación, implica, por lo tanto, una reinención de los patrones culturales, sexuales, económicos, afectivos (...) se convierte, pues, en un proyecto de vida. Las okupaciones recuperan el concepto libertario de la autogestión de los recursos y del trabajo, y cuestiona no sólo la especulación inmobiliaria, sino incluso la noción de trabajo: “trabajar para vivir y no vivir para trabajar”.

El invertir los valores tradicionales es una de las principales características de la contracultura, la que se puede observar no solo en las formas de convivencia cotidiana, sino también a través de sus acciones y producciones culturales como: panfletos, fanzines o graffitis en los que constantemente cuestionan las relaciones de poder y el orden social. Estas acciones buscan tergiversar los significados de los símbolos culturales llenándolos de contenidos discordantes con el objeto de sembrar la duda y el cuestionamiento en los receptores. Una de sus herramientas más prácticas ha sido manifestar su inconformidad a través de mensajes creativos: *“cuando vivir es un lujo, okupar es un derecho”; “casa okupada, casa encantada”* (Roszak, 1984:184).

En definitiva, la contracultura que propone el movimiento okupa consiste en la necesidad de desmitificar las viejas certezas dogmáticas y demostrar desde la práctica que es posible conquistar espacios de libertad, donde a través de la autogestión se puede conseguir lo necesario para vivir sin necesidad de intercambiar dinero y donde es posible

construir una democracia de base. Es hacer realidad el sueño de construir una isla dentro de la ciudad, desafiando a las autoridades y a las miradas incrédulas de los ciudadanos alienados. Es una lucha *“de lo pequeño frente a lo colosal, a través de valores éticos, que permiten poner en marcha desde el ingenio y la creatividad otras maneras de ser y de hacer: vive como piensas y piensa como vives”* (Llobet, 2004:182).

Sin embargo, a pesar de la radicalidad de la propuesta, la postura de los okupas no es “evangelizadora” en el sentido de que busque imponerse como hegemonía, sino todo lo contrario, es asumida como una opción personal que no busca más que satisfacer una necesidad (de vivienda) y la realización de una protesta política simbolizada en el atentado contra la propiedad privada, en la inversión de los modos de vida, en la forma de relacionarse con el entorno y en las formas de posicionarse frente al mercado.

Albert Martínez, -uno de los portavoces de la Asamblea del Movimiento Okupa de Barcelona- al ser consultado sobre el mensaje que buscan entregar con sus acciones, respondió lo siguiente:

*“No queremos ser la vanguardia de nada. No creemos en las reformas de la sociedad. Simplemente porque no creemos que tengamos que decirle a alguien como tiene que actuar. Simplemente lo que ponemos sobre la mesa es que no todas las cosas son como dicen que tienen que ser. Que hay otras formas de actuar y de vivir. Que hay planteamientos de vida que se salen de los esquemas que nos han enseñado y que hay cosas muy criticables de la sociedad donde vivimos. Esto no quiere decir que tengamos que decirle al resto de la sociedad que viva como nosotros”*⁵.

Así, se hace explícito el discurso que sitúa a la okupación como una opción –entre muchas- para escapar de la alienación. Es una forma distinta de vivir, pero no la única. Es un viaje que comenzó empujado por la necesidad, pero que terminó siendo una oportunidad de cambio.

⁵ En: Royo, Octavi; Ferré, Ignasi (2008). *Okupa: Crónica de una lucha social* (Documental). España: Prokaos.

Es una opción que encierra una serie de dificultades. Además del problema de mantener una casa que alberga a un gran número de personas (con todos los conflictos internos y organizativos que ello puede implicar), está el constante peligro de desalojo.

Okupar no es un ejercicio fácil. No es una moda y menos una tribu urbana basada en lo estético:

“Vivir en una okupa no es ser Pokémon, igual la sufres, sobre todo si estás acostumbrado a tus lujos, a tener luz, agua o a tener tus cosas porque hay veces en los que no tienes nada” (Emilio).

Es una aventura que implica la renuncia a la propiedad privada y a los lujos por una vida que tiene por principio la colectividad y la convivencia con otras personas, que si bien comparten el mismo ideal de sociedad, pueden ser muy distintas entre sí.

No es simple compatibilizar distintas formas de vivir y actuar, es por eso que en ocasiones esta diversidad puede transformarse en un obstáculo para la mantención del proyecto. La consolidación de una okupa implica la elección de una opción de vida distinta que tiene como resultado la transformación de un espacio (casa) en una micro sociedad, con códigos y valores distintos. Consiste en la creación de espacios colectivos y de una contracultura que empieza por la politización y autogestión de la vida cotidiana.

Frente a esta diversidad, la tolerancia y la presencia de ideales comunes son vitales para la mantención de los espacios. Existen intentos fallidos de casas que se disuelven al poco tiempo por conflictos internos o por la incapacidad de generar un proyecto que motive a todo el grupo. En general, la experiencia de quienes logran mantenerse durante un tiempo prolongado en un mismo espacio es positiva, pues se aprende a sobrevivir con las necesidades, con las incomodidades y también con la heterogeneidad de sus componentes. De esta forma lo manifiesta Emilio, quien durante tres años ha vivido en distintas okupas:

“La experiencia ha sido terrible de nutritiva para mis perspectivas, para mi forma de ser, además he conocido a gente súper linda que me ha enseñado caleta. Pero también ha sido complicado en cuanto a las diferencias de conciencia porque la gente con la que vivo son todas bonitas personas pero pensamos muy distinto en

cuanto al arte, a la ideología, a objetivos de vida, al capitalismo. Ha sido nutritivo en cuanto he conocido a buenas personas que me han enseñado cosas”.

Debido a las dificultades para mantener estos espacios es que se les denomina con frecuencia “experimentos sociales”. No es fácil vivir en un lugar que probablemente no cuenta con agua potable ni luz y donde la comida deberá obtenerse a través de reciclaje o de la producción propia a través de huertos orgánicos. En la sobrevivencia cobra importancia no solo la capacidad de autogestión, sino también la participación de agentes externos como vecinos y simpatizantes que ayudan a su mantención, ya sea con alimentos o con el aporte de materiales.

El movimiento de okupación es por definición un movimiento urbano, que lucha contra las desigualdades que significan un injusto acceso a la vivienda, pero a la larga no solo reivindica aquello, sino también las inequidades de un sistema social, político, educativo y cultural.

Con respecto a esto, nos parece necesario hacer una precisión en referencia a otro movimiento urbano que tiene como objetivo la lucha por la vivienda y que con frecuencia es homologado con el movimiento okupa, nos referimos a las Tomas de Terreno. Si bien la okupación, entendiéndose como la usurpación de una propiedad privada que se encuentra en estado de abandono con el objeto de ser utilizada como vivienda, puede tener muchas semejanzas con las tomas de terreno, movimiento social que tomó ribetes políticos, ampliamente desarrollado en la década de los cincuenta en nuestro país. Ambos movimientos coinciden en la lucha por la vivienda y en la usurpación de espacios privados, sin embargo, la diferencia radica tanto en la estructura política como en la utilización futura que se les dará a estos espacios.

Las tomas de terreno tienen sus orígenes en una serie de fenómenos migratorios que llevaron a miles de personas a desplazarse del campo a la ciudad, alcanzando su máximo nivel entre 1930 y 1950. Estas familias llegaron a la ciudad en busca de oportunidades laborales que los ayudaran a salir de la pobreza, pero se encontraron con una ciudad que carecía de la infraestructura urbana necesaria para acogerlos, lo que provocó mayor segregación, reproduciendo el orden social y materializando las diferencias (Garcés, 2004).

La consecuencia fue que un gran número de familias se ubicaron en las periferias urbanas. Los “pobres de la ciudad” se apropiaron de los márgenes y ahí construyeron su espacio, las llamadas poblaciones. Con el paso de las décadas este movimiento fue en aumento, colocando en evidencia la incapacidad de los gobiernos para dar una solución real al problema de la vivienda. Su punto más alto se alcanza en el año 1957 con la toma de La Victoria.

La relevancia pública del movimiento los llevó a organizarse y a vincularse a partidos de izquierda, lo que les sirvió para constituirse como un interlocutor válido para el Estado, transformándose en la década del sesenta en un importante actor social.

Este movimiento, tiene características que lo diferencian del movimiento okupa. En primer lugar, está la concepción individual de los espacios. Las tomas de terreno fueron realizadas por familias que se encontraban en estado de abandono y sin espacio donde vivir, no tuvieron más alternativa que situarse en los márgenes y desde ahí construir un espacio propio que les permitiera establecerse. Sin embargo, a pesar de que las acciones eran colectivas, el espacio era para uso individual. No existe una idea de colectividad, ni la intención de liberar un espacio para que pueda ser utilizado por otros que estén en su misma condición, principio que si está presente en las okupas.

La segunda diferencia está en las formas de organización. En sus inicios las tomas de terreno respondieron principalmente a una necesidad urbana, sin embargo, con el tiempo se fueron politizando, utilizando los discursos y formas de acción propias de la política tradicional. Su composición era jerárquica, tenían a un líder que actuaba de dirigente y negociador frente al Estado. Sus formas de protesta se insertaban dentro de los repertorios clásicos, factor que lo diferencia ampliamente con el movimiento de okupación que se autodefine como anti sistema y que tiene la horizontalidad de las relaciones como única forma de organización posible.

En definitiva, las diferencias fundamentales entre ambas experiencias radican en sus objetivos. Las tomas de terreno eran realizadas por familias que buscaban establecerse de forma definitiva en un espacio que les permitiera estabilidad y una posibilidad de inserción social, en cambio, las okupas son concebidas como espacios transitorios, formados por grupos heterogéneos, que buscan desarrollar diversos propósitos que van desde lo habitacional hasta la ejecución de proyectos sociales y/o políticos.

El propósito de evidenciar estas diferencias es para evitar comparaciones que no tienen fundamento histórico ni organizativo. Que ambos movimientos tengan como objetivo la consecución de una vivienda por la vía ilegal no los pone en el mismo plano, debido a que en sus orígenes, objetivos y estructura presentan importantes divergencias. No obstante, no sería equivocado buscar en estas situaciones un antecedente local al fenómeno de las okupaciones.

“(…) el movimiento de okupación se puede describir como una forma singular de participación urbana que ha adoptado medios de acción no institucional. Estos medios comienzan con la propia okupación y continúan con otras formas de resistencia y movilización ciudadana” (Martínez, 2001; s/p).

Frente a una realidad social concreta se plantean en contra y construyen su ideal como demostración de que es posible vivir de otra manera.

En relación a la represión al movimiento, debemos señalar que en los últimos años se han intensificado los mecanismos de criminalización, los que se han manifestado en sucesivos desalojos. Este peligro es una amenaza latente que les impide proyectarse en un lugar, generando una profunda sensación de inestabilidad y desarraigo. Debido a estos factores es que el movimiento se concibe como:

“un movimiento construido en y para el presente. (...) Para los okupas no hay futuro, lo único real y posible es el presente, el mañana no existe por ello les resulta imprescindible construir esa cotidianidad estrechamente vinculada a la militancia. Todo se funde y adquiere sentido en el aquí y ahora, en oposición a la política tradicional que deposita su deseo, sus esfuerzos y esperanzas en un mundo mejor para las generaciones venideras” (Costa, 2004: 120-121).

El énfasis en el presente se demuestra tanto en sus formas organizativas como en la inmediatez de los proyectos. No buscan proyectos a largo plazo ni la trascendencia, solo aportar desde la cotidianidad con la liberación y gestión de un espacio que pueda ser

utilizado por todos. La gama de actividades y talleres que se pueden desarrollar sólo las limita el tamaño del espacio.

De acuerdo con esto, la mayoría de los centros sociales okupados (C.S.O) ofrecen actividades variadas que van desde la creación de bibliotecas populares, la realización de talleres donde se enseñan diversas disciplinas (circo, teatro, danza, esténcil, fotografía, etc.) hasta iniciativas que están dirigidas directamente a suplir necesidades de su entorno, en esto destaca la gestión de comedores populares y la creación de actividades para niños, sobre todo si la casa está ubicada en un espacio de vulnerabilidad, pues una tarde de circo, títeres o simplemente de juegos es a veces la única opción que tienen de distraerse de su realidad. También es importante destacar el papel que cumplen algunos de estos espacios como centros de difusión artística y cultural, sirviendo de escenario para obras de teatro y/o espectáculos circenses; exposiciones fotográficas; organización de foros y charlas sobre temas de actualidad –local y global-, tarea en la que colaboran académicos e intelectuales quienes aprovechan estos espacios para exponer sus ideas libremente y llevarlas hacia otros públicos. Todas estas instancias son una invitación a comprender que estas iniciativas se conciben como un medio para hacer cosas y no como un fin en sí mismo.

A lo largo de este recorrido han surgido varias preguntas que deben ser aclaradas para poder construir un cuadro más completo de este fenómeno. En primer lugar: ¿Cuáles son los motivos que mueven a un grupo de jóvenes (y a otros no tanto) a seguir este camino? Creemos que es importante saber cuáles son las motivaciones que empujan a los sujetos a abandonar sus hogares y sus actividades cotidianas para volcarse a la creación de este proyecto.

En segundo lugar, está el tema de la organización y las formas por medio de las cuales logran apropiarse del espacio y dinamizarlo lejos de la gestión cultural y/o política tradicional. Para la consecución de estos objetivos es fundamental la consolidación de un colectivo o grupo de trabajo que sea capaz de gestionar el espacio con los escasos medios con los que se cuenta, es por esto que el tema de la autogestión es preponderante. ¿En qué consiste? ¿Cómo se visibiliza?

Por último, en base a lo anterior, surge la necesidad de ver expresado en la praxis este engranaje ¿Cómo se utiliza el espacio? ¿Qué se hace? ¿Quiénes participan?

Las respuestas a estas preguntas se obtendrán de los relatos de los entrevistados.

2. Primeros acercamientos a la okupación: Motivaciones e ideales

Ante la pregunta ¿Qué te motivó a vivir en una okupa? Las respuestas fueron diversas. Las razones para tomar esta decisión están condicionadas por factores personales, económicos, políticos, ideológicos, entre otros, esto es lo que matiza la experiencia y hace de estas casas espacios tan particulares.

Partiendo de la base que okupar es una acción política en sí misma, es que se permite la libertad de construir experiencias de autogestión que se ajusten a las necesidades y objetivos de quienes las habitan. El tipo de okupa más usual es aquella en la que se entremezclan razones habitacionales, políticas y culturales, dando como resultado la creación de Centros Sociales Okupados abiertos a la comunidad.

Las motivaciones para unirse al movimiento son variadas, algunos se acercan atraídos por el proyecto político-social, otros buscando un techo para vivir, aunque esto no significa que una vez inmersos puedan participar activamente en las instancias ahí generadas.

Algunos entrevistados mencionaron como una de las motivaciones la necesidad de independizarse de sus padres para vivir una experiencia nueva:

“En una primera instancia fue salir de la casa de mis viejos, también era estudiante, no trabajaba, y quería independencia. Me fui en una aventura con amigos y hacíamos tocatas. No es como ahora que está más rígido, está más político el asunto de las okupas. En ese momento eran más tocatas y copete, lo pasábamos bien” (Jorge).

El testimonio de Jorge toca un tópico bastante recurrente, sobre todo en aquellos que tienen más de 30 años, pues en los inicios del movimiento la politización no era tan marcada y no era extraño encontrar a sujetos que concebían la existencia de la okupa como un espacio donde vivir y poder hacer “cualquier cosa”, la mayoría de estas casas se dedicaban a hacer fiestas que revolucionaban su entorno, ganándose el repudio de sus vecinos y acelerando –en la mayoría de los casos- su desalojo.

Con los años el movimiento ha madurado, se han perfeccionando las formas de organización, han mejorado las experiencias de vida y el discurso político se ha ido

consolidando, adquiriendo cada vez mayor relevancia. Todos estos aspectos se han transformado en importantes motivaciones para sumarse a este proyecto.

Así nos relata su experiencia Pablo, un joven de 22 años que lleva alrededor de cuatro años vinculado al movimiento, estas fueron sus principales motivaciones:

“Fueron varios los factores, primero mi estado emocional del momento porque no estaba en una buena relación con mis taitas y esto surgió como una alternativa de hacer algo distinto, además varias veces estuve adentro de okupas y noté una cosa distinta al resto de las casas y vi que era viable vivir de esa manera. (...). Lo que me motivó en realidad fue el haber visto un ambiente alegre adentro de una casa okupada, de una toma. Ver que tú podías participar, que había colectivismo, que existía algo de solidaridad”.

En este testimonio vemos como se conjugan los factores antes mencionados. Por un lado, las ganas de independizarse de los padres y, por otro, la decisión de salir del hogar para iniciar un proyecto personal. No es solo escapar de un espacio para establecerse en otro. En la mayoría de los casos esta decisión pasa por inquietudes personales que impulsan a los individuos a experimentar nuevas formas de vivir, asumiendo los riesgos que ello implica.

Otra de las motivaciones es la intención de poner en práctica los principios de colectividad y horizontalidad, dos formas de vivir que seducen bastante. Ambas concepciones, junto a la autogestión, son herencia de la filosofía anarquista y son parte de los elementos que las okupas han tomado como pilares de su organización.

La idea de vivir en colectividad, en un espacio liberado, autogestionado, donde las relaciones se desarrollan de manera horizontal, es seductora, sobre todo viéndolo desde la óptica de una sociedad jerárquica, donde la participación ciudadana se reduce a un voto que no deja a todos satisfechos. En teoría parece la forma perfecta de organizarse, sin embargo, el surgimiento de liderazgos es inevitable, es por ello que la intención de organizar espacios regidos por estos principios no solo requiere de ganas, sino también de la voluntad para dejar de lado los personalismos y organizarse en base a consensos.

Una de las razones más utilizadas para justificar la okupación como una solución habitacional está dada por el alto costo de las viviendas, tanto de los dividendos como de los arriendos. Ante este escenario, okupar aparece como una forma de oponerse a la norma social de pagar para vivir en un espacio propio, pero también como demostración de que es posible vivir de una manera distinta, ocupando lo que el sistema no utiliza:

“A nosotros nos motiva el pensar que no es necesario pagar para vivir. Encuentro que está mal eso del dividendo, es muy caro y la gente es pobre, con un puro sueldo y muchas deudas, eso me llevó a estar en una casa haciendo cosas gratuitas para la gente” (Beto).

Acá observamos otro rasgo característico, no solo está la preocupación de “no pagar para vivir”, sino también la intención de abrir ese espacio para que lo utilice un número mayor de personas. Es una forma de decirle a quienes los rodean que si bien ellos utilizan el espacio, el lugar es de todos.

“Nuestra mayor ideología es que la gente entienda que el espacio no es de nosotros. A nosotros nos motiva abrir un espacio y que cualquier persona pueda venir y hacer uso de él. Nosotros funcionamos como administradores, abrimos el espacio y nos preocupamos de que nadie deje desorden ni cause problemas. Eso es lo que nos motiva, que el espacio sea liberado” (Ricardo).

Las motivaciones son variadas, pero tienen un hilo conductor que subyace a cada una de las prácticas, esto es el desarrollo de un proyecto político impulsado por una ideología. Las okupas chilenas tienen su referente en las experiencias españolas, las que han sido tomadas como un modelo de organización y autogestión:

“Uno había tomado la experiencia española y se hacía la imagen de que eran muy organizados, que están a otros niveles, entonces idealizas a las okupas de allá como una forma de acción política y cultural hacia la sociedad, como un submundo. Tratando de recuperar esos objetivos también empezamos a formar las okupas, que

fueran espacios en los cuales hubiera trabajo con el sector donde estaba la casa, que no fuera solo una solución habitacional, que se hicieran bibliotecas, que se formaran redes sociales entorno a las casas, que se hicieran talleres, que hubiera movimiento dentro de la casa, que fuera parte de la población más que de los individuos que administraban la casa porque rompías el esquema de la propiedad privada, de los terrenos, las casas, y así tratabas de abrir un espacio totalmente cerrado hacia la comunidad” (Martín).

Lo que nos dice Martín está cargado de sentido y de convicción política. En sus palabras se evidencia una ideología que apunta hacia la liberación de espacios donde se puedan desarrollar actividades que atraigan a la comunidad, a los amigos y simpatizantes. No se trata de usar este lugar para el adoctrinamiento, sino de una invitación a conocer nuevas lógicas de acción para avanzar hacia la construcción de un movimiento más consciente en cuanto a sus propósitos.

¿Qué es lo que nos motiva? El hecho de poder mostrarle a la gente que se puede vivir de forma distinta. En la forma distinta va que no funcionamos con plata, funcionamos con trueque. Además de que no funcionamos con plata, el espacio -a diferencia de otros- no es una propiedad privada” (Ricardo).

Las palabras de Ricardo denotan convicción en cuanto a los objetivos que se persiguen y las formas de organización. Lo que se experimenta en el interior de esa casa no es producto del capricho de un grupo de individuos que decidieron hacer uso de un espacio solo porque querían un lugar donde vivir, sino que se plantea como una acción que tiene objetivos políticos concretos.

En esta investigación sostendremos la idea de que es un movimiento compuesto por sujetos que no necesariamente defienden los colores de una corriente política determinada, sin embargo, su carácter libertario y anti sistémico los hace posicionarse desde una trinchera común con repertorios de acción que riñen con la institucionalidad y con formas de sobrevivencia que no responden a las formas de acción tradicionales.

Independiente de las formas que adopten las okupaciones (políticas, artísticas, Centros Culturales Okupados, etc.) cada una desarrolla repertorios de resistencia coherentes con sus principios, algunos adoptan la violencia pública o callejera, otros utilizan como herramienta sus talleres y otros simplemente okupando, ese acto es en sí mismo un símbolo de lucha.

“El movimiento okupa es político como premisa. No puedes ser okupa si no eres político, pero se mantiene y se autosustenta siempre y cuando esa política sea pluralista en el sentido de que pueda asumir distintas posiciones políticas y trabajar para ello, si te vuelves sectario no se sustenta para nada” (Ricardo).

Esta lectura tiene mucha trascendencia, tanto por lo que generan sus acciones colectivas como por las características que asumen en su diario vivir. El carácter político y principalmente su tradición ácrata hace que las autoridades y la prensa los encierre a todos en un círculo en el que okupa es sinónimo de violencia, destrucción, anarquismo (como denotación despectiva), entre otros calificativos. En muchos casos estas características se dan de forma explícita en acciones públicas de protesta, así como también en la utilización de las casas como espacios de debate donde se realizan foros, charlas, proyecciones de documentales, etc. Para algunos de sus participantes éste movimiento tiene una tendencia marcadamente anarquista y, por lo tanto, los objetivos son claros:

“Esto es parte del movimiento anarquista, aunque algunos se traten de desmarcar, como lo hacen algunos artistas. La okupación es un atentado contra la propiedad privada, contra la autoridad, rechazar al Estado y hacer lo que tú quieres hacer como individuo, como grupo o como colectivo” (Martín).

Hay casas que se centran en la creación artística y en dar espacio para distintas expresiones, tales como: circo, malabarismo, fotografía, serigrafía, danza, teatro, entre otras. ¿Una visión implica más compromiso político que la otra? No necesariamente, como veremos más adelante, ambas responden a distintas formas de accionar frente a una realidad que les incomoda. De este modo, resulta importante señalar cuál es el trasfondo político que

asumen las casas visto desde sus participantes, es claro que puede haber pequeñas variaciones en el discurso, donde algunas apuntan más a lo político como una transformación en las formas de vida, mientras otros optan por una posición más drástica. En resumen, la postura general sería:

“El trasfondo político sería demostrar que hay una forma distinta de vivir a cómo te lo muestra el sistema. Sistema no como el sistema capitalista -no como lo que conocemos-, hablamos de sistema no como un monstruo ideal que no existe, hablamos del sistema del diario vivir, del cómo la gente se interrelaciona, se intercomunica, ese es nuestro sistema y ese sistema a nosotros no nos parece, creemos que está errado en la forma de cómo las personas asumen y aceptan roles dentro del mismo” (Ricardo).

Desde esta perspectiva, ¿cómo demostrar que es posible vivir de una forma alternativa al sistema social? La respuesta del movimiento okupa es la “Autogestión”. Es el camino por medio del cual demuestran que es posible vivir sin abusar del mercado ni del consumo, lo indispensable se obtiene a través de diversos medios, algunos tan ancestrales como el trueque, el auto-cultivo o el reciclaje. Es evidente que no es posible acceder a lujos ni comodidades pero su sobrevivencia demuestra que es un camino factible “*trabajar para vivir y no vivir para trabajar*”.

3. Autogestión. Principio básico de organización.

El movimiento okupa se presenta como un proyecto colectivo de transformación del presente, creando espacios de confluencia social y cultural a partir de la reapropiación de espacios colectivizados y autogestionados en los cuales pueden vivir y proponer su oferta cultural y política, sin intervención o tutoría de las instituciones (Costa, 2004).

Una vez instalados en las casas, comienza un proceso de organización tanto para la vida cotidiana como de las actividades que en ese espacio se generarán. La organización

interna está basada en la autogestión, la que se adopta como principio fundamental de convivencia, organización y acción.

Para el anarquismo, hablar de autogestión es llevar la teoría a la práctica, por lo que debe ser entendido como opción de vida y un todo. La autogestión como economía y acción directa no deben separarse, siendo esta noción una respuesta al sistema político y económico imperante. Es una alternativa a la alienación de la vida cotidiana, que sugiere:

“(...) poner en común deseos y necesidades, vivir situaciones compartidas en las que se genera confianza mutua, analizar y planificar colectivamente las acciones a llevar a cabo, comunicarse, debatir y tomar decisiones consensuadas, comprometerse a asumir tareas especiales, conseguir recursos y materiales básicos que financien el proyecto, solicitar la aportación solidaria de herramientas y de conocimientos técnicos” (Martínez, 2004: 76-77).

Si bien, compartimos la visión original de observar el fenómeno como un todo, con fines analíticos hemos decidido dividirlo en dos variables que identificamos como las más relevantes: autogestión de la vida cotidiana y la creación de centros sociales okupados.

3.1. Autogestión de la vida cotidiana

La instancia más importante es la asamblea, momento donde se tratan los asuntos relativos a la convivencia y donde se dialogan los proyectos a desarrollar como colectivo, tanto dentro como fuera de la casa. Se caracteriza por la ausencia de líderes, lo que favorece la horizontalidad entre los participantes, propiciando el debate y la toma de decisiones en un contexto grupal, donde más que imponer se busca llegar a consensos. Por lo general, se realizan una vez por semana y son asumidas como un compromiso entre quienes comparten el espacio. Esta práctica es respetada, debido a que es el motor de la organización y del intercambio de opiniones:

“Nos organizamos a través de la asamblea y así nos organizamos en los temas una vez a la semana, aunque hayan cinco personas o tres se hace la asamblea igual. La

asamblea se divide en dos partes, en la primera se habla de las actividades, en la segunda los temas de la casa y ahí entran todos los temas domésticos, de relaciones que es como la reunión familiar” (Diego).

La asamblea es la primera expresión de la autogestión, pero no es la única. Hay otros aspectos de la organización cotidiana que también deben ser solucionados autónomamente, como la obtención de los suministros básicos (luz y agua potable) y los alimentos.

Mantener una okupa implica hacerse cargo de cubrir todas sus necesidades, la dificultad está en cómo hacerlo cuando la casa es un espacio que ha sido recuperado y que usualmente tiene cortados los suministros básicos. La mayoría de las veces estas dificultades se solucionan tomando decisiones prácticas como colgarse del alumbrado público y del agua, en algunas ocasiones esto se realiza con el apoyo de vecinos que facilitan las conexiones.

Otro ítem relevante es la comida. Si el objetivo es llevar la autogestión a su máxima expresión y depender lo mínimo posible del sistema, ¿Cómo conseguir el alimento? Son variadas las formas de hacerlo, acá describiremos algunas.

Una de las soluciones es la mantención de huertos, en los que cultivan y cosechan los alimentos de manera natural y autónoma. Otro medio bastante utilizado es el reciclaje, el que consiste en ir a las ferias libres y pedir a los locatarios aquellas frutas y verduras que ya no están frescas o que tienen mal aspecto, productos que comúnmente son desechados. Así lo describe Ricardo:

“Nosotros vamos para allá, hablamos con la gente y le preguntamos si tienen algo que vayan a dar de baja que se pueda utilizar porque estos tipos saben que lo que tienen de la primera semana no les aguanta a la quinta y se les va a echar a perder y tendrán que botarlo, eso genera basura innecesaria, es energía desperdiciada, entonces nosotros vamos y reciclamos antes de que lo boten y como tenemos refrigerador a nosotros nos dura al menos dos semanas más. Así conseguimos nuestro alimento, reciclando”.

Una de las formas de obtener alimentos no vegetales es a través de colaboraciones de terceros. Es frecuente que se realicen tocatas, obras de teatro, títeres, entre otras actividades, en las que se solicita a los asistentes colaborar con alimentos no perecibles o con aportes voluntarios en dinero.

Las iniciativas descritas comienzan a dar luces sobre el funcionamiento interno de las okupaciones. Participar en un movimiento que subsiste de manera autogestionada, donde se vive siempre en el peligro de ser desalojados y de perder todo el terreno ganado, es un gran desafío que requiere del compromiso de sus participantes las 24 horas del día. Este es uno de sus principales valores, la autogestión como herramienta de sobrevivencia, pero también como proyecto:

“Nuestro proyecto es mostrarle a la gente que se puede vivir de otra forma, la otra forma es lo que mostramos. Hay miles de formas, nosotros solo estamos mostrando una y nuestra única forma es que la gente venga y se dé cuenta de que es posible...”
(Ricardo).

Marta Llobet (2004), señala que la importancia de la autogestión está en el aporte de valores que impulsan un cambio cultural, el que consiste en la creación de una cultura que se construye día a día, basada en la experimentación y en el aprendizaje de nuevas habilidades, generando y potenciando vínculos de reciprocidad. Estos espacios representan una opción política y una visión de sociedad, pero también entregan la posibilidad de desarrollar un proyecto personal en un contexto colectivo.

3.2. Creación de Centros Sociales Okupados (CSO)

El punto donde la autogestión alcanza su plenitud está en la creación de Centros Sociales Autogestionados (CSO), espacios donde la autogestión y la generación de redes sociales cumplen un papel primordial en el desarrollo de una serie de acciones colectivas, tanto dentro como fuera de los espacios. La creación de talleres, actividades para los vecinos e incluso aquellas iniciativas creadas para juntar alimentos o dinero para su mantención, son la mayor expresión de que sin dinero se pueden conseguir muchas cosas.

Aparecen costumbres antiquísimas como el trueque, medio a través del cual se intercambian favores y objetos. Son instancias donde la creatividad se convierte en una cualidad indispensable porque aquí nada se paga, nada se compra, todo se consigue o se crea.

La propuesta de los CSO tiene como denominador común la autogestión de actividades, las que se constituyen en un medio de participación y de movilización de recursos y personas, en una red de relaciones que está en permanente conexión y dinamismo.

La creación de CSO implica la necesidad de ejercer una ocupación de tiempo completo, pues debe haber encargados de gestionar, cuidar y coordinar las actividades generadas en su interior. A ojos de un sistema social que obliga a cada uno de sus componentes a seguir patrones de conducta pre establecidos y donde hay un imaginario del “deber ser” que domina, suena extraño que algunos jóvenes estén dispuestos a abandonarlo todo para avanzar hacia la consecución de un proyecto personal y social, donde deberán combatir los estigmas sociales que los etiquetan de vagos y desadaptados. Más que un sacrificio es la consecución de un ideal que se puede alcanzar desde el trabajo diario. Ricardo nos relata así su experiencia:

“Yo mandé a la chucha mis estudios, el Beto mandó a la chucha sus estudios, mandamos a la cresta nuestros trabajos y nos metimos solo en esto. Lo que a nosotros nos preocupa es que la gente entienda que esto es de ellos, para ellos y formado por ellos. Todos los libros que ves son de gente que trajo los libros y dijo “yo quiero una biblioteca en mi propio barrio” y los trajo, eso es lo que fomentamos nosotros y ese es nuestro fin”.

Los orígenes de los CSO se encuentran en los Ateneos, iniciativa nacida en España durante la primera mitad del siglo veinte con el auge del movimiento obrero, siendo la parte anarquista del movimiento la más comprometida en su desarrollo. Su periodo de esplendor se desarrolló entre los años veinte y treinta, fase durante la cual estos espacios se transformaron en una herramienta clave para la formación de la clase obrera, dado el encuentro y síntesis que allí se producía de personas con procedencias e intereses diversos.

Con la llegada del franquismo desaparecen, sin embargo, resurgen en los setentas con una fuerte vinculación con las experiencias libertarias (Herrero, 2004).

La influencia de los ateneos sociales es muy fuerte en la constitución de los CSO, ya que mantienen su organización horizontal y su principio básico de liberar un espacio para traspasar conocimiento sobre actividades que el sistema no ofrece, y en caso de ofrecerlo lo hace cobrando un alto precio.

En estos espacios se desarrolla la ética del “hazlo tú mismo” y una ideología de la autodeterminación. En general, los participantes no tienen recursos económicos para invertir en materiales, por lo tanto, cada grupo debe autogestionar actividades para generar recursos y comprarlos o buscar la manera de conseguirlos por otras vías. Quizás el dinero sea un bien escaso, pero son ricos en capital social y cultural.

El mensaje es que a través de la autonomía se pueden hacer cosas:

“Se puede dar educación popular, solamente a través de un trueque, en el que no pides monedas. Nosotros lo hicimos durante cuatro años y las cosas que se tuvieron que comprar lo hicimos a través de actividades y cosas así, onda la autogestión que haces. No necesitamos que nos paguen para hacer un taller, es la intención de que cambie eso y de que no se lucre con la educación y que todos puedan aprender un oficio y a través de su oficio poder trabajar y ganarse un poco más de monedas”
(Daniela).

Los Ateneos eran centros de reunión, no de vivienda. Esta característica se mantiene en algunos casos, pues no es requisito que todos los CSO sean utilizados como solución habitacional, sino que en algunos casos surgen como campo de operaciones desde donde los miembros de un colectivo realizan sus actividades. Un ejemplo de este tipo de ocupaciones fue el “Centro Cultural AKI”. Este fue un espacio utilizado en su totalidad para ofrecer diversos talleres como: danza, teatro, fotografía, serigrafía, malabarismo, entre otros. Este centro alcanzó gran convocatoria y con ello relevancia pública, así se la describía en un reportaje publicado en el diario La Nación:

“Según sus estadísticas, entre participantes de talleres, los miembros de doce compañías de teatro, seis de danza y seis bandas musicales, son más de 500 personas, entre 12 y 70 años, las que circulan semanalmente por el lugar. El abanico es amplio: punks, universitarios, secundarios, obreros, dueñas de casa, gente del barrio y ancianos que no se pierden las clases de tango” (La Nación, 26/8/2006).

Quienes formaron parte de este proyecto valoraron que la casa fuera un espacio abierto donde confluían personas diversas que tenían como único objetivo aprender y entregar conocimiento en un juego interminable de retroalimentación. Así lo describe Daniela, quien participó de este centro durante cuatro años haciendo talleres de serigrafía:

“La casa estaba abierta a todos, a todo tipo de gente, sin ver la parte política ni la religión porque a la casa entraba todo tipo de gente mientras estuviera dispuesta a trabajar por un cambio en la educación, que participara haciendo talleres, que también tomara talleres. Yo tomé hartos talleres adentro de la casa y aprendí mucho. De repente no te gusta tanto el teatro pero igual terminas aprendiendo las mañas del teatro, o a tirar tallas de clown... cuando estás en este mundo al final te vas envolviendo, te vas envolviendo y al final terminas haciendo un personaje”.

La participación en los talleres sólo exigía aporte en alimentos y materiales para la casona o ayuda en la mantención y limpieza del lugar. Para algunas presentaciones se cobraba una cantidad mínima de dinero, principalmente para financiar transporte o los gastos operativos de la actividad.

A medida que el espacio se fue consolidando y adquiriendo prestigio por la calidad de los talleres ofrecidos y de las actividades culturales desarrolladas, el lugar se fue transformando en un centro de confluencia de actores sociales diversos. Si bien, esta okupa tenía características predominantemente culturales/artísticas es necesario resaltar que:

“(...) no es el arte por el arte, como suele malentenderse a las disciplinas artísticas. Es el arte como forma de expresión del descontento, una forma de protesta pacífica a la que se pueden integrar todos los interesados (...)”⁶.

Con el paso de los años se han ido desarrollando otras Okupas que funcionan como CSO y que están enfocadas en una labor artística y cultural, con fuerte relación con la comunidad. Un ejemplo de ello es la Okupa “Casa Durruti”.

A diferencia de “AKI”, que como mencionamos era un espacio no habitacional que se utilizaba exclusivamente como centro de operaciones, la okupa “Casa Durruti” cumple ambas funciones.

“Casa Durruti” es una casona de tres pisos que antes había sido una fábrica, fue okupada en el año 2008. Las personas que habitan este espacio se dedican principalmente al teatro y al malabarismo. El espacio de la casa es amplio y es utilizado para impartir talleres de tela, clavos, clown, así como también se dedica un espacio (el tercer piso) para la exposición de fotografías y para la realización de foros.

Esta okupa posee una fuerte relación con la comunidad, cumpliendo un rol social importante, debido a que se ubican en un espacio donde el consumo de drogas es alto. Es difícil combatir esta realidad, pero lo intentan ofreciendo talleres y actividades pensadas especialmente para los niños y la familia.

“Acá estamos en un punto que es bien marginal y nosotros igual entregamos harta cultura, harto arte. Yo creo que si no es por nosotros que estamos aquí, la población no tendría dónde ir a ver circo, dónde ir a ver teatro o dónde ir a ver títeres o dónde sacar a sus familias que no le quede lejos. Aquí les queda a la vuelta de la casa ir a ver una tarde de circo y viene familias enteras, les sale súper barato y cómodo, no tienen que pagar micro, no tienen que pagar entrada y vienen con sus familias y nosotros los atendemos bacán, hacemos lo mejor que podemos el show” (Emilio).

⁶ Backspin (2009). “Okupa República 550: Desalojo de sueños”. En: http://republik550.cl/index.php?option=com_content&task=view&id=198&Itemid=30 [Consulta: diciembre, 2012].

Los objetivos de esta casa son los mismos que tiene la mayoría: liberar un espacio y abrirlo a la comunidad. Sin embargo, en un espacio donde co-habitan tantas personas (alrededor de diez) es difícil construir posturas unitarias. Para una parte de los participantes de este proyecto la realización de los talleres y actividades culturales son una forma de entretener y de sacar de la cotidianidad al entorno, pero no buscan un fin más profundo en su acción. Una visión muy distinta tienen Emilio y Diego, quienes abrieron la casa y tienen una postura más ideológica, para ellos el arte es una forma de lucha y de transmisión de discursos, es por ello que el objetivo debe ser: *“aportar con el arte para la conciencia de la gente”*.

Esta variedad de posturas son comunes en espacios compartidos por un gran número de personas, sin embargo, la idea del arte como arma de lucha es un elemento que se repite en varios discursos y es una visión que se mantiene vigente. En periodos en los que la represión a los espacios es cada vez mayor resulta necesario buscar formas alternativas de expresarse.

Los CSO surgen como centros desde los cuales se pueden aprender disciplinas artísticas y que poseen una oferta cultural estable. Es frecuente la existencia de bibliotecas abiertas a la comunidad donde se encuentran desde textos escolares, pasando por novelas tradicionales, hasta nutridas bibliotecas libertarias como la que posee el “Centro Social Okupado y Biblioteca Emma Goldman”. Esta biblioteca existe gracias al aporte de los vecinos que han colaborado llevando libros. Esta iniciativa es quizás la más eficiente en cuanto a convocatoria.

Por otro lado, está la realización de talleres. La oferta es diversa y va desde teatro, baile, fotografía, malabares; también se dictan talleres en los que se enseña cocina vegana, a empastar libros, a reparar de bicicletas y talleres de serigrafía, sin duda este último está presente en prácticamente todas las casas, pues es una herramienta utilizada tradicionalmente por los colectivos libertarios.

A la hora de desarrollar actividades recreativas destaca la realización de café concert, varietés, funciones de títeres para niños y tocatas. La mayoría de estas actividades son realizadas con el objeto de reunir alimentos y el dinero necesario para cubrir los gastos operacionales de sus actividades y talleres. Además estos mismos espacios son utilizados para desarrollar actividades culturales, dentro de las que se pueden mencionar la realización

de foros, la exposición de documentales y el lanzamiento de revistas o fanzines de orientación libertaria.

A modo de síntesis del presente capítulo, podemos concluir que las okupaciones se caracterizan por su orientación transformadora, la que se expresa en la creación de una contracultura que busca convertirse en una alternativa de vida, utilizando la autogestión como elemento articulador.

Capítulo Segundo

Redes Sociales: Articulación y alcances

“Las redes son un instrumento poderoso para la actuación social. Aquellos que cambiarían el mundo empezaron a hacerlo localmente, en grupos de personas de mentalidad similar con un propósito ideológico sencillo”

John Naisbitt

El Análisis de Redes Sociales (ARS) es de gran utilidad para entender las formas en que se vinculan los individuos u organizaciones en post de un objetivo. Para el caso específico de las okupas, la conformación de vínculos es de vital importancia para su sobrevivencia y para ejecutar sus proyectos.

Consideramos que la mejor forma de observar estas relaciones es utilizando el ARS desde una perspectiva analítica, pues nos ayudará a conocer las motivaciones que llevan a los individuos (o grupos) a unirse; podremos observar el funcionamiento de esa red (en la vida diaria, en la generación de actividades, entre sus pares, entre otras); y la forma en que los individuos se ven a sí mismos como parte de un conjunto. Por lo tanto, el énfasis del análisis estará puesto en las formas de articulación de las redes y en sus alcances, situando al actor como principal protagonista.

El presente capítulo se divide en tres partes. En primer lugar, un recorrido sobre las concepciones teóricas y metodológicas para el estudio de redes sociales, el que nos dará las bases teóricas para el posterior análisis de las experiencias; segundo, los procesos de articulación y funcionamiento de las redes; y tercero, las expresiones y proyecciones de las redes sociales conformadas por nuestros protagonistas.

1. **Redes sociales, una perspectiva teórica y metodológica**

El interés de los analistas por el estudio de las redes sociales se remonta a los análisis normativos desarrollados por los antropólogos británicos de la postguerra. Este tipo de estudios, dominados por el análisis estructural-funcionalista, se centraban en las relaciones culturales de las sociedades, dejando completamente de lado los aspectos conductuales que incidían en la generación de vínculos. Para estudiar los lazos “transversales” que cruzan los grupos, los antropólogos reorientaron su eje de atención en los años cincuenta desde los sistemas culturales hacia sistemas estructurales de redes y lazos concretos. Estos analistas definieron la red como “*conjunto de lazos que vinculan a los miembros del sistema social a través, y más allá de, las categorías y grupos sociales*” (Wellman, 2000: 5).

Después de la segunda guerra mundial, se abrió un nuevo campo de investigación impulsado por las grandes corrientes migratorias que dejaban sus pueblos para ubicarse en las grandes zonas industriales. Los investigadores temieron que el resultado de esta inmigración fuera el desarraigo y la desorganización, sin embargo, pronto descubrieron que los migrantes estaban creando vínculos de apoyo mutuo en el medio urbano, a la vez que mantenían relaciones intensas con sus pueblos de origen. Este contexto empujó a cambiar el foco hacia la constitución de las redes sociales en las urbes occidentales.

Uno de los principales exponentes de esta época fue John Barnes, quien en 1954 aplicó el término red social para analizar los lazos que atravesaban los grupos de parentesco y las clases sociales en una comunidad de pescadores noruegos. La utilización de este término le resultó de mayor utilidad que los conceptos normativos para explicar los procesos sociales claves tales como el acceso a empleos o la actividad política.

Los nuevos analistas de redes se diferenciaban de sus pares funcionalistas en el énfasis en las relaciones sociales concretas y no en las prescripciones culturales.

La segunda gran influencia en el análisis de redes sociales fue impulsada por la sociología norteamericana. En este campo la figura de Simmel es fundamental, imponiéndose su postulado de que el tipo de relaciones sociales determina el contenido de las redes. Esta corriente fija el análisis en la relación entre el tamaño de los sistemas

sociales y las maneras en que las relaciones se interconectan, pues su resultado afecta la conducta individual y el intercambio diádico (Wellman, 2000).

Los norteamericanos poseen un marcado interés en los análisis estructurales, esto los impulsó a utilizar la teoría de grafos con el objetivo de describir los nexos entre los miembros de los sistemas sociales y de indagar sobre la existencia de estructuras profundas que cruzan las relaciones. Con el paso de los años el empirismo británico encontró un buen aliado en la tradición americana que se enfocaba en la medición cuantitativa y en el análisis estadístico.

En la década del setenta, en la Universidad de Harvard, investigadores como Harrison White, Mark Granovetter y Linton Freeman, sentaron las bases definitivas para el despegue del Análisis de Redes Sociales (ARS), primero al desarrollar herramientas que permitieron cuantificar y formalizar las relaciones sociales y, segundo al teorizar sobre las propiedades de las redes denominadas grafos. Con respecto a esto, desarrollaron una postura crítica al énfasis otorgado a la teoría de grafos, señalando que se había desvirtuado la perspectiva inicial que los situaba como un mero instrumento para la expresión gráfica de las relaciones.

White (2009) propone un análisis de las redes sociales desde la perspectiva de los vínculos, colocando el énfasis en los mecanismos de unión y en las formas en las que las experiencias compartidas sirven de puente entre los individuos. Por su parte Granovetter (1973) y Freeman (2000) se han centrado en investigar las implicaciones de las posiciones de los nodos en la red y la intensidad de las relaciones, focos de análisis relevantes para determinar las posibilidades de acción, así como también el grado de autonomía y dependencia de un actor respecto a los demás.

La tradición estructuralista ha seguido dos caminos. El primero, comparte los postulados de Simmel, centrándose en las formas de los patrones de redes antes que en su contenido. La segunda línea, se ha abierto hacia la construcción de un “amplio estructuralismo”, el que emplea una variedad de conceptos analíticos y técnicas de redes para tratar diversos dilemas de interés sociológico. Desde esta perspectiva, los estudios se han centrado en dos direcciones: las redes totales y las redes egocéntricas.

Los estudios de redes totales buscaban la descripción –teórica y gráfica- de las relaciones de roles que se dan en un sistema social. A través del análisis de matrices es

posible descubrir los patrones de conectividad y separación en los sistemas sociales, las relaciones de rol “estructuralmente equivalentes” entre los miembros, los cambios en las estructuras de redes a lo largo del tiempo y las maneras en que los individuos se encuentran conectados directa e indirectamente (Wellman, 2000). La principal falencia de estos estudios es que no siempre son metodológicamente confiables, debido a que se requiere de un gran número de casos para producir la información requerida.

Debido a estas condicionantes es que la mayoría de los analistas han optado por concentrar sus esfuerzos en la segunda línea de investigación propuesta, es decir, en el estudio de redes egocéntricas (o personales) definidas desde el punto de vista de individuos focales. Una red egocéntrica contiene un nodo como raíz, a todos los nodos que enlazan con él y sus enlaces correspondientes. La expresión gráfica de la red indica la intensidad de las relaciones (el número de nodos) y las relaciones que establecen esos nodos entre sí.

Estos estudios de redes egocéntricas han documentado la importancia de la conectividad, refutando las afirmaciones de la “sociedad de masas” respecto a que las recientes transformaciones sociales a gran escala han producido aislamiento y alienación. Numerosos investigadores han descrito la manera cómo las redes vinculan a los individuos mediante lazos fuertes y débiles, los sitúan en sistemas sociales más grandes, y afectan los flujos de recurso desde y hacia ellos (Wellman, 2000).

1.1. Nuevas orientaciones en el Análisis de Redes Sociales (ARS)

La tercera fase en el ARS nos invita a hacernos cargo de los desafíos que nos impone una sociedad globalizada, dominada por los adelantos tecnológicos y la repercusión que estos tienen en la distribución de información y conocimiento. Restringir el análisis de las relaciones sociales a un mapa, sin considerar la multiplicidad de factores que inciden en ellas, es simplificar en extremo el análisis dejando fuera una multiplicidad de factores que inciden en el comportamiento colectivo.

En este contexto, Iranzo (2003) reconoce la presencia de tres características fundamentales que repercuten en las formas de organización y de acción. En primer lugar, está la destrucción de jerarquías, surgiendo en su lugar unidades descentralizadas, más pequeñas, uniéndose de modo informal unas con otras y descansando cada vez menos

sobre estructuras formales. En segundo lugar, frente a los avances tecnológicos, principalmente en el campo de las comunicaciones, surge la necesidad de contacto, de acercarnos a nuestros pares. En estrecha relación con ambas características, se encuentra lo que Iranzo denomina “la autoayuda”, concepto que hace referencia a la forma en que los individuos buscan soluciones a sus problemas fuera de los márgenes de los aparatos estatales.

Aquí se abre una nueva perspectiva de análisis que posiciona a las redes sociales como un elemento de transformación social, especialmente como estrategia de pequeños grupos:

“Las redes aparecen cuando los individuos tratan de cambiar la sociedad sin importar cuál sea la causa, los objetivos o creencias, no importa dentro de qué tipo de movimiento se inscriba (social, político, religioso). Los individuos se organizan y cambian aspectos de la sociedad, surgiendo una forma no burocrática pero muy efectiva de estructura organizativa” (Iranzo, 2003: 144).

Frente a los antecedentes expuestos podemos comenzar a esbozar definiciones de red social que son más inclusivas y atinentes a los nuevos contextos sociales, donde se pone énfasis en su condición de canales transportadores de ideas, información y recursos.

“Una red es la conexión de “conciencias” dejando fluir a través suyo información y conocimientos en un movimiento de auto-apoyo y redistribución del poder; es la manera más activa de la sociedad viva de reivindicar el derecho y el deber de participar activamente en la consecución de su destino” (Iranzo, 2003:142).

Estas nuevas definiciones de red implican la conjugación de elementos objetivos y subjetivos que requieren ser considerados a la hora de analizar la formación, articulación y proyección de las redes que ahí se forman. La pregunta que surge es ¿cómo aprehender estas realidades?

Como forma de dar respuesta al desafío, Villasante (2000a; 2000b; 2006) nos propone investigar sobre las implicaciones sociales de los sujetos, partiendo por la

necesidad de reconsiderar el uso de nuevas metodologías, las que hasta ahora estaban centradas en el debate cualitativo-cuantitativo.

En esta nueva fase, el investigador debe tomar conciencia de la complejidad de los datos, los que no pueden ser tabulados considerando solo como referencia la existencia o no de una relación. Cada vínculo es un constructo (temporal y local), es por ello que cada lazo debe ser analizado como el reflejo de estructuras subyacentes que están mediadas por ideologías y sentimientos.

No se trata de un enfrentamiento entre diversos tipos de técnicas sino de encontrar la forma de caracterizar los vínculos. De este modo, Villasante (2000b) propone una metodología que opere desde la praxis, incorporando el papel del observador en el proceso de construcción de conocimiento. La propuesta retoma los postulados de la “investigación acción” que había intentado romper con la separación entre sujeto y objeto de investigación.

Junto con las variaciones metodológicas, aparecen nuevos tópicos que deben ser redefinidos para comprender el sentido que adoptan los lazos, nos referimos al espacio-tiempo y a las paradojas de la identidad.

La preocupación por el espacio-tiempo es una invitación a romper con las concepciones que sitúan a la temporalidad desde una posición rígida, donde se enmarcaban los “grandes acontecimientos” económicos y políticos. La propuesta es asumir estos conceptos como relativos, donde nos asumamos como constructores de sentidos.

El segundo tópico apunta hacia la identidad y su relevancia como medio de constitución de vínculos. Las identidades colectivas se construyen en base a historias y experiencias, por esta razón si nos planteamos como objetivo dilucidar los mecanismos de unión y las formas en que las experiencias compartidas sirven de puente entre los individuos, resulta vital conocer su contexto y entender las dinámicas que construyen esas relaciones. Del mismo modo, es importante considerar que las identidades no son homogéneas ni estancas, las relaciones se dinamizan y pueden romper con algunos vínculos para establecer nuevas relaciones, sin embargo, al existir un principio articulador y una comunicación continuada, aunque se transite por distintas ramas de la red, las relaciones se proyectan.

Con respecto a esto White (2009:3) señala:

“La comunicación reiterada de un par de identidades puede llegar a ser reconocida como una relación continuada cuando su frecuencia supera la expectativa por azar de ese contexto. Los patrones de dichos lazos a través de sus identidades pueden llegar a ser entendidos como una red tallada en alguna clase de espacio público con identidad propia. Las influencias que fluyen a través de los lazos, y sus impactos, son ambos conformados por la red, y a su vez, pueden llegar a redefinirla”.

En base a lo expuesto, la propuesta es pasar de un enfoque centrado en la existencia o inexistencia de una relación, a uno que incluya todos esos elementos subjetivos que dan vida al comportamiento humano y que inciden en sus relaciones, acciones y decisiones.

2. Articulación, funcionamiento y alcances de las redes sociales

Las okupaciones son un fenómeno esencialmente urbano, que enfrenta diariamente las dificultades de sobrevivir en un contexto político y económico que es opuesto a sus ideales. Al igual que la mayoría de los movimientos urbanos se convierten en gérmenes de resistencia a la lógica unilateral del capitalismo. Para contrarrestar la explotación económica, la dominación cultural y la opresión política los individuos han quedado sin otra elección que rendirse o reaccionar atendiendo a la fuente más inmediata de auto-reconocimiento y organización autónoma: su localidad (Castells, 1999).

Frente a este contexto, algunas comunidades se han cerrado en sí mismas y han comenzado a reconstruir sus identidades a través de un proceso de supervivencia colectiva. Estos procesos las hacen más receptivos a acoger iniciativas que contribuyen a dinamizar los espacios y a ofrecer una alternativa de encuentro.

El funcionamiento de las okupas nos demuestra que es posible alcanzar una relativa liberación de espacios urbanos, donde mucha gente se ha sociabilizado lejos de individualizarse más y donde se han autogestionado numerosos aspectos de la vida cotidiana alejándolos de la mercantilización dominante en nuestro entorno (Martínez, 2003).

Que las okupas se conviertan en un espacio de socialización está de la mano con el carácter autogestionado de las acciones, pues esta opción política-económica requiere tanto del ingenio colectivo como de la búsqueda de recursos que no pueden generar por sí mismos. Eso, conjugado con el carácter abierto de los CSO hace que estos espacios se presten para la circulación de individuos que entran y salen, construyendo y aprendiendo nuevas experiencias. Esta característica es la que propicia la formación de redes, pues el intercambio constante de información y conocimientos provoca que cada uno de los componentes del entramado se sientan partícipes de un proyecto en el que cada uno aporta con algo, lo que le permite empoderarse de un espacio y de un ideal.

Sin embargo, a pesar de este escenario que se ve alentador, hay un factor que limita el quehacer de las okupas: la inestabilidad. Las okupaciones son consideradas por la autoridad como un delito contra la propiedad privada, por lo tanto, su acción los hace blanco de hostigamientos constantes. A la persecución por la usurpación del espacio, se suma la presunción de amenaza al orden público, a causa de su vinculación con otros grupos contestatarios. Esta persecución suele terminar con el desalojo de las casas.

La inestabilidad es quizás uno de los principales problemas a la hora de establecer lazos perdurables, debido a que interfiere tanto en lo que se hace como en las proyecciones de lo que se emprende, pues si la okupación dura solo unos meses es difícil que se desplieguen las dinámicas de vinculación con el entorno y que se construyan lazos. El tiempo siempre corre en contra, por eso es importante que los colectivos posean un plan de acción claro a la hora de establecerse.

Martín, ha participado en dos okupaciones y lleva varios años vinculado al movimiento, basado en su experiencia señala lo siguiente:

“Se supone que en teoría cada casa debería crear redes. Sería ideal hacer un Ateneo cultural, pero en la práctica es súper difícil llegar a eso, lo logras en cierta medida pero nunca como lo quisieras. Además la casa okupa tiene un tema de inestabilidad que te frena a gastar recursos porque el peligro de desalojo siempre está presente”.

Entonces frente a estas dificultades: ¿Cómo enfocamos la conformación de redes sociales? Nuestra respuesta es que estos inconvenientes no repercuten en la capacidad de articular redes, pues de esta capacidad depende su existencia. Al concebirlos como espacios liberados -abiertos a la comunidad- se convierten en un centro de constante intercambio de experiencias, información y conocimiento donde las redes comienzan a fluir de forma espontánea.

Proponemos analizar el proceso de construcción de redes sociales desde dos dimensiones:

La primera estará centrada en los vínculos con el entorno, que son quienes le dan sustento. En esas redes el vínculo fundamental se crea con los vecinos, y en segunda instancia con la gente que participa en los talleres.

Una segunda dimensión estará enfocada en la trascendencia de las redes. En este punto se ubica el mayor despliegue de las redes, pues si se ha realizado un buen trabajo de base la transitoriedad de las okupaciones no será obstáculo para que las redes se mantengan en movimiento, transformando un desalojo en una oportunidad de conquistar nuevos espacios y de generar nuevas redes.

De este modo, lo que proponemos es centrar el análisis en lo que se genera en la confluencia de diversos actores sociales en distintos escenarios, más que en el espacio físico de las casas, partiendo de la premisa que la articulación de redes sólo es exitosa en la medida que sea capaz de sobrevivir al lugar físico donde se gestaron.

2.1 Vínculos con el entorno

El vínculo más importante es el que se establece con los vecinos. Sin ellos no hay proyecto social debido a que son la pieza clave para conectar estos universos de autogestión con el exterior. Es una tarea que implica un juego de negociaciones en el que ambos se comprometen, a través de un acuerdo simbólico, a prestarse apoyo mutuo.

Los vecinos contribuyen a construir la cara externa del proyecto, pues para que los espacios se dinamicen y funcionen es necesario que ellos colaboren en la ejecución y mantención de las actividades que ahí se generan.

El caso paradigmático es el de las bibliotecas populares, donde los okupas funcionan como gestores de un espacio colectivo. La implementación depende -en gran medida- de los aportes de amigos y vecinos, ahí se catalogan y sistematizan las formas de préstamo, pero siempre con la intención de que el conocimiento circule y de que los vecinos se empoderen de los espacios comunes al interior de las casas. Siempre se llama a que participen de estas instancias las familias completas, que los niños vayan a hacer sus tareas, a recortar diarios, revistas, a ver documentales, etc.

“(...) Si en este lugar hay libros es porque casa por casa el vecino le habló a su vecino de que había una biblioteca, eso es a lo que más contribuye la gente acá. La gente contribuye participando. Nadie ha venido acá a pintar, a limpiar, pero todas las personas de este barrio juntaron comida para perros y gatos para mandar al sur, pinturas para la casa, libros para la casa, los computadores los trajeron los vecinos, así contribuyen. Las cosas que nos dan las ocupamos sólo para la gestión de las actividades de la casa porque ese es nuestro compromiso, la gente nos trae algo pero no lo entro para mi pieza, lo ocupamos para ellos mismos, la idea es que la gente trabaje y reciba al mismo tiempo” (Ricardo).

Las manifestaciones más concretas de esta conexión se observan en la gestión de actividades, en la participación en los talleres y en las labores de protección mutua.

La protección mutua frente a posibles amenazas es producto de un acuerdo simbólico en el que ambos cumplen una función. Los vecinos prestan colaboración ante la amenaza de desalojo, además de ayudar a repeler ataques de grupos nazis, quienes son uno de los principales hostigadores de los movimientos contra-hegemónicos. Así lo señala Pablo:

“(...) yo me hice amigo de un vecino, hablo mucho con él y nos prestamos ropa, él me dice que cuide a su vieja, si tiene algún reclamo de atrás viene y me lo dice, el loco viene para acá y nos tomamos unas cervezas, y a la hora de los problemas el loco presta ropa para acá. Una vez vinieron los nazis a hueviar para acá y el loco desde su casa llamó a los pacos, nos ayuda a su manera”.

Por su parte, los okupas se encargan de mantener la seguridad del barrio. La razón de esta tarea auto-impuesta está en evitar que regresen los antiguos moradores de estos espacios, que en la mayoría de las ocasiones se trataba de delincuentes que se aprovechaban de su estado de abandono.

“Nosotros vinimos y nos hicimos cargo de este lugar que era un antro de carrete, era un antro de drogadicción y de miles de otras cosas. Cerramos el asunto y empezamos a hacer actividades y pasó que cuando abrimos esta cortina y la gente vio que estábamos haciendo una biblioteca, pasó un asunto contrario, pasó que la gente dejó de pensar que éramos terroristas y que andábamos dejando los escombros y las molotov por todos lados y empezaron a cortar el asunto” (Ricardo).

Una vez disipadas las desconfianzas los lazos comienzan a construirse de manera espontánea y en un corto periodo las relaciones empiezan a fluir, se tejen las confianzas y se pavimenta el camino para una sana convivencia. Martín, nos relata su experiencia tras un año de okupación en “La Ratonera”:

“Mi experiencia fue buena, trabajabas con la gente, eras el vecino, no tenían por qué creerle el cuento a la prensa si ellos convivían contigo. Igual siempre tenías el vecino facho con el que tenías problemas porque sabías que andaba sapiando. Pero la gran mayoría de los vecinos decían “hay que darle la oportunidad a los cabros”, más encima ellos siempre hacen actividades culturales y ayudan a proteger el sector. Nuestro tema es que íbamos a hablar con ellos, no esperábamos que la gente fuera a la casa. Por ejemplo, nosotros hacíamos una actividad y pasábamos casa por casa con una invitación a la actividad, trabajo puerta a puerta, entonces de repente salía el vecino y tenías la oportunidad de hablar con él sobre el anarquismo” (Martín).

El establecimiento de las confianzas es el inicio de una relación sólida. Abrir el espacio e incentivar la participación en actividades y talleres es una forma de hacer una

integración positiva, lo que contribuye a aumentar el flujo de circulación de bienes y experiencias.

Desde la acción se combaten los estigmas y se construyen proyectos de sociabilización que ayudan a consolidar las okupaciones, dotándolas de legitimidad.

Daniela participó activamente como profesora de estencil en una okupa del centro de Santiago, describe la relación con los vecinos como una experiencia positiva, ya que desde el principio se creó una relación basada en el respeto mutuo. Por ejemplo, cuando se organizaban actividades culturales se hacían durante las tardes al igual que las tocatas, a las que ponían como hora tope las diez de la noche para de no causar molestias. Después de eso las actividades continuaban, pero sin altoparlantes. A las pocas semanas los nuevos residentes ya no son extraños en el barrio. Por su parte, los okupas abren las puertas de su casa e invitan a los vecinos, y al entorno más cercano, a hacerse parte de este proyecto de autogestión, así se van generando las instancias de sociabilización donde se comparten experiencias de vida y visiones de futuro. Memoria y presente confluyen en un intercambio de información constante que crea las bases para una relación horizontal, que irá sumando intensidad en la medida que la convivencia lo exija.

Una de las principales expresiones de las redes generadas con la comunidad fue la cooperativa de alimentos, la que se desarrolló entre los años 2007-2008, en una red compuesta por casas okupas y vecinos en la comuna de Santiago Centro, iniciativa que reunía a alrededor de 12 casas.

Esta iniciativa consistía en elegir delegados que se encargaban de cotizar los lugares donde comprar alimentos a bajo costo, se acordaban los estándares de calidad y se compraba y distribuía la comida entre los participantes. Estas instancias de sociabilización son propicias para intercambiar ideas y entregar un mensaje:

“Ahí siempre metíamos la cuña política, el tema de que si nos saltáramos a la burguesía pagaríamos mucho menos por la comida porque estamos pagando una plusvalía estúpida para que pongan la comida en cosas bonitas en el supermercado, si pusieran las cosas en galpones, sin la visión de vender, todo bajaría de precio”
(Martín).

Este tipo de iniciativas no son ajenas a la historia de nuestro país, muchos tienen el discurso internalizado, sobre todo aquellos que vienen de familias con una tradición de izquierda. En familias con una conciencia política desarrollada, insertar estos temas no es difícil, menos si lo unimos al ciclo de crisis económica que había en ese momento donde se contaban: alza de los alimentos, sueldos bajos, cambio del sistema de transporte y alza del pasaje, entre otras cosas. En ese contexto es fácil que la comunidad vea el “comprando juntos” como una alternativa posible:

“(…) Cuando hay una necesidad material del bien, porque si no hay una necesidad es estúpido plantear en estos momentos ollas comunes si no está realmente la necesidad, a la gente le da hasta vergüenza porque no la sienten como una necesidad vital, pero si planteas el “Comprando Juntos” que puede ayudar a la economía de la casa, que es algo factible de realizar, por qué no, la gente se sube al carro” (Martín).

La cooperativa comenzó a decaer a fines del año 2008, y su disolución definitiva fue tras la muerte de Mauricio Morales, en mayo del 2009. Ese hecho provocó una nueva oleada de represión, provocó la atomización de los grupos y la desarticulación de varias iniciativas por el temor a la represión.

Este es un ejemplo de la dificultad para proyectar las relaciones entabladas. Si éstas han sido bien afianzadas y fueron secundadas por un trabajo social potente, las redes y los proyectos generados tienen posibilidad de trascender a los espacios. De no ser así, si solo se basaron en lo cotidiano con el objeto de asegurar una buena convivencia, solo persistirán los buenos recuerdos de la experiencia.

La segunda arista que podemos identificar como generadora de redes, son los talleres y actividades desarrollados al interior de las casas. La puesta en marcha de una oferta cultural bien articulada atrae la curiosidad de su entorno y fomenta la participación de terceros, pues pone a su disposición el espacio para el desarrollo de diversas disciplinas.

En esta tarea resulta vital el manejo de canales de comunicación eficientes que sean útiles para expandir la información. En este sentido, uno de los principales mecanismos utilizados es Internet, espacio que da la posibilidad de compartir información a un público

diverso, ya sea por medio de la utilización de redes sociales o a través de la creación de páginas web, que sirven como medio de difusión de ideas y actividades.

Hemos observado que además de utilizar Internet como herramienta contrainformativa, es frecuente la utilización de otros medios más tradicionales para difundir sus actividades, por ejemplo, se reparten volantes informativos a los vecinos; paneles donde se detallan las actividades programadas en las casas; y, en última instancia, se recurre a las redes de amistad de los residentes. Es frecuente que en los talleres o en cualquier actividad de alta convocatoria que se repitan algunas caras, esto denota la existencia de una gran red de “amigos” y simpatizantes que son fieles colaboradores, convirtiéndose en uno de los principales pilares de las redes densas generadas en torno a las casas.

Las actividades se desarrollan principalmente en dos espacios: al interior de las casas y en el exterior, es decir, en las inmediaciones, estas últimas tienen un carácter eminentemente barrial y apuntan a un público más diverso.

Al interior de las casas la oferta es diversa, se cuentan: talleres de tela, teatro, danza, serigrafía, fotografía, entre otros (como lo mencionamos con más detalle en el capítulo anterior). A estos talleres asisten desde vecinos, amigos, gente que se han enterado por medio de las redes sociales de la oferta cultural ahí ofrecida e incluso asisten algunos “curiosos” que se han enterado a través de un tercero de la existencia de estos talleres.

En la “Casa Faure” se desarrollaban talleres de circo que congregaban a personas con inquietudes artísticas, lugar en el que convergían una amplia gama de asistentes, entre ellos muchos residentes de distintas casas okupas. Sin importar la orientación de sus respectivas casas, llegaban aquí a aprender, a ensayar y se prestaba el espacio para compartir experiencias, así lo señala Emilio:

“Ahora estoy participando de un taller de tela en la casa “Bufo” y ahí tuve la suerte de encontrarme con caleta de gente de otras okupas porque no toda la gente de circo tiene la misma convicción que los cabros, hay locos de circo terrible de políticos, en otra volá, así terrible de distintos. Yo tengo un amigo que vive en “La Tortuga” y hace malabarismo, pero tiene otra volá, mucho más social, mucho más

al hueso que aquí, aquí es mucho más de entretención, pero hay otros malabaristas súper conscientes, libertarios”.

Otra de las instancias que permiten la interacción con actores externos son las actividades artísticas y culturales. Este tipo de actividades resultan atractivas para el público y los motiva a asistir a los shows que ahí se presentan. Si bien, se ofrece un espectáculo para que los asistentes se diviertan, también puede convertirse en una buena instancia para utilizar el arte como medio de generar conciencia, entregar un mensaje que haga pensar y transformar un acto cultural en una herramienta de acción.

Dependiendo de la ubicación de la okupa las actividades que ahí se realicen apuntarán a públicos y objetivos diversos. Por ejemplo, la okupa “Casa Durruti” se encuentra en medio de una población donde hay altos índices de drogadicción, por ende, las actividades buscan llamar la atención de niños y jóvenes con el fin de sacarlos de su cotidianidad, para ello desarrollan talleres que abarcan diversas disciplinas artísticas, destacando principalmente los talleres de circo y teatro.

Andrés, miembro de esta okupa desde su apertura, nos describe sus objetivos:

“La cultura y el arte son lo fundamental de esta okupa, pero también puedes trabajar con niños en riesgo social y tener otro tipo de visión y no sólo enfrascarte en solo una cosa, también podemos cambiar la realidad de niñitos. El ejemplo de aquí al frente es claro porque hay pasturri, hay narcos y los cabros están ahí mismo en la plaza jugando y entre que estén ahí en medio de los viciosos mejor vienen para acá a entrenar o a bailar break, está bien que aprenda, pero lo mejor es que salen de ese ambiente podrido en el que están”.

En este contexto, la oferta cultural intenta ser inclusiva y abarcar a las familias completas, es por eso que se esfuerzan por realizar espectáculos que lleguen a públicos diversos.

“Hacemos actividades para los niños, acá está la familia, de verdad que yo he visto en actividades que nosotros hacemos lleno de niños, jóvenes, abuelitos y eso no me

ha tocado verlo en otras okupas, las otras están más dirigidas a los jóvenes, pero acá hemos tratado harto de que sea la familia y que vengan todos y eso se ha logrado”.

En este sentido, la extensión de las redes ha funcionado. En cada casa donde se dictan talleres se crean vínculos por los que fluyen redes de información y conocimiento dando origen a lo que Iranzo ha denominado “*Redes de conciencias*”. Cada aporte al conocimiento es una oportunidad de entregar un mensaje político y de posicionar los valores de la autogestión como alternativa de vida y de acción.

“Yo hice un taller de serigrafía y sí he visto que algunos cabros están vendiendo por internet poleras. Hay cabros que están haciendo taller de serigrafía en colegios, entonces eso te tira para arriba porque significa que la herramienta que yo les di la ocuparon bien y ahora están trabajando” (Daniela).

En estos escenarios de intercambio de conocimientos es donde se forman los lazos. Quizás no todos utilicen lo aprendido para obtener dinero, ni se mantengan vinculados al colectivo que los formó, pero si el discurso está incorporado tendrán la posibilidad de formar sus propios colectivos y siempre habrá alguno que permanecerá conectado al grupo de origen.

La posibilidad de entregar conocimiento mezclado con un discurso político definido, entrega autonomía y ayuda a generar pertenencia al grupo (identidad), lo que muchas veces se ve manifestado en la vinculación más comprometida con los colectivos encargados de administrar las casas.

Por último, la tercera arista está en las actividades que se realizan fuera de las casas y que están directamente vinculadas con el barrio. Ejemplo de lo que mencionamos es la experiencia vivida por la okupa “La Ratonera”, la cual estaba emplazada en la población Santa Julia, espacio altamente vulnerable debido a los altos índices de drogadicción y delincuencia. En este contexto, una de las medidas adoptadas por los integrantes de la casa fue realizar talleres de hip-hop a jóvenes, utilizando la música como puente para acercarse a ellos y desde ahí intentar contribuir a mejorar su situación. La experiencia de este taller fue

muy positiva, ya que sobrepasó a los límites de la casa, en la medida en que se fueron sumando participantes provenientes de otros lugares:

“A los talleres de hip-hop venía gente de las poblaciones Jaime Eyzaguirre, Santa Julia, de la San Luis y de varias partes de Macul pero igual la casa funcionaba como centro social, sin embargo, este grupo empezó a funcionar de forma autónoma sin la necesidad de la casa y ahí empezamos a hacer cosas al lado del metro Los Presidentes, que es bastante lejos de Santa Julia, ya no estás trabajando solamente con el sector donde estaba la casa” (Martín).

Este taller siempre se acompañaba de charlas donde se abordaban los problemas cotidianos desde una perspectiva ácrata. El objetivo de aquello era mostrarles una visión distinta de las cosas, y a su vez, entregarles herramientas que les permitan cuestionar su realidad. Algunos que no tenían relación con la política se lograron politizar, y lo plasmaron en las letras de sus canciones.

La experiencia de Martín fue exitosa porque lograron generar redes sociales en el barrio que trascendieron el espacio de la casa, desembocando en la creación de un colectivo que los aglutinó a todos y que continuaron su labor en otros espacios. De este modo:

“El grupo ya no dependía de una casa, eso sí la casa fue un buen espacio para aprovechar la primera entrada y dar el primer impulso” (Martín).

Este no es un caso aislado, cuando los trabajos son consistentes y se logra ejecutar un proyecto de vinculación con el entorno, es posible que esos vínculos se mantengan y trasciendan los espacios. Una experiencia similar es lo que ocurrió con el colectivo que estaba a cargo del centro de comunicación escénica AKI, pues al ser desalojados el vínculo no solo perduró y se trasladó como tal a otra okupa, sino que tras esa experiencia se vio aumentada al incluir a ex alumnos de los talleres ahí dictados que se transformaron en participantes activos de los proyectos impulsados por el colectivo.

“La gente que aprendió con los chiquillos que hacían los talleres de tela, fuego... al final esos chiquillos se quedaron bien aferrados al colectivo y ahora son parte de él. Se hicieron colectivos aparte, por ejemplo la gente de tela tiene su colectivo, la gente de fuego tiene el suyo, como que todos tienen su colectivo pero hay uno que es el común” (Daniela).

Las experiencias mencionadas son ejemplos de lo que se puede lograr cuando existe la intención real de expandir el mensaje. En ocasiones, producto de este afán, se ven involucrados en tareas que exceden a sus propósitos, empujándolos a realizar verdaderos ejercicios de acción social en el barrio. Embarcarse en esta aventura no consiste solo en ejecutar un plan de trabajo y luego marcharse, cuando se convive día a día y las confianzas se establecen, surgen cosas que escapan a la voluntad y a las posibilidades de solucionarlo, en estos escenarios es necesario buscar ayuda en otras partes. Hemos decidido incluir el siguiente caso como una forma de graficar esta situación y para explicar que la creación de redes sociales que hemos propuesto como eje de este capítulo, no es solo un ejercicio utilitario donde uno utiliza al otro para ciertos propósitos, sino más bien es un juego de reciprocidades en el que a veces la realidad los lleva a enfrentar situaciones difíciles.

“(...) Una vez se hizo un taller de máscaras y la idea era que el niño cada vez que se sintiera agredido se pusiera la máscara, eran cosas de protección también. En ese momento también nos dimos cuenta de la poca preparación que teníamos para enfrentar ciertos problemas que vas viviendo en el trabajo, por ejemplo, llegaron tres niños que supimos que eran abusados sexualmente y violentados también. Ante una situación así, desde una posición anarquista, ácrata, bien dura, que manifiestas en ese contexto político en el que te conviertes en un personaje público en la población y que haces actividades en las plazas y que tiras un discurso anti estatal, ¿cómo respondes a eso?, sin tener un colchón atrás que te respalde con psicólogos y con gente capacitada para trabajar esos temas. ¿Qué haces? ¿Denuncias a los paco o vas a encarar loco y le pegas? ¿Qué haces con los niños que siguen estando en la casa? Nosotros teníamos una compañera que trabajaba en Jaime Eyzaguirre, una ONG social, y el punto es que ellos tampoco querían ir a trabajar a Santa Julia

porque era muy marginal, entonces preferían quedarse donde estuvieran tranquilos sin problemas. Entonces al final la única opción que nos quedaba era derivar a los cabros a la ONG y que de ahí los derivaran a otra parte o que se los quitaran a los papás o que vieran alguna solución para esos niños porque no tienes las herramientas para tratar cosas así” (Martín).

El relato de Martín es una demostración de que al “intervenir” un espacio, no solo se está rehabilitando una casa abandonada, sino que se sumergen en una red de relaciones que puede develar situaciones inesperadas. En estos escenarios es cuando ponen a prueba la intensidad de las relaciones y el compromiso recíproco. Si quien se encuentra con el conflicto se transforma en un ente activo que es capaz de buscar soluciones, creará confianza y el vínculo se fortalecerá.

2.2. Trascendencia de las redes

Esta dimensión es la más importante para vislumbrar las proyecciones de las redes generadas en la etapa antes descrita. Ya observamos la forma como se construyen los lazos con el entorno de las casas, elemento esencial para la sobrevivencia del proyecto. En este punto avanzaremos un paso más allá y nos fijaremos como objetivo describir los vínculos que se construyen con agentes externos al funcionamiento de una casa, centrando nuestra mirada en la construcción de redes sociales que trascienden al espacio físico y son la base de proyectos más amplios. Nos enfocaremos principalmente en dos puntos: las relaciones entre okupas (entendido indistintamente como colectivo o a nivel individual) y a las relaciones de las okupas con otros colectivos libertarios. Describir estas vinculaciones es esencial para dar cuenta de las formas de funcionamiento y expresión de las redes.

Antes de detallar el tipo de relaciones que se generan, es necesario aclarar que cuando hablamos del establecimiento de vínculos nos referimos indistintamente tanto a las relaciones forjadas por los colectivos, como por las relaciones personales creadas con otros miembros de okupas o con organizaciones sociales afines.

La creación de colectivos es uno de los medios de organización más utilizados por grupos “políticos” que buscan desarrollar un trabajo de base. En el caso de las okupas,

muchas han surgido como parte del trabajo de colectivos previamente formados. La existencia de estos grupos ha reformado las formas de protesta y de interacción con el Estado, pues nos encontramos frente a grupos que se organizan y articulan de forma dinámica, formando redes sociales que pueden crear movimientos de gran alcance.

La organización de los espacios es diversa, algunas casas están formadas por un solo colectivo, así como también algunos espacios contienen más de uno funcionando simultáneamente o prestan sus instalaciones para que otros grupos (afines a sus propósitos) los utilicen. Sin embargo, esto no es una constante, porque cada casa es una organización particular. Así como hay espacios habitados por colectivos con propósitos y estrategias marcadas, hay otros espacios en los que comparte una gran diversidad de sujetos, con distintas concepciones sobre lo que se debe hacer, esta divergencia contribuye a que las relaciones con “otros” sean más a nivel personal que grupal.

2.2.1. Relaciones entre okupas

Los activistas de cada casa y/o CSO están conectados con otros centros y estas conexiones se explican básicamente a partir de las relaciones y/o vínculos personales que se establecen entre ellos, siendo las actividades un elemento generador y aglutinador de este tipo de relaciones. En estas instancias se generan vinculaciones a causa de la comunidad de intereses, los que forman el contexto necesario para que se desarrolle una retroalimentación de saberes y habilidades que tiene como consecuencia la potenciación mutua.

De este modo, la red que surge es una interconexión basada en ideales políticos y sociales, y en la construcción de las confianzas necesarias para poder resguardarse. Es una red de intercambio, que tiene como única garantía la confianza mutua ganada con trabajo y perseverancia, donde la palabra y la acción valen más que un contrato establecido.

“Existe una red, pero no como si hubieras firmado un papel, es algo muy solidario, de caras conocidas más que por ser okupas. Es algo que se da con el tiempo y la confianza, porque esto nunca será una empresa que se administra de una manera fría donde nadie se conoce, es algo donde se ven caras que se han visto desde hace años, donde tú sabes con quien estás hablando” (Pablo).

El entramado de relaciones es fundamental para la existencia del movimiento. Ya revisamos la relevancia de las redes con el entorno cercano, siendo los vecinos y los participantes a las actividades los componentes más relevantes. Al situarnos en el segundo plano del análisis, es decir las redes fuera del espacio físico de la casa, debemos dirigir la mirada hacia la existencia de redes que tienen una funcionalidad más compleja, ya no son utilizadas para la supervivencia de un espacio físico, sino que para la mantención de un movimiento.

“Hay que tener en cuenta que las redes entre las okupas siempre están, o sea yo puedo estar viviendo en esta casa y la otra semana me voy a vivir a otra casa, pero igual nos juntamos a carretear, el mundo es chico, todos los “súper okupis” se conocen. Además de eso, si no todos tienen visiones iguales en torno a las cosas, sí hay una idea de anarquía que todos apuntan para allá, independiente de que uno sea primitivista, otro vegano y que se pelee con el carnívoro, o que se pelee el pacifista con el más violentista. Independiente de que existan diferencias y que se puedan generar discusiones, al final igual terminas tomándote una cerveza con ellos” (Martín).

En el relato expuesto, se evidencia que el proyecto y la red que lo soporta sobrepasan ampliamente un espacio o una serie de condiciones ideales. El compromiso con el proyecto que se persigue hace que los individuos permanezcan conectados aun cuando ya no se viva en una okupa.

Evidentemente, al salir del espacio cotidiano, las vinculaciones corren el peligro de desvanecerse, ese es una constante que todo movimiento enfrenta, no obstante, en esos contextos entran en juego valores como la identidad, solidaridad y la fortaleza de los compromisos adquiridos.

De este modo, las redes se van generando con grupos que cumplen distintos roles, con el objeto de tener una variedad recursos a los que echar mano dependiendo de los proyectos a ejecutar o a las necesidades que la contingencia imponga, lo importante es mantener siempre el contacto y la disposición a mantener las solidaridades.

Una forma en que se tejen estas redes es la que nos relata Beto:

“Las puedes ver en la relación que tenemos con otras okupas, amigos en otras localidades de Santiago que tienen colectivos de barrio, que trabajan con vecinos, que andan haciendo huertas, obras de teatro, que se mueven con un data show para proyectar películas en las plazas. Si nos dicen “oye, queremos hacer una actividad”, nosotros vamos y ayudamos y así se va tejiendo la red, o “difunde esto que pasó esto...” o “se llevaron a éste loco preso y hagamos algo para él”.

Según lo que podemos inferir, las redes sociales surgen en un espacio reducido pero alcanzan a otros actores sociales que persiguen fines similares. Las relaciones entre okupas o de estos con otras organizaciones cumplen diversas funciones, una de ellas es la protección de las casas frente a posibles amenazas, este es un buen ejemplo del despliegue de una red que se cuadra frente a una situación, prestando apoyo tanto en la defensa del espacio, como en las instancias posteriores.

En el entramado de la red, la fluidez en la comunicación cumple un papel fundamental. En estos círculos la transmisión de noticias fluye rápidamente y con la misma rapidez se activan los mecanismos de protección que aportan diversos recursos.

“Cuando les pasaron cosas a los cabros de las Sacco y Vanzetti fuimos un grupo de nosotros, fuimos a apoyar la causa, o a los cabros de la Idea, no sé poh. Si la gente realmente te necesita vas a tener que estar ahí, como individuo o como colectivo, pero siempre uno va más como individuo, pero ya saben de dónde soy, saben que estás preocupado de lo que les pasa al resto porque sabes que si les pasa a ellos en cualquier momento te puede pasar a ti. Cuando desalojaron República muchos cabros se acercaron a nosotros porque ellos ya habían estado en una semana de allanamientos, entonces nosotros íbamos en la noche para allá, cualquier cosa le pegábamos una llamada, a veces estábamos en la casa en la noche y llegaban los pacos y empezábamos a llamar para que la gente se juntara afuera de las casas, es como ser solidario con tus compañeros” (Daniela).

El estado de alerta, ha hecho que las redes de apoyo y solidaridad se mantengan persistentes. La consistencia de estas redes cobra cada vez más importancia, debido a las

repercusiones que ha traído el “caso bombas”, la que se ha manifestado en persecuciones y allanamientos.

2.2.2. Relación de okupas con otras organizaciones libertarias

Estas redes de apoyo se entretejen tanto entre los integrantes de distintas okupas como en relación con otras organizaciones sociales con las que comparten objetivos libertarios.

A modo de precisión conceptual señalaremos que otorgaremos el adjetivo de “libertario” a los grupos autónomos que se dedican a la difusión y práctica de ideas políticas ligadas con el anarquismo. Son grupos autónomos y autogestionados que realizan su trabajo de investigación y difusión alejados de los marcos institucionales. En el caso de las organizaciones que describiremos a continuación, destacan por su interés en la creación de documentos y revistas donde se aborda la contingencia desde una perspectiva crítica, así como también el desarrollo de foros de discusión abiertos a la comunidad.

En nuestra investigación aparecieron principalmente dos organizaciones con vinculación consistente: La *Corriente Revolución Anarquista* (CRA) y el *Colectivo Sociedad de Resistencia Santiago*, ambas definidas como organizaciones sociales libertarias.

El CRA, es una organización político revolucionaria, que se opone a la explotación capitalista, proponiendo la construcción de una sociedad libre, justa y solidaria, que utilice la autogestión como principio organizativo y como forma de resistencia al capitalismo, pero también, como construcción de un proyecto social revolucionario.

Esta organización se caracteriza por difundir ideas anarquistas, una de las herramientas utilizadas es la creación colectiva de documentos de trabajo que ponen a disposición del público general en su página web.

El CRA fue mencionado como una de las organizaciones vinculadas a la okupa “La Neurona” (ex colectivo “AKI”), quienes les facilitan sus instalaciones para la realización de foros y talleres. En la actualidad, se encuentran enfocados en su proyecto “Centro Social Biblioteca Aeropuerto”, espacio donde tienen alrededor de 5000 textos de diversa índole,

que tiene como objetivo *“abrir un espacio para la cultura y la educación libertaria, cimentando así las bases de ese mundo nuevo que llevamos en nuestros corazones”*⁷.

La segunda organización a la que se hizo recurrente referencia en las entrevistas fue “Sociedad de Resistencia”, organización social que tiene por objetivo la realización de actividades tendientes a la difusión de ideas y prácticas libertarias. Principalmente desarrollan foros y talleres de autoeducación que se organizan considerando las inquietudes intelectuales que surgen de acuerdo a la contingencia. Su principal objetivo es la difusión de conocimiento. En cada actividad existe un espacio de difusión en donde se pueden encontrar libros, folletos, documentales y una extensa variedad de información relacionada, que se distribuye de forma gratuita o a bajos precios.

Esta organización mantiene relación con “Casa Durruti”, con quienes han realizado tocatas y ferias libertarias, aprovechando el amplio espacio con el que cuenta la okupa. Actualmente utiliza las dependencias de la okupa “Malatesta” para sus asambleas y actividades.

Estos colectivos libertarios son independientes y no necesariamente son parte de una okupación, no obstante, es frecuente que utilicen los espacios proporcionado por alguna okupa para la realización de actividades y/o para la difusión de su trabajo.

La composición de estos colectivos es más heterogénea que la de las okupas, pues aquí convergen personas vinculadas al movimiento pero que tienen una vida cotidiana y laboral independiente, lo que aporta una visión distinta de los fenómenos sociales, así como también nuevas herramientas para el trabajo de difusión.

Estos grupos se convierten en núcleos de desarrollo intelectual, donde confluyen diversos actores que contribuyen a la creación de documentos escritos, audiovisuales, a la creación de foros y seminarios, lo que se traduce en la dinamización de los espacios, ya que atrae a un público más amplio y diverso. La labor de estos colectivos es lo más cercano que tenemos a una elaboración teórica desde las bases sobre el movimiento de okupación y sobre los ideales ácratas en nuestro país.

Uno de los aportes importantes que han realizado estos colectivos es el de la contrainformación, ejemplo de aquello es el trabajo realizado por el equipo encargado de desarrollar la video revista “Sinapsis”.

⁷Ver información detallada en: <http://www.revolucionanarquista.cl>. [Consulta: 20/02/2012]

A principios del 2007 un grupo de jóvenes da origen a la “Productora de Comunicación Social”, una organización anarquista de comunicación, propaganda y difusión de las prácticas e ideas anti autoritarias que apuntaran a la transformación radical de esta sociedad⁸.

El objetivo de esta video revista es acercarse mostrar el trabajo de un gran número de experiencias libertarias, que organizadas horizontalmente intentan contribuir a la transformación de la sociedad. Buscan posibilitar el conocimiento de experiencias de autogestión y de acción política, con el objeto de mostrarse públicamente como “un referente de acción consciente”.

Este último punto es de gran relevancia, pues uno de los cambios en las formas de acción de los últimos años tiene que ver con la visibilidad pública que ha adoptado el movimiento. Las ganas de generar espacios donde se expongan nuevas formas de vivir y de hacer política, donde se discuta, se expongan temas que no abordan los medios de comunicación masivos, hacen que el movimiento se visibilice y cada vez vaya adoptando una posición pública más comprometida.

Al observar la video revista es posible encontrar espacio para noticias nacionales contingentes; reportajes en profundidad sobre algún tema de interés (movimiento sociales, conflicto mapuche, conflicto ecologista, huelgas de trabajadores, etc.); exposición de documentales; se reserva un espacio para la difusión de experiencias extranjeras, así como también para relatar historias de okupas en Santiago y en el resto del país, donde se exponen sus motivaciones, la forma de trabajo y sus propósitos, este es un interesante espacio para conocer lo que ocurre fuera de Santiago y para observar la okupación desde la perspectiva de sus propios integrantes. La iniciativa de la Productora de Comunicación Social, contribuye de gran manera a la difusión de espacios y a la formación de una opinión pública informada sobre el quehacer cotidiano de los movimientos contestatarios en nuestro país.

La creación de medios contra-informativos contribuye a la circulación de información, lo que mejora ostensiblemente la comunicación y ayuda a acercarlos a un público más amplio.

⁸ Ver: Sinapsis N°4, diciembre 2007 [Video Revista].

3. Expresiones y proyecciones de las redes

Como hemos observado a lo largo de este capítulo las redes sociales son el producto de un trabajo constante en el que se construyen solidaridades, lealtades y una identidad compartida que los hace participar de un proyecto de sociedad.

Sin embargo, crear redes con agentes externos al movimiento es una tarea compleja, pues hay que combatir los prejuicios e intentar seducir al entorno, primero, demostrando buenas intenciones y buenas prácticas. Segundo, ofreciendo una buena oferta de actividades con el objeto de convertirse en un aporte o una alternativa de desarrollo. En el caso de las okupas que tienen una orientación habitacional, no crearán redes relevantes, pero de igual modo es valorado que no causen problemas, si bien esto no les hará ganarse el cariño y respeto de sus vecinos, al menos podrán tener una convivencia tranquila.

La densidad de las redes es variable, sobre todo si consideramos que fueron creadas en un espacio que es por definición transitorio. Sin embargo, esta condición no afecta la construcción del entramado, pues cada enlace de relaciones cumple una función específica en cada nivel de avance del movimiento.

Siguiendo la lógica de lo expuesto en el resumiremos los principales componentes de la red y sus funciones en el siguiente cuadro:

Tipos de redes	Componentes de la red	Funciones de la red
<i>Red de apoyo</i>	Vecinos, residentes de otras okupas y otras organizaciones libertarias vinculadas al movimiento.	Su función es la supervivencia y conservación de los espacios. En estos círculos, la transmisión de noticias fluye rápidamente, lo que permite la oportuna activación de los mecanismos de protección que aportan diversos recursos. Su rol es estar atento a las dificultades cotidianas, como por ejemplo a los desalojos.

<p><i>Red de solidaridad</i></p>	<p>Componentes directos (residentes) e indirectos (simpatizantes, ex residentes y otros individuos vinculados al movimiento por afinidad política y/o cultural) del movimiento.</p>	<p>Una de las funciones más importantes de esta red es servir como vínculo con otros miembros del movimiento que enfrentan situaciones difíciles, como ocurre con aquellos que se encuentran privados de libertad a causa de conflictos políticos o porque están vinculados con alguna de las causas que defiende el movimiento. En este ítem son frecuentes las actividades en apoyo a presos políticos, las que se organizan con el objeto de juntar recursos para financiar los gastos de la defensa o para cubrir sus necesidades básicas.</p>
<p><i>Red de contra información y acción</i></p>	<p>Participantes del movimiento okupa, ya sea residentes o simpatizantes con trabajo directo en los proyectos creados. También destacan las vinculaciones con colectivos libertarios.</p>	<p>Las redes sociales juegan un importante papel acercando posiciones, difundiendo información y articulando la acción. En este punto los componentes pueden ser presenciales o virtuales dependiendo del caso, ya que pueden existir componentes de la red fuera de la ciudad, e incluso fuera del país que cumplan una función específica.</p> <p>Los colectivos libertarios cumplen el rol de difusión de información y creación de bases teóricas para la acción.</p>

Si nos centramos en las proyecciones de las redes, podemos señalar que con el tiempo las redes propensas a perdurar son aquellas que traspasan los límites del espacio físico, pues solo con ellas es posible realizar un trabajo a largo plazo. Como ejemplos de esta red densa podemos mencionar las relaciones con otros okupas, con colectivos

libertarios y con un cierto número de simpatizantes con los que se han construido lazos de solidaridad y reciprocidad.

En cuanto a las relaciones generadas con el entorno de las casas, se orientan principalmente a la mantención de los espacios pero que son escasamente proyectables.

No todas las redes serán fundamentales a la hora de llevar a cabo una acción directa, pero pueden cumplir un importante papel durante los periodos de subsidencia, instancia en el que se construyen las bases de las futuras acciones colectivas.

Las proyecciones del movimiento son variables. Esto depende principalmente de los grupos con los que se vinculen y con la radicalidad de las formas de acción adoptadas.

A momentos se atisba cierta organización. En otros el desconcierto, debido a conflictos internos que denotan un procesos de maduración de objetivos que aún no acaba, están en un período de ajustes donde el trabajo subterráneo está empezando a dar lentos, pero significativos, frutos.

Sobre la factibilidad de las proyecciones de estas redes, de sus objetivos y formas de acción trataremos en el siguiente capítulo dedicado a la acción colectiva.

Capítulo Tercero

Entre la Teoría y la Práctica: Perspectivas para analizar los fenómenos de acción colectiva

1. Perspectivas teóricas de la acción colectiva.

Las teorías de la acción colectiva surgen como una explicación ante a los estallidos sociales que nacen como respuesta a las inequidades provocadas por los ajustes económicos y políticos en las grandes naciones durante la postguerra y que continúan, aumentando su frecuencia, hasta nuestros días.

En un primer momento, los acercamientos teóricos que pretendían explicar estos fenómenos estuvieron marcados por la idea de que la irracionalidad era lo que motivaba la acción colectiva. En este sentido, alcanzó gran relevancia la “Psicología de Masas” enfoque que surgió a fines del siglo XIX, postulaba que el comportamiento colectivo era producto del contagio y la sugestión, pues al conformarse un grupo social amplio, éste dejaba de responder a los patrones de comportamiento social esperado (orden y respeto a las normas) sumándose a los actos irracionales propios de la masa, la mayoría de las veces subordinados a los deseos de un líder.

Esta concepción, si bien fue el primer acercamiento formal se hizo prontamente insuficiente por el escaso nivel explicativo de los fenómenos sociales complejos que comenzaban a experimentar las sociedades modernas, toda vez que su análisis se enfocaba en las formas de la acción, dejando en una posición irrelevante a las motivaciones subyacentes.

En las décadas del veinte y treinta surge en EE.UU. la denominada “Escuela de Chicago”, espacio académico donde se continúa con los postulados de la psicología de masas, -insiste en la irracionalidad de la acción y en su instrumentalización por parte de una elite- pero agrega la pregunta sobre las motivaciones y formas en que los individuos se enfrentan a los aparatos del Estado.

En la década del sesenta, se experimenta un giro hacia los estudios estructurales, desarrollando la denominada “*Teoría del comportamiento colectivo*”, la cual se distancia de

la teoría de psicología de masas para centrarse en las implicancias del comportamiento colectivo en el cambio social. Uno de los principales representantes de esta línea de pensamiento fue Smelser (1963) quien centró su análisis en las determinantes sociales de la protesta, otorgándole más énfasis a las tensiones estructurales y a las creencias compartidas que a las conductas espontáneas de las masas. De este modo, el impacto causado por fenómenos como la urbanización, la innovación tecnológica, los medios de comunicación masivos y las transformaciones culturales son observados como los catalizadores de las acciones colectivas y de los movimientos sociales. Estos cambios en la estructura social provocarían la formación de movimientos no institucionalizados que apuntan hacia un restablecimiento de la cohesión social a través de la construcción de creencias compartidas. Una vez que se han derribado los patrones culturales obsoletos se instalan nuevos y con ello un nuevo sistema de normas. Los planteamientos de Smelser apuntan hacia el fin de la separación entre el comportamiento convencional -que se atiene a las normas sociales- y el comportamiento colectivo, considerado hasta entonces diferente de aquél (Rubio, 2004).

Ésta década fue escenario de una serie de fenómenos sociales, políticos y económicos que abrirían una puerta hacia el nacimiento de nuevos actores colectivos y a la preocupación por nuevos tópicos. Acontecimientos como la Primavera de Praga, la matanza de Tlatelolco en México y los sucesos ocurridos en Francia, durante mayo del 68, tienen como factor común la eclosión de un movimiento formado por nuevos actores sociales.

En este escenario, son los jóvenes quienes manifiestan su descontento. Reclaman contra un sistema educativo que reproducía los valores conservadores y autoritarios en la enseñanza, se declaran anti imperialistas, cuestionan la sociedad de consumo que se impone con la incipiente masificación de los medios de comunicación. No solo cuestionan los pilares tradicionales del sistema, sino también sus fundamentos morales. Utilizaron el espacio público sin miedo, hicieron suyas las calles y los muros, todo medio era útil para transmitir su mensaje. Son los hijos de una generación nueva que no vivió las guerras mundiales ni las grandes crisis económicas. Es una generación que tuvo la oportunidad de estudiar en la universidad y de observar la realidad desde una perspectiva crítica. Son ellos quienes convertirán esta década en un punto de quiebre en la historia de los movimientos sociales contemporáneos.

La síntesis del contexto de la década se manifiesta con fuerza en Francia, durante la eclosión social de mayo del 68. Se inició como un conflicto estudiantil –apoyado por la izquierda- que manifestaba su disconformidad con un sistema universitario arcaico y represivo, que no se adecuaba a los requerimientos de un número cada vez más creciente de alumnos. El resentimiento, que en un inicio se dirigía a las autoridades universitarias, se volcó hacia el rechazo a cualquier autoridad, sentimiento compartido por la ciudadanía, en especial por los miembros de la clase obrera. Lo que comenzó como una manifestación estudiantil terminó convirtiéndose en el catalizador para una de las huelgas obreras más grandes de las que Europa tenga memoria, donde miles de trabajadores exigieron mejores condiciones laborales y reajustes salariales.

Mayo del 68 es recordado como el primer movimiento estudiantil de la historia, pero también como el primer movimiento social que se atrevió a desafiar a las autoridades de forma pública y organizada, colocando en la opinión pública temas que iban desde la política, la economía, hasta el cuestionamiento de valores sociales. Fue la primera vez en que la utopía se hacía pública y se utilizaba como medio y fin.

Este movimiento fue la bisagra que marcó la necesidad de repensar las formas de organización social. Ante esto, las teorías que apuntaban a la irracionalidad de la acción colectiva perdieron peso. Era evidente que los nuevos acontecimientos daban cuenta de una intencionalidad de la acción y de la existencia de actores sociales que buscaban reivindicaciones muy diversas, a las demandas tradicionales del movimiento obrero se sumaban protestas por temas políticos, sociales, ambientales, culturales y de una infinita gama de razones. Como forma de dar explicaciones precisas a estos fenómenos es que durante la década de los setenta se inicia una renovación teórica que pretendía dar cuenta de las motivaciones que inducen a los individuos a participar de los eventos de acción colectiva.

Una de las primeras teorías que pretendieron explicar los nuevos fenómenos sociales fue la denominada “*teoría de la privación relativa*”, sistematizada por el norteamericano Ted Gurr (1970). Sus tesis se centró en la disociación entre lo que se tiene y lo que se cree merecer, ésta contradicción genera sentimientos de privación ante las expectativas frustradas, lo que se transformaría en la motivación para participar en movimientos de protesta. Sin embargo, no todo sentimiento de frustración conduce a

eventos de acción colectiva, puesto que el desigual acceso a las oportunidades políticas y económicas era asumido como parte del orden natural. El desencadenamiento de la violencia solo era efectivo cuando existía un profundo sentimiento de privación y exclusión. Aunque esta teoría fue elaborada después de las grandes revueltas de los sesentas, siguió siendo insuficiente debido a su insistencia en el carácter espontáneo y esporádico de la acción, además de considerarla como una consecuencia de un malestar individual que repercutía en lo colectivo. Aquí no existe la idea de organización, motivación trascendente ni de objetivos específicos.

Una de las principales consecuencias del cambio de paradigma fue la aparición de dos escuelas teóricas que abordaban el problema de la acción colectiva desde dos perspectivas distintas, mientras en Estados Unidos se elabora la “*Teoría de movilización de Recursos*” (TMR), que centra su atención en los recursos, la organización y los medios que posibilitan la movilización, en Europa se dirige la atención a los cambios culturales y macroestructurales que han dado lugar a la construcción de nuevas identidades que emergen a través de los “*Nuevos Movimientos Sociales*” (NMS) (Rubio, 2004).

1.1. Teoría de movilización de Recursos (TMR)

La TMR tiene una importante influencia derivada de la Teoría de la Acción Racional de Olson, quien planteaba que la participación en una acción colectiva dependía del cálculo racional entre costos y beneficios que la acción le daría al individuo. Cuando la ecuación es favorable, el sujeto se involucra activamente, cuando es negativa se resta. Este juego de posibilidades permitió que algunos pudieran obtener beneficios incluso sin participar de las movilizaciones, ya que el peso de las negociaciones recae en un grupo dirigente. Este cálculo racional hace que sea necesaria la existencia de incentivos selectivos que fomenten la participación.

Tomando como punto de partida lo planteado por Olson, la TMR tiene como objetivo explicar las motivaciones que impulsan a algunos individuos a participar de las acciones colectivas aún cuando no sean beneficiados directamente. En la configuración de estas acciones no solo entran en juego las motivaciones, sino también la correcta conjunción entre los recursos disponibles, la organización del grupo y el marco de las

oportunidades existentes para la acción colectiva. En este modelo las organizaciones formales y centralizadas son más eficientes en el manejo de recursos y, por ende, tienen mayores posibilidades de éxito. El triunfo de la movilización se alcanzará cuando el grupo sea reconocido como actor político o por el logro de beneficios materiales (Henkis, 1983 y Cohen, 1985. En: Pérez Ledesma, 1994).

Esta línea teórica postula que toda acción colectiva es el producto de una buena organización y de la correcta utilización de los recursos de los que se disponen. La organización se convierte en el principal recurso a utilizar puesto que su existencia reduce los costos de la participación y ayuda al reclutamiento. En un contexto de prosperidad económica donde los individuos tienen cubiertas sus necesidades básicas, pueden poner al servicio de un objetivo recursos materiales y tiempo para dedicarlos a las actividades del movimiento. Los seguidores de esta teoría no se preguntan por las razones que motivan a los individuos a sumarse a un movimiento social, tampoco se cuestiona la racionalidad de la acción, sino que analizan la eficacia con que los movimientos emplean los recursos de los que disponen para alcanzar sus objetivos (Riechman y Fernández Buey, 1994).

Uno de los primeros teóricos que planteó a los movimientos sociales como un problema de gestión de recursos fue Anthony Oberschall (1973), quien a diferencia de Olson, propone que los individuos que dan vida a un movimiento social no son parte de grupos aislados sino que pertenecen a organizaciones normadas como asociaciones y/o comunidades, serán estos grupos quienes formen al actor colectivo que nutrirá a los movimientos sociales emergentes. La racionalidad de la acción es evidente debido a que son los grupos quienes sopesan los costos y beneficios de la acción y elaboran una estrategia para la consecución de sus objetivos.

Sumándose a esta línea Mc Carthy y Zald (1973; 1977) agregan una especial preocupación por los motivos que empujan la acción. Parten del supuesto de que los conflictos sociales son inherentes a la sociedad, por lo tanto, la existencia de acciones colectivas no pueden ser explicadas solo por estos factores, razón por la que enfatizan en el carácter instrumental de la acción. Definen a los movimientos sociales como un conjunto de organizaciones que tienen por objetivo el cambio social. Estas organizaciones serían quienes absorben los costos de participación, razón por la cual, el análisis se centra en las

formas de subsistencia de los distintos grupos, en sus disputas por el poder simbólico, en el manejo de los recursos y en las estrategias desplegadas para la obtención de sus objetivos.

Otras de las ramas derivadas de la TMR es la que se enfoca en el análisis de las estructuras de oportunidades políticas. Uno de los teóricos más importantes que centró su atención en el contexto político como motivación para la configuración de los movimientos sociales fue el norteamericano Charles Tilly, quien en la década de los setenta elaboró un marco teórico sobre las formas de acción colectiva desde la perspectiva de la sociología histórica.

Tilly define los movimientos sociales como:

“una serie de demandas o desafíos a los poderosos en nombre de una categoría social que carece de una posición política establecida (...) la interacción entre los actores constituye la identidad y la unidad del movimiento” (Tilly, 1990 [1985]: 185).

Esta idea de interacción es fundamental en su obra, al igual que el énfasis en la racionalidad y continuidad de la acción colectiva, sin embargo, su sello está en el desarrollo histórico en que se basa para explicar el carácter estratégico de la acción. Demuestra la importancia de los procesos políticos y económicos como detonantes de malestar social. Al otorgar a las acciones colectivas una carga cultural e histórica las dota de contenido, explicando la génesis de los repertorios de confrontación y las transformaciones de los objetivos de acuerdo a los nuevos medios de los que disponen.

Construye una importante crítica hacia las teorías del comportamiento colectivo y de la sociedad de masas, puesto que reviste a las acciones de racionalidad y las sitúa como una forma de interacción con las clases dominantes. No son reacciones irracionales frente a un problema de sobrevivencia. Son acciones deliberadas que ponen en jaque a las autoridades en un concertado juego de enfrentamientos.

Uno de los conceptos desde los que Tilly comienza su análisis está en lo que denomina “repertorio de confrontación”, es decir: *“la totalidad de los medios de los que disponen (un grupo) para plantear exigencias de distinto tipo a diferentes individuos o grupos”* (Citado en: Tarrow, 1997: 65). Las formas de acción van variando de acuerdo a las

exigencias, al juego de oportunidades y a la eficacia en las formas de organización que desarrolla un grupo en post de un objetivo. La dinámica de la acción colectiva se despliega cuando los repertorios son conocidos y compartidos tanto por los miembros de la red como por sus oponentes, iniciándose así la tensión social que facilitará la acción. Es en ésta lógica que Tilly defiende la utilización de la violencia como forma de acción, al definirla como uno de los medios de participación política más antiguos, siendo uno de los mecanismos a través de los cuales los grupos se manifiestan y forman identidad. Esta herramienta ha sido legítimamente utilizada tanto por oponentes como por las fuerzas represivas, juego primordial en el desarrollo de una acción colectiva.

La evolución de los repertorios de acción está mediada por las transformaciones políticas y económicas, las que inevitablemente repercuten en las condiciones de vida de los individuos. La génesis histórica nos muestra que en las sociedades tradicionales se apuntaba a la resolución de problemas específicos propios de una sociedad terrateniente, como la escasez de alimentos, conflictos religiosos, disputas territoriales, entre otras, siendo sus principales oponentes las autoridades locales. Estos episodios eran explosiones coyunturales y finalizaban una vez que se satisfacían sus demandas.

Con el paso a la sociedad moderna, y la consolidación de los estados nacionales, los objetivos se diversifican. No se apunta solo a conflictos locales sino que el espectro se abre a conflictos globales, ayudados por los avances tecnológicos y los medios de comunicación que visibilizan conflictos sociales y reivindicaciones diversas. En función del nuevo contexto es que se hace necesario flexibilizar los repertorios de acción para que puedan ser utilizados en apoyo de exigencias más generales de coaliciones sociales más amplias. Surgen formas de acción variadas como: huelgas, mítines, ocupación de edificios, etc. Este cambio en las formas de acción es lo que Tilly denomina “repertorio modular”, el que tenía como principal característica:

“se podía aplicar a distintos lugares o circunstancias y era autónomo porque ya no había intermediarios, sino que de forma directa los peticionarios establecían comunicación directa con los centros de poder nacionales” (Rubio, 2004: s/p).

La utilización de este repertorio propició que grupos dispersos de personas que no se conocían entre sí pudieran aglutinarse en desafíos mantenidos contra las autoridades, es decir, en movimientos sociales.

Para el autor, los movimientos sociales son una manifestación de acción colectiva, la diferencia de éstos con las antiguas disputas sectorizadas radica en la posibilidad de mantener las acciones en el tiempo, apoyados en las redes sociales y en un repertorio flexible que permite aplicarlo de en diversos momentos y que puede ser transmitido a un gran número de personas. Lo gravitante en este postulado es que sin importar cuál sea el objetivo de la acción, siempre ésta se dirige hacia un oponente claro, el Estado.

Sidney Tarrow, retoma el camino trazado por Tilly y reafirma la tesis de que los eventos de acción colectiva están mediados por las oportunidades políticas que genera el sistema. Tarrow pone énfasis en la transversalidad de los participantes y en los elementos de unión, la que ahora está dada por la creación de una identidad colectiva que construye sentido, no por la clase social de pertenencia. Señala:

“El poder de los movimientos se pone de manifiesto cuando los ciudadanos corrientes unen sus fuerzas para enfrentarse a las elites, a las autoridades y a sus antagonistas sociales” (Tarrow, 1997:17).

Cuando se crea una oportunidad política los movimientos sociales coordinan y mantienen la interacción a través de la creación de redes sociales y símbolos culturales. Uno de los componentes irreductibles que subyace a todos los movimientos sociales es la “acción colectiva contenciosa”, la que surge como el único recurso del que dispone la gente común para enfrentarse a quienes detentan el poder:

“es utilizada por gente que carece de acceso regular a las instituciones, que actúa en nombre de reivindicaciones nuevas o no aceptadas y que se conduce de un modo que constituye una amenaza fundamental para otros” (Tarrow, 1997:19).

En este contexto, para el nacimiento de un movimiento social es necesaria la presencia de oportunidades políticas que reduzcan los costos de la acción. Estas

oportunidades se producen cuando se abre una fisura en el sistema que expone una falencia y altera el juego de oportunidades y restricciones. El despliegue de repertorios históricamente aprendidos y utilizados por un grupo heterogéneo de individuos propicia la formación de redes sociales por medio de las cuales se canalizan los medios materiales y simbólicos que dan vida al movimiento.

La dinámica de los movimientos está en permanente tensión y sujeta a las variaciones de la contingencia, puesto que las mismas oportunidades políticas que pueden facilitar su aparición, generar empatía y sumar seguidores, también pueden generar rechazo y con ella la dispersión del movimiento.

Uno de los conceptos más importantes en el estudio de los movimientos sociales y que sigue con la idea de analizar los procesos sociales con una perspectiva histórica es el de “ciclos de protesta”, los que define como:

“Una fase de intensificación de los conflictos y la confrontación en el sistema social, que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados; un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación; marcos nuevos o transformados para la acción colectiva; una combinación de participación organizada y no organizada; y unas secuencias de interacción intensificadas entre disidentes y autoridades que pueden terminar en la reforma, la represión y, a veces, en una revolución” (Tarrow, 1997: 263-264).

Los ciclos de protesta no acaban cuando son reprimidos o cuando el fervor inicial decae, sino que ante estas dificultades los movimientos entran en una fase de latencia en espera del surgimiento de nuevas oportunidades políticas. En este punto el autor pone énfasis en el valor de la solidaridad y la identidad colectiva como elementos indispensables para generar consenso y continuidad en los movimientos sociales.

Tanto Tilly como Tarrow sitúan los factores políticos como ejes centrales en el análisis de los movimientos sociales y ven los factores identitarios como algo necesario para la articulación de las redes y para el mantenimiento en el tiempo de los movimientos. La relevancia dada a estos aspectos es lo que marca una clara evolución y distanciamiento con las teorías psicologistas de los años sesentas y hacen de sus teorías una vanguardia en

los estudios de movimientos sociales. Este aspecto será abordado en profundidad por los sociólogos europeos, quienes –en un contexto distinto al norteamericano- centraran su análisis en los aspectos macroestructurales que dan sentido a la acción. Pasaremos de la instrumentalidad a la construcción de sentidos.

1.2. Escuela Europea y el nuevo paradigma

Mientras en Estados Unidos la investigación sociológica se centraba en los factores que facilitan la movilización, en Europa la reacción académica frente a los movimientos sociales surgidos a finales de los años sesentas se dirigió hacia los cambios estructurales que enfrentó la sociedad tras la Segunda Guerra Mundial.

El nuevo orden mundial tenía como premisas, en lo económico la consolidación del capitalismo industrial y en lo político la instauración de sistemas democráticos. Uno de los sistemas más utilizados en Europa fue el Estado de Bienestar, el cual durante las primeras décadas propició el desarrollo económico que trajo como consecuencia mejoras considerables en el nivel de vida de la población y estabilidad política y social. Las primeras fisuras del modelo se observan a fines de la década de los sesentas, cuando algunos Estados demuestran su incapacidad de mantener el crecimiento económico y asegurar el pleno empleo y, por tanto, la dificultad para ejecutar políticas sociales destinadas a garantizar determinados niveles de bienestar a través de servicios como la salud, educación, la seguridad de las pensiones, etc. Situaciones que ponen en cuestión el papel del Estado (Rubio, 2004).

En este contexto comienzan a emerger movimientos sociales que ponen de manifiesto su descontento por el incumplimiento de las expectativas generadas por el modelo, así como también se evidencia una crisis de representatividad donde se cuestiona el papel de los partidos políticos como mediadores entre la sociedad y el Estado. Surgen nuevos actores sociales, encarnados principalmente por las clases medias, quienes han disfrutado de los beneficios económicos, los que se reflejaron en su preocupación por temas culturales, globales e identitarios.

El mayo francés evidenció un cambio de composición en los movimientos sociales, pasando del movimiento obrero a las nuevas clases medias surgidas del capitalismo

industrial. Los Nuevos Movimientos Sociales (NMS) que se vislumbran tienen marcadas diferencias con los movimientos sociales de antaño, donde la principal vinculación estaba dada por la clase social de pertenencia. Ahora los principios que mueven a la acción son diversos y van desde reivindicaciones de grupos específicos que apuntan a factores identitarios (el feminismo o los movimientos homosexuales) y cotidianos hasta objetivos globales que abarcan a todo el género humano (el movimiento ecológico o el pacifista). En este contexto, aparecen nuevos elementos de unión, ya no es la clase social el motor de la lucha, sino que se pone énfasis en la construcción de identidades colectivas y en las motivaciones para emprender la acción.

Una segunda diferencia con la escuela norteamericana radica en la “novedad” que representaban los movimientos surgidos en la década de los sesentas y setentas con respecto a los desarrollados en décadas anteriores. Se produce un quiebre, se amplía la perspectiva de análisis criticando la tradición marxista que interpretaba la acción colectiva desde la perspectiva de la lucha de clases. Los nuevos movimientos sociales demuestran la emergencia de nuevos actores sociales, donde la adscripción de clase no es tan importante como los objetivos perseguidos y sus fines no son estrictamente económicos o políticos.

Alberto Melucci es uno de los principales teóricos sobre lo que se ha denominado “paradigma de la identidad”, la que se construye sobre la premisa de que la formación de un movimiento social está mediada por la construcción de una identidad colectiva que dota de sentido a la acción.

El autor parte su análisis desde la premisa de que los NMS son consecuencia de los cambios que se han producido en la sociedad industrial en su paso hacia una “sociedad compleja” o de información, donde las formas de segregación social poseen una naturaleza permanente y no coyuntural. Este aspecto es el punto de quiebre con las teorías estructurales y con los modelos de movilización de recursos desarrolladas durante los años setentas y ochentas, puesto que explican el *por qué* pero no *cómo* un movimiento se establece y mantiene su estructura. Estas teorías explican la acción desde una lógica sistémica, no considerando como parte de su análisis la perspectiva de los actores, es por esto que el autor señala:

“La acción tiene que considerarse como una interacción de objetivos, recursos y obstáculos; como una orientación intencional que se establece dentro de un sistema de oportunidades y coerciones. Los movimientos son sistemas de acción que operan en un campo sistémico de posibilidad y límites” (Melucci, 1999: 37).

Los movimientos sociales son sistemas de acción en el sentido de que sus estructuras son construidas por objetivos, creencias, decisiones e intercambios. No son una unidad, sino más bien son un espacio en el que confluyen una amplia gama de procesos sociales, actores y formas de acción, es por esto que el énfasis debe ponerse en las estructuras que subyacen a la acción y en el entramado de componentes y significados que los componen.

La unidad en los movimientos sociales debe ser entendida como un resultado, no como un punto de partida. Su éxito está dado por la eclosión de un amplio número de componentes que son capaces de producir significados. Los individuos crean un nosotros colectivo a través de un consenso, que se organiza en función de tres ejes: fines, medios y ambiente. Los fines están relacionados con el sentido de la acción, los medios con los elementos de los que dispone para llevarla a cabo y el ambiente con su relación con el campo en el que se desarrollará la acción. Estos tres factores están en permanente tensión, por ende la unión –en caso de existir- debe considerarse como el resultado, no como el punto de partida.

Uno de los aspectos importantes a destacar es que las acciones colectivas solo son posibles cuando se genera una identidad y hay solidaridad entre los componentes de la red. La construcción de identidad colectiva es el eje articulador de un movimiento porque es el puente que permite que los individuos se reconozcan como productores de sentido.

Sumando los elementos expuestos, el autor propone una definición de movimiento social que contempla relaciones basadas en la solidaridad, que se despliegan frente a un conflicto cuyo objetivo es romper con el sistema en que ocurre la acción. Su activación implica la existencia estructural de un conflicto y busca provocar cambios que acentúen o reduzcan las contradicciones (Melucci, 1994; 1999).

Uno de los principales aportes de Melucci -y de la escuela europea- es la apertura de la perspectiva desde la que se observaban los fenómenos sociales. Se termina el centralismo

de los conflictos tradicionales propiciados por el sistema económico y el sistema político hacia temas culturales y de la vida cotidiana. Se abre el paso a la participación de nuevos actores colectivos como la clase media y quienes ocupan un lugar marginal en el mercado de trabajo como los estudiantes y los jóvenes desempleados (entre otros). Este vuelco marca un claro distanciamiento con las teorías elaboradas en décadas anteriores, las que tendían a reducir la acción colectiva a su dimensión política, ignorando por completo la orientación cultural de los conflictos.

Estos nuevos movimientos se construyen y avanzan de un modo distinto. Su estructura de movilización es provisional y siempre está sujeta a cambios, está basada en el principio de participación directa. Tiene un significado simbólico que consiste en anunciar al sistema que existen otros códigos para definir el tiempo y el espacio del individuo en la colectividad. La concepción del tiempo predecible se enfrenta con otra fundada en su naturaleza reversible que respeta los ritmos individuales y responde a la pluralidad de los grupos sociales, en la necesidad de experimentar los cambios de forma directa (Melucci, 1994b).

Las redes sociales se constituyen en el puente a través del cual se construye una cultura y la identidad colectiva que da sentido a la acción. Es por esto que en vez de hablar de movimientos, es más acertado hablar de “redes de movimientos”, dentro de las cuales se mueven personas y organizaciones que conectan a un área más extensa de participantes. Las redes se componen de pequeños grupos separados, en un sistema de intercambios que van desde personas hasta medios informativos (radios libres, librerías autogestionadas o revistas) que contribuyen a crear cierta unidad.

La acción colectiva entendida como red de movimiento pasa constantemente por estados de latencia y visibilidad. La latencia crea nuevos códigos culturales y da el espacio de aprendizaje antes de la práctica. La visibilidad pone en evidencia los conflictos y genera el espacio para la emergencia de la acción. Al mismo tiempo, la movilización pública indica a la sociedad la existencia de un problema específico y le insinúa que son posibles modelos culturales alternativos.

La visibilidad y la latencia se correlacionan recíprocamente:

“La latencia alimenta la visibilidad con recursos de solidaridad y con una estructura cultural para la movilización. La visibilidad refuerza las redes inmersas. Proporciona energía para renovar la solidaridad, facilita la creación de nuevos grupos y el reclutamiento de nuevos militantes atraídos por la movilización pública que fluye en la realidad inmersa” (Melucci, 1999:74).

Esta nueva perspectiva rompe con la idea de que los movimientos tienen una estructura organizativa instrumental. Ahora se reconoce a la movilización como un objetivo en sí mismo, la forma que adopta el movimiento es un mensaje, un desafío simbólico a los patrones dominantes. Se enviste a los actores colectivos como productores de significados, que comunican, negocian y toman decisiones. En otras palabras, los actores son capaces de ir más allá de la lógica lineal de estímulo-respuesta. Visto así, la acción colectiva se considera: *“el resultado de intenciones, recursos y límites, una orientación intencional construida mediante relaciones sociales desarrolladas en un sistema de oportunidades y obligaciones”* (Melucci, 1994a, 157).

Siguiendo la línea teórica de los NMS Joachim Rashke (1994: 123) define a los movimientos sociales como:

“Actor colectivo movilizador que, con cierta continuidad y sobre las bases de una alta integración simbólica y escasa especificación de su papel, persigue una meta consistente en llevar a cabo, evitar o anular cambios sociales fundamentales, utilizando para ello formas organizativas de acción variables”.

De esta definición se desprende la relevancia otorgada a la continuidad del movimiento, elemento que los diferencia de los episodios colectivos. Por integración simbólica se entiende al conjunto de elementos que permite un sentimiento de “nosotros”, es decir, de identidad colectiva. La escasa especificación de roles es una de las principales características de los NMS, ya que, al no requerirse una militancia formal, las formas de participación y articulación son variadas. En cuanto a los objetivos de los movimientos, es enfático al señalar que deben *“Llevar a cabo, evitar o anular cambios sociales fundamentales, utilizando para ello formas de acción variables”* (Rashke, 1994: 124). Los

objetivos no tienen por qué ser revolucionarios en el sentido de buscar una subversión total del sistema social, pero sí deben proponerse transformar estructuras sociales relevantes.

Partiendo de la definición elaborada por Rashke, Francisco Fernández Buey y Jorge Riechman (1994) complementan el análisis centrándose en el análisis de la praxis de los NMS emergentes. A fines de los sesentas surgen una serie de movimientos de nuevo cuño como los movimientos ciudadanos –de base urbana-. Las disputas sociales se trasladan del trabajo a la calle y se comienzan a hacer cargo de situaciones cotidianas.

El contexto mundial cambia a cada instante, el afianzamiento del capitalismo industrial y las nuevas formas de organización provocan el inevitable cambio en las formas de relacionarse y amplía los intereses que van desde temas locales hasta conflictos globales. En este contexto, uno de los principales objetivos de los movimientos sociales debe ser reconstruir los vínculos sobre fundamentos de igualdad, libertad y solidaridad.

1.3. Acción colectiva y actores sociales en América Latina

La teoría de la acción colectiva desarrollada por las escuelas norteamericana y europea establecen las bases sobre las que se analizarán los procesos de acción colectiva en América Latina, sin embargo, los contextos sobre los que se desarrollan las manifestaciones populares distan mucho de los fenómenos acontecidos en el hemisferio norte. Los procesos políticos y económicos son distintos, mientras en Europa las movilizaciones demostraban el malestar por la decadencia del Estado de Bienestar, en Latinoamérica los conflictos estaban marcados por economías estancadas a causa de las deudas arrastradas por las políticas de sustitución de importaciones y por la instauración forzada de regímenes autoritarios.

Al observar estas diferencias resulta fundamental situar los conceptos en un contexto específico. Manuel Antonio Garretón (2001:13) plantea el análisis de los eventos de acción colectiva en Latinoamérica desde la perspectiva del desarrollo de la matriz sociopolítica, la que define como: “*La particular configuración de las relaciones entre a) Estado, b) Régimen y partidos políticos, c) sociedad civil o base social*”. La participación reflexiva de los sujetos en este ejercicio es fundamental, dando como resultado la formación de actores sociales que apelan a:

“Principios de estructuración, conservación o cambio de la sociedad, que tienen una cierta densidad histórica, que se definen en términos de identidad, alteridad y contexto, que se involucran en los proyectos y contraproyectos, y en los que hay una tensión nunca resuelta entre el sujeto o principio constitutivo y trascendente de una determinada acción histórica y la particularidad y materialidad del actor que lo invoca” (Garretón, 2001:13).

En términos históricos, la matriz sociopolítica clásica predominó desde la década del treinta hasta los setentas, con variaciones de acuerdo a los contextos particulares de los países. La base económica era el modelo de desarrollo hacia adentro caracterizado por la industrialización de sustitución de importaciones con un fuerte rol del Estado. El modelo político estaba constituido en algunos países por el denominado Estado de compromiso, mientras que en otros predominaban regímenes populistas.

Las formas de acción colectiva estaban asociadas con un actor social central, el Movimiento Social Popular, el que a pesar de estar conformado por una serie de movimientos de extracción popular, destacando el movimiento obrero, el que se transformó en el principal articulador de manifestaciones y en un interlocutor con las autoridades.

Durante los sesentas y setentas se sucedieron regímenes autoritarios, los que se caracterizaron por impulsar políticas modernizadoras en lo económico y por una fuerte restricción a las libertades. Este hecho marcó el ocaso de la matriz clásica.

El cambio de la matriz sociopolítica comienza a manifestarse con claridad a mediados de los setentas y principios de los ochentas (varía según los países) cuando las sociedades comienzan a reconstruirse tras el fin de los autoritarismos.

En lo político destaca la paulatina consolidación de los sistemas democráticos que reemplazaron a las dictaduras militares. En lo económico se abandona definitivamente el proyecto de desarrollo hacia adentro para ser reemplazado por una economía neoliberal de carácter globalizada, lo que implica un fortalecimiento de la iniciativa privada en detrimento del accionar del Estado. Este giro neoliberal provocó cambios en la estructura social, ya que propició la rápida y excesiva acumulación de capital por parte de algunos grupos económicos en desmedro de las mayorías, lo que trajo como consecuencia el aumento de las desigualdades.

En definitiva, fenómenos como la globalización económica y su giro neoliberal obligaron a los Estados a adaptarse a los nuevos desafíos. Los actores clásicos ligados a los modelos de sociedad industrial, constituidos en función del trabajo y la política, ceden su lugar a actores a nivel globalizado que se enfrentan a poderes fácticos, que tienen como ejes el consumo, la información y los medios de comunicación.

En este contexto, las acciones colectivas están marcadas por la luchas por alcanzar derechos ciudadanos y por combatir la exclusión social. El surgimiento de la acción colectiva popular fue la constatación del debilitamiento de las instituciones clásicas que hacían de puente entre la ciudadanía y el Estado. Las instituciones que canalizaban las demandas son puestas en entredicho y los movimientos ciudadanos se toman la atribución de exigir públicamente la ampliación de sus derechos.

Para Garretón, las acciones colectivas de las últimas dos décadas están marcadas por el eje ciudadanía-exclusión, dentro del que caben los movimientos étnicos, las reivindicaciones de los sectores pobres urbanos, las organizaciones vecinales, los movimientos juveniles, entre otros. El segundo eje relevante es el que tiene relación con la inserción de la economía nacional en los mercados globalizados, lo que viene de la mano con un tercer eje que apunta a las transformaciones sociales y culturales provocadas por el modelo de consumo y la cultura de masas, influenciado fuertemente por el modelo norteamericano.

En este marco se produce una redefinición del ejercicio de lo político en democracia. La política –vinculada a la esfera institucional y partidista- como ente articulador de la acción colectiva pierde relevancia, en post de una resignificación de las formas de hacer política que apuntan a diversas esferas de la vida social.

Para Raúl Zibechi (2003: 185) Los movimientos sociales de nuestro continente:

“Son las respuestas al terremoto social que provocó la oleada neoliberal de los ochenta, que trastocó las formas de vida de los sectores populares al disolver y descomponer las formas de producción y reproducción, territoriales y simbólicas, que configuraban su entorno y su vida cotidiana”.

El autor identifica tres grandes corrientes político- sociales conforman el armazón ético y cultural de los grandes movimientos:

“(…) las comunidades eclesiales de base vinculadas a la teología de la liberación, la insurgencia indígena portadora de una cosmovisión distinta de la occidental y el guevarismo inspirador de la militancia revolucionaria. Estas corrientes de pensamiento y acción convergen dando lugar a un enriquecedor “mestizaje”, que es una de las características distintivas de los movimientos latinoamericanos” (Zibechi, 2003: 185).

De este modo, los movimientos sociales latinoamericanos tienen en común múltiples factores que cruzan transversalmente a toda la región. La lucha por la recuperación de territorios usurpados para fines privados, es la lucha por recuperar el arraigo territorial. El movimiento paradigmático es el Movimiento de los Sin Tierra, quienes han creado islotes autogestionados y han demostrado que es una alternativa viable de sobrevivencia.

El factor cultural también se ha convertido en un eje articulador de movimientos, ya que buscan alcanzar una revalorización de la cultura y la afirmación de la identidad de sus pueblos.

Las formas de organización de los actuales movimientos se alejan de la tradicional marcada por la jerarquización y la división entre los dirigentes y sus bases, ahora tienden a privilegiar la horizontalidad, asumiendo a menudo la forma de redes de auto-organización territorial.

La historia latinoamericana ha tenido una trayectoria particular, marcada por la convivencia de diversos procesos políticos, económicos y sociales, producidos por una cultura híbrida que ha mezclado culturas nativas con un desarrollismo que ha alcanzado diversos niveles de éxito. A pesar de la amalgama cultural que da forma a nuestro continente, se pueden establecer ciertos objetivos transversales que dan vida a los movimientos sociales, los más importantes estarán en la lucha por acotar las distancias sociales y terminar con la exclusión, la que se acentuó con la apertura económica hacia mercados globalizados. Esta apertura no solo trajo consigo el aumento de la desigualdad,

sino también el cambio de los actores sociales, quienes abandonan el calor de las organizaciones formales para ganar autonomía tanto en sus formas de acción como en los objetivos perseguidos. El abanico se abre de lo local hacia lo global, y la política –en su concepción clásica- deja de ser el eje articulador de la acción para dar paso a nuevas formas de pensarla y desarrollarla, esto es una consecuencia de la acelerada desvinculación entre actores sociales y Estado, lo que se manifiesta en la crisis de representatividad.

Se ha perdido la confianza en que las soluciones a los conflictos puedan venir desde el Estado, es por eso que movimientos de diversas orientaciones han optado por irrumpir públicamente utilizando formas de acción variadas.

En el contexto de nuestro país las cosas no son muy distintas. La dictadura desarticuló las fuerzas políticas y el tejido social, fue necesario reconstruirse desde la intimidad de la subsidencia, desde ahí se comenzaron a construir nuevas alianzas que serían las bases para el futuro.

La implementación de un sistema neoliberal a ultranza y la crisis económica de 1982, empujaron a los sujetos a desplegar redes de sobrevivencia, solidaridad y acción. Fue el envión para emerger y terminar con casi una década de silencio.

El periodo de protestas se silenció con la llegada de la democracia:

“No habiendo ya un enemigo común contra quien luchar ni tampoco un problema urgente que resolver por un número significativo de personas, las fuerzas tendieron a disgregarse, el apoyo económico a las organizaciones provenientes del extranjero se extinguió, o en el mejor de los casos, se reconvirtió, y el gran número de disconformes fue “cooptado” por los regímenes democráticos” (González, 2003:251).

Tal como señala González (2003), la transición a la democracia trajo consigo un nuevo proceso de rearticulación de los actores sociales. La reaparición de los partidos políticos, la mantención del neoliberalismo económico y las promesas de cambio atenuaron las movilizaciones.

Pero el cambio no se hizo efectivo. La nueva estructura política mantuvo el modelo económico heredado de la dictadura y las brechas sociales aumentaron. La frustración se

manifestó en una importante crisis de representatividad, lo que empujó a los movimientos a crear sus propias formas de acción y organización.

Si nos centramos en la génesis de los movimientos sociales contemporáneos, debemos mencionar como uno de los más importantes el “movimiento de los pingüinos” del año 2006, buscaba terminar con la ley LOCE, heredada de la dictadura, para mejorar la calidad de la educación escolar. Este movimiento puso sobre el tapete temas de fondo que apuntaban a la crisis sectorial y a su vinculación con todo el sistema socio-económico, colocando como tema de fondo el grado de desigualdad existente en nuestro país. Este conflicto se ha mantenido en el tiempo, con diversos momentos de emergencia y subsidencia, siendo el año 2011 cuando el movimiento estudiantil –esta vez empujado por los universitarios- alcanzó mayor notoriedad debido a su gran poder de convocatoria.

Manifestarse en la esfera pública es la forma tradicional de protesta, no obstante, en esta investigación sostenemos que la resistencia como praxis cotidiana también lo es. Dentro de los tipos de actores sociales que han emergido se encuentran aquellos que han tomado la opción consiente de hacer desde el día a día una resistencia al sistema, no sólo exigiendo al Estado cambios, sino también demostrando que se puede vivir desde la autogestión. Son actores sociales con un discurso político potente, organizados en colectivos donde predomina la horizontalidad y las ideas de cambio. Su forma de vivir sale de los cánones establecidos, sin embargo, aquello no excluye la posibilidad de que puedan mezclarse con grupos más amplios en busca de reivindicaciones locales o globales, lo interesante es su discurso y la forma de ejecutarlo. Sobre estas formas hablaremos a continuación.

2. Experiencias de Acción Colectiva: Objetivos y Repertorios de Acción

*“Podrán pasar mil años
verás muchos caer, pero si nos juntamos
No nos van a detener
Hay que agitar, pronto hay que agitar
No te resignes a esperar
No tengas miedo, los buitres nunca
Nos van a poder atrapar
No creas que nos han controlado
Cuando ellos duermen nosotros trabajamos
Y si despiertan estamos donde
sus perros no pueden llegar”.*

“Donde las águilas se atreven” Ataque 77

Las acciones colectivas históricamente han sido algo difícil de enfrentar para las autoridades, toda vez que su conformación es una manifestación del descontento social frente a políticas que sienten no los favorecen. Estas irrupciones rompen con el equilibrio y con la sensación de orden y seguridad que todos los gobiernos buscan proyectar, debido a que provocan incertidumbre al resto de la población.

Las formas de acción son variadas y pueden desarrollarse tanto en el espacio público como en el privado, siendo el objetivo *“la interrupción, la obstrucción o la introducción de incertidumbres en las actividades de otros”* (Tarrow, 1997: 22). Uno de los lugares donde se alcanza mayor impacto y resonancia mediática es en el espacio público porque altera el funcionamiento de la ciudad. Es ahí donde con mayor frecuencia se despliegan los repertorios de acción y ocurre el enfrentamiento con las autoridades, es el escenario preferido para desarrollar el juego de relaciones que dan vida a los movimientos sociales.

Sin embargo, la disrupción pública no es el único espacio, también se puede trabajar desde el ámbito privado, pues *“Aunque lo más habitual es que esta disrupción sea pública, también puede adoptar la forma de resistencia personal coordinada o de reafirmación colectiva de nuevos valores”* (Tarrow, 1997: 22). Dependiendo de los objetivos, se deberá buscar el escenario más propicio para alcanzar las metas propuestas. En el caso de las

okupas el espacio más valioso está en sus casas, esa es la trinchera desde donde rompen con lo establecido, donde hacen su trabajo y crean sus redes sociales. Ahora bien, ambos escenarios pueden ser complementarios y responder a diferentes fases del proceso.

Trabajar por un cambio de vida, por demostrarle a su entorno que se puede hacer algo viable desde otros principios, también es disruptivo:

“Para mí esto es mucho más social que a veces ir a gritar a una marcha. Es trabajo de fondo, trabajo real que va directo a la vena” (Martín).

Sin embargo, todo movimiento requiere de visibilidad y eso se alcanza cuando las redes se activan y dan como resultado la emergencia de un movimiento. Ambas etapas están en incesante retroalimentación: no hay acción sin trabajo ni sin objetivos.

Ningún movimiento tiene éxito si no hay un entramado de redes sociales que lo sustenten. Las redes son el alimento de toda acción, es el medio por el que circulan los bienes materiales y simbólicos necesarios para el dinamismo colectivo. La construcción de redes densas fomenta la solidaridad entre sus componentes y la formación de una identidad compartida que los mantiene unidos, incluso una vez que el entusiasmo inicial se ha desvanecido.

Cuando las redes se activan y se generan las oportunidades para la irrupción pública, se inicia el ritual del movimiento social en el que se despliegan una serie de formas de acción variables que -dependiendo del contexto- se utilizan para la consecución de sus objetivos y como forma de interpelar a las autoridades. Los repertorios de acción son cambiantes y están basados en formas de acción heredadas de movimientos sociales antiquísimos, como lo señala Tilly: *“es lo que saben hacer y lo que otros esperan que haga”* (Citado en Tarrow, 1997:66). En este juego de relaciones tanto manifestantes como autoridades despliegan sus herramientas, unos para hacerse escuchar, otros para reprimir. En todo escenario de acción las fuerzas represoras están presentes, razón por la cual los manifestantes siempre corren el riesgo de ser amedrentados. Es en este punto donde se mide el compromiso, toda acción implica riesgos y la capacidad de afrontarlos dependerá de sus motivaciones personales, pero también de la intensidad del vínculo que tenga con la causa que defiende.

2.1. Motivaciones y objetivos

Las motivaciones que subyacen a las acciones colectivas están en estricta relación con los factores políticos e ideológicos que los han llevado a hacer de la okupación una opción de vida. Buscan demostrar desde la praxis nuevas formas de organización, las que se desarrollan como un desafío a la estructura política y económica imperante. Es un medio para demostrar que es posible vivir de otro modo, lo que se observa tanto en las formas de apropiación como de organización y en la autogestión de la vida cotidiana, por mencionar los aspectos más importantes.

Las normas políticas se desafían ofreciendo formas de participación y organización alternativas, las que -influenciadas por el anarquismo- impulsan la práctica del asambleísmo y la horizontalidad.

La organización como tal no es algo relevante en la constitución de estos espacios:

“La organización es simplemente un medio, jamás el fin donde concentrar todas nuestras energías, es un espacio de relaciones en donde diversas individualidades se citan para actuar coordinadamente, un nodo que nos puede ser de gran utilidad, pero nada más”

La propuesta es la unidad para la acción:

“Nos unimos para hacer, no para parecer. Y ese hacer está condicionado por los intereses de cada grupo particular. Podemos agruparnos para auto-educarnos, para difundir la propaganda anárquica, para crear situaciones de tensión, para levantar instancias de economía no capitalista, para generar, en fin, una gama muy diversa de expresiones. Eso es lo urgente: hacer” (El Surco, 2012, N°39).

La formación de grupos de afinidad sirve para potenciar las ideas y creaciones del conjunto, lo que hace posible que surjan conexiones con otros nodos de orientación similar logrando ampliar el rango de influencia y el intercambio de bienes simbólicos necesarios para enriquecer la red.

Es importante señalar que toda acción tiene una orientación política concreta. Lo político se observa desde la recuperación del espacio hasta en sus formas de operar.

“Las motivaciones son políticas, pero no siempre con propuestas claras como programa político, sino que se van generando a medida que nacen las necesidades. No hay una verdadera programación de cómo se desarrollan los espacios, pero si una lógica anti-autoritaria de cómo afrontar las problemáticas y organizaciones de actividades” (Dante).

Las formas de organización no responden a las lógicas tradicionales, sino más bien configuran un escenario de acción y participación bajo una lógica activa del “hacer” constante utilizando vías alternativas. Su objetivo inmediato es generar lazos con el vecindario, y a largo plazo generar las redes (con otros grupos afines) para luchar contra el sistema.

Las motivaciones para participar en eventos de protesta son muy variadas y van desde marchas contra cumbres internacionales, movimientos ecológicos, feministas y un sin fin de razones. El punto de unión es la lucha contra un modelo político y económico que reproduce las desigualdades.

Las revueltas no necesitan grandes motivos para emerger, motivos pequeños como el alza de los alimentos, la implementación de una nueva ley o la represión policial pueden ser argumentos suficientes para desatar la rabia acumulada y reprimida durante mucho tiempo, es por esto que el conflicto surge como objetivo y la organización como uno de los métodos de lucha.

Desde el año 2001, hasta el presente, se han evidenciado en Chile potentes manifestaciones sociales que han cuestionado el orden político-económico imperante. La ciudadanía se ha volcado a las calles para rechazar decisiones gubernamentales como el alza del gas en la ciudad de Magallanes, el proyecto eléctrico Hidroaysén, el abandono de zonas extremas como Calama y Aysén. Así como también, se ha mantenido latente el movimiento estudiantil, el que abiertamente ha cuestionado el modelo de mercado, exigiendo al Estado un mayor grado de participación para que garantice una mejor calidad de la educación.

Estos movimientos están constituidos por una gran diversidad de componentes, que abarcan desde manifestaciones organizadas, convocadas por algún organismo articulador, hasta expresiones espontáneas. Todos los medios son válidos para expresar su descontento, logrando convocar a miles de personas en torno a la lucha por alcanzar reivindicaciones sociales transversales. Entre la diversidad de actores involucrados encontramos a los okupas, quienes jugaron un papel activo, tanto desde la calle como desde la apertura de espacios, cumpliendo una importante función articuladora al poner sus casas a disposición de otros grupos para realizar reuniones informativas y generar debates abiertos en torno a temas de interés.

¿Qué motiva a los okupas a vincularse con este tipo de movimientos? La respuesta apunta al trasfondo del conflicto. En primer lugar, existe empatía con los objetivos coyunturales que empujaron la emergencia del movimiento social. En segundo lugar, está aquello que subyace a todos estos conflictos: el malestar por la imposición de una economía de mercado que está inmersa en todos los ámbitos de la vida cotidiana. Así lo resume Dante:

“Porque además de la solidaridad con el tema estudiantil, es una ocasión donde reúne la masa y en donde se expresan el descontento que se tiene en esta sociedad donde todo está mercantilizado. Es un espacio concreto de expresión contra el orden establecido”.

La emergencia es el escenario escogido para expresar su malestar unido al grito de otras organizaciones. La subsidencia es el momento para trabajar en la consolidación de su proyecto colectivo y fortalecer las redes de apoyo. En este segundo espacio es donde está el trabajo más fuerte, el día a día, en la construcción de un mensaje a través de una forma de vida.

El movimiento okupa es un nodo que se conecta y desconecta permanentemente de movimientos sociales más amplios en función de los objetivos que se plantean. Son una importante fuerza de apoyo, aportando no solo capital humano, sino también espacios de articulación y debate. Es por esto que proponemos observar la okupación como un nodo

que se conecta con una serie de redes, dándole la libertad de intervenir socialmente en diversos ámbitos.

2.2. Repertorios de Acción

Los repertorios son un conjunto de formas de acción que utilizan los individuos para expresar sus demandas y hacerse oír. En general la base de los repertorios son conocidos y responden a prácticas heredadas, sin embargo, a causa de las variaciones en la composición de los movimientos y a la diversidad de conflictos que enfrentan es que el abanico de posibilidades se ha ampliado y ahora contienen desde formas de acción violentas hasta otras más innovadoras. La elección del repertorio dependerá del contexto en el que se desarrolle el conflicto y el objetivo a conseguir.

2.2.1. La violencia como repertorio

Los repertorios violentos han sido el recurso disruptivo más utilizado en la historia de los movimientos sociales debido a la simpleza de su accionar, no necesita organización y cualquier elemento puede ser utilizado como arma.

En los grupos más radicalizados la conflictividad es un elemento permanente en la lucha contra quienes detentan el poder. La pérdida de este elemento empuja al grupo a la mediación y con ello al letargo de la institucionalidad, en este contexto la violencia es una herramienta válida de lucha cuya utilización queda al libre albedrío de los grupos.

La violencia no surge como una acción irracional de la masa, sino que viene de grupos específicos que buscan manifestar su descontento a través del enfrentamiento con las autoridades y en el ataque a símbolos asociados al sistema económico, es por esto que son frecuentes los ataques a bancos, cadenas de farmacias, multitiendas, etc. Estos actos provocan reacciones encontradas, algunos se suman y las entienden como una forma más de protesta, otros las rechazan tajantemente acusándolas de desvirtuar el objetivo del movimiento que convocó la manifestación.

Pablo nos relata su visión y experiencia sobre la utilización de la violencia como forma de acción:

“Antes, en las marchas Mapuches era pura destrucción porque si estamos todos descontentos con este sistema a la hora de salir a protestar la idea es que a los huevones les duela y que pierdan plata, esa es la volá de destruir. Para mí nunca ha sido destruir por destruir, sería ideal un día destruir toda esta hueá y empezar de cero, pero al momento de ir a marchar la idea es que les duela, hacer que tengan pérdidas económicas que es lo que al final hace que tengamos este sistema tan para la cagada”.

Uno de los problemas que arrastra la utilización de la violencia es que trae consigo una fuerte represión por parte de las autoridades y el repudio mediático de la acción, lo que provoca que muchas veces se desvirtúen los objetivos iniciales.

Es importante señalar que la violencia también es producto de la interacción entre los que protestan y las fuerzas del orden. Tilly (1987) hace el siguiente balance: *“Las fuerzas represivas son las responsables de la mayor parte de los muertos y los heridos, mientras que los grupos a los que pretenden controlar son los que más daños producen”* (Citado en: Tarrow, 1997: 185).

Los riesgos del uso recurrente de la violencia –por parte de los manifestantes- es que reduce la incertidumbre y el Estado se basa en ello para polarizar a la opinión pública y legitimar la represión, aumentando su capacidad restrictiva y elevando los costos para los manifestantes.

Un ejemplo concreto de esta dualidad es el movimiento okupa, el cual ha sido vinculado recurrentemente con actos de violencia acontecidos en el marco de manifestaciones sociales. El Estado y los medios de comunicación instalaron en la opinión pública la idea de que los incidentes estaban siendo causados por grupos anarquistas, lo que ha provocado una confusión sobre el real ejercicio del anarquismo y su influencia en el movimiento. A causa de esta estigmatización se ha asentado la idea de que okupa, anarquismo y violencia son sinónimos. Si bien, el anarquismo reivindica el uso de la violencia como una forma de atacar el sistema, no significa que todos los actos de violencia sean causados por anarquistas ni que todos los okupas lo sean.

Al adjudicar los desmanes a un solo grupo -de los muchos que confluyen en una acción colectiva- provoca estigmatización social y la represión desmedida de parte de las autoridades.

2.2.2. Nuevos repertorios de acción

En la última década se han diversificado los repertorios, abriéndose a la posibilidad de combinar distintas formas de acción según las características del escenario de emergencia. No rechaza la utilización de elementos más violentos y radicales, sin embargo, cada vez se tiende más a favorecer el uso de medios más inclusivos que llamen la atención de los incrédulos y que descoloquen a las autoridades.

Una de las formas más novedosas está en la utilización de distintas disciplinas artísticas como forma de manifestación política. Sobre esto Oscar Aguilera (2003: 11) señala:

“La manifestación con bailes, música, tambores y actuaciones de teatro quizás identifiquen mejor que otros indicadores las variaciones y novedades que compartan las acciones políticas juveniles de este nuevo milenio. Las formas de acción a través del carnaval, que contribuye a la ritualización de la manifestación política, no es una cuestión superficial. La performance juvenil supone o más bien está íntimamente ligada a los contenidos fundamentales del movimiento: discurso propositivo, esperanzador y lúdico”

No extraña que distintas manifestaciones artísticas sean utilizadas como armas de lucha. El arte es un elemento presente en la gran mayoría de las okupas, pues es frecuente que muchos de sus cultores practiquen y enseñan distintas disciplinas como: teatro, clown, danza, fotografía, estencil, entre otras. Al traspasar estos conocimientos van generando redes con quienes utilizan el espacio para aprender y practicar. Lo interesante está en que cuando se configuran acciones colectivas las redes se activan y cada uno contribuye desde su creatividad para la manifestación. De este modo, en el marco de una protesta se pueden desplegar variadas y novedosas formas de acción que sorprenden a sus oponentes.

“Me acuerdo que para el primero de mayo se produjo algo súper bonito porque estaba la cagada y llegaron los pacos, entonces se produjo una contradicción porque qué iban a hacer, ¿pegarnos? Si veníamos todos cantando, bailando, venía el Chin-Chin con sus máscaras, otros haciendo malabares, música, otros haciendo performance. Entonces ¿para qué le vas a pegar a los locos? Entonces algunos sin darse cuenta, y otros de forma súper consciente, se dan cuenta de que el arte es un medio súper fuerte que está renaciendo” (Daniela).

Sin embargo, este medio no siempre genera consenso pues algunas facciones del movimiento critican el espíritu carnavalesco que adoptan las manifestaciones por considerar que distraen la atención de los objetivos concretos. Quienes defienden la utilización del arte como herramienta de acción política apuntan al discurso que subyace a él, ahí está la intencionalidad y el mensaje de quien lo representa. Es una herramienta útil que reviste a las acciones de nuevos colores y atrae a otras personas:

“(…) Si ven a un loco haciendo arte y hablándole a través del arte, ellos van a decir ¡ohhh! que bkn y se van a parar a mirarlo. Pero si ven a un loco con una molos la gente es capaz de agredirlo” (Daniela).

Estas formas de acción se han hecho bastante frecuentes en las calles durante las marchas o protestas, cantando, bailando o a través de performances. Así llaman la atención y logran entregar su mensaje emancipador de forma efectiva. El objetivo es hacerse de todos los medios posibles para mostrar realidades que permanecen ocultas. Es una forma tácita de desafiar el orden establecido saliendo de la lógica de lo posible.

Son herramientas útiles de irrupción, pero también sirven para la difusión de temas que no tienen cabida en los medios de comunicación tradicionales. Rompiendo con la rutina y ofreciendo algo llamativo se pueden alcanzar algunos grados de difusión y apoyo a los movimientos.

Emilio nos relata una de sus experiencias:

“La última vez los chiquillos bailaron danza Butoh, incluso hicieron unas molos y la gente en vez de arrancar se acercó. Más encima atrás estaban mostrando un video de lo que está pasando en el territorio Mapuche. Entonces la gente se empezó a acercar y cuando empezaron a ver las imágenes la gente decía “no lo creo” porque estaban viendo a los cabros y estaban viendo las imágenes entonces mucha gente dijo: “Ah, entonces por eso los cabros están saliendo a la calle. Por eso los cabros no están de acuerdo con esto”. Mucha gente preguntó y se llenó de vecinos, había gente que estaba desde los edificios mirando... creo que sería una buena arma. Todas las armas son buenas en este momento”.

3. Perspectivas y proyecciones políticas del movimiento de okupación

El movimiento de okupación es un fenómeno en expansión. Cada vez surgen más casas autogestionadas en Santiago y regiones que replican un trabajo de base en el que vinculan a un número creciente de simpatizantes, atraídos tanto por el proyecto libertario como por las actividades que ahí se realizan.

Cada casa tiene sus objetivos y por ende adoptará el nivel de apertura que se acomode más a sus propósitos, algunos formarán una okupa para vivir, otros optarán por construir centros sociales autogestionados abiertos a la comunidad. Ambas opciones son partes de un mismo movimiento, sin embargo, aquellas que se abren a la comunidad tienen más opciones de persistir y de construir redes con su entorno.

Asumiendo la dispersión de formas que engloba al movimiento, resulta necesario centrar el análisis en los aspectos que los unen creando una identidad colectiva.

Un factor en común es el proyecto libertario que los hace organizarse, vivir y actuar de una manera distinta. La autogestión se transforma en su estandarte y el principio de la acción constante en su motor, todo su quehacer pasa por la aplicación de ambos principios.

La acción es su horizonte, es por eso que una de sus fortalezas es el trabajo interno. Desde dentro dibujan su realidad y se la muestran a su entorno. Desde ahí tejen sus redes y las despliegan. Ese también es su refugio cuando el escenario se vuelve adverso.

Su accionar siempre está en el límite de lo permitido, sea en su gestión cotidiana o en el espacio público. El discurso político que subyace a sus acciones los hace peligrosos para sus oponentes porque desarrollan estrategias no convencionales, oponiéndose al sistema desde todos los frentes: actuando, resistiendo y creando.

En la última década el movimiento okupa se ha visto envuelto en muchos conflictos con las autoridades, la mayoría de ellos traen impreso una cuota de violencia. Se han formulado acusaciones de terrorismo, colocación de artefactos explosivos, violencia excesiva en las protestas, etc. Estas acusaciones traen consigo la represión y persecución por parte de las autoridades con el objetivo de encontrar pruebas, así se suceden los allanamientos a las casas y la estigmatización mediática.

La represión policial, manifestada en los allanamientos, quiebra las dinámicas organizativas al interior de las casas, terminando de golpe con el trabajo ahí realizado, lo que obliga a buscar nuevos rumbos. La ola de desalojos ocurridos durante los últimos años ha obligado a un repliegue del movimiento, lo que ha afectado y estancado algunos avances, así lo señala Pablo:

“En el último tiempo se ha difuminado caleta lo que era el Movimiento Social. Antes, ibas a una marcha y veías al cordón anarquista, los comunistas, a los verdes, los rojos, negros... tú mirabas y había de todo pero había cohesión. Ahora con el aparataje policial -y con todas las cosas que han pasado- como que la gente está mucho más dividida y con mucho más temor, la gente pasó de saludarse a no saludarse. Yo he visto que en seis años ha cambiado caleta, se van unos, entran otros y empiezas a desconfiar”.

Las ventajas de trabajar en base a redes, que son por definición acéfalas y sin dirección fija, es que su eliminación es imposible, por lo tanto, mientras una parte de ella debe replegarse para reconstruirse, otros brazos de la red siguen actuando. A través de lo observado postulamos que el estancamiento circunstancial no ha mermado el proceso de consolidación del proyecto. Solo en Santiago hay más de cuarenta casas con cierta articulación y en el resto del país cada vez aumenta más la presencia de espacios autogestionados. Este trabajo se ha visto respaldado por una importante labor contra-

informativa que se ve expresada en la creciente circulación de periódicos libertarios, video revistas y otras instancias que se difunden principalmente por internet.

Las casas pueden ser desalojadas o abandonadas, pero el proyecto social y político está por sobre un espacio material, sin embargo su éxito depende en gran medida de la mantención de las redes de apoyo. Analizar el movimiento okupa como un nodo articulador de redes es útil para comprender su subsistencia. Los periodos de subsidencia, más que debilitarlos se convierten en una oportunidad de rearticulación y de repensar las estrategias de protesta, las que no solo se expresan a través de irrupciones en el espacio público, sino también en su quehacer cotidiano.

“Al sistema no se le puede oponer de una sola manera, hay que atacar desde distintos frentes y en cada persona, en cada rubro, hay un tipo distinto de lucha. Hay muchos movimientos sociales que ya no están juntos como un solo bloque, pero que están ahí. Están creciendo cada uno por su lado. Están creciendo las okupas, las organizaciones sociales, las organizaciones anti carcelarias, etc. Ya no somos cabros chicos y las cosas nos están empezando a afectar directamente y eso va haciendo que crezca y ¿Qué va a pasar cuando se junten todos?, va a quedar la cagada. Yo veo que se viene con cuática, no sé si en uno, en dos, en cinco o en diez años más, pero en un país con tanto resentimiento como éste cuando uno ya cacha quién es el enemigo, lo identificas y queda la grande” (Martín).

Hablar de futuro para un movimiento que tiene como premisa el trabajo en el hoy y en el ahora es una contradicción, pero podemos indagar en sus perspectivas. Descubrimos que existe cierta polarización, mientras algunos ven el éxito en la posibilidad de mantener el trabajo al interior de las okupas y de expandirlo a un grupo más amplio, hay otras facciones que demuestra un claro interés por la posibilidad de crear un movimiento social autónomo, imitando el caso español donde los okupas se constituyen como un actor colectivo que expone demandas particulares.

En nuestro contexto esa posibilidad se ve lejana, debido a que el trabajo está muy circunscrito a su entorno inmediato y a la gestión de los espacios. Otra razón es la diversidad de orientaciones, mientras para algunos el movimiento debe seguir los

lineamientos clásicos del anarquismo, otros grupos se muestran más inclusivos y abiertos a otras perspectivas. Alcanzar un consenso sobre el proyecto futuro es casi una utopía en un movimiento ecléctico que condensa orientaciones tan diversas.

Nuestra apreciación es que a pesar de que existe un gran referente como el español, en nuestro país se desarrollan otras dinámicas que están enlazadas con la emergencia y subsidencia en distintos movimientos, pero con el foco puesto en el trabajo interno al interior de las casas. En este punto se puede avanzar si se dan las condiciones para llevar la autogestión a otros espacios, como por ejemplo, a través de la producción de medios contrainformativos, la creación de imprentas autogestionadas, entre otras instancias. Si bien hay un trabajo sostenido y de calidad que se difunde esencialmente por internet y en las instancias de sociabilización, aún falta que alcance más difusión para que seduzca a otros y se pueda transformar en una real alternativa.

Capítulo Cuarto

Reflexiones Finales

El movimiento okupa ha sido escasamente investigado en nuestro país, por esta razón nos planteamos el desafío de abordar los aspectos que nos parecen fundamentales para un primer acercamiento investigativo, dando énfasis a tres dimensiones: las formas de organización, sus vinculaciones con el entorno a través de la creación de redes sociales y las formas de acción colectiva. El análisis de estas variables ha sido el punto de partida para examinar al movimiento, permitiéndonos una visión más amplia de los medios y fines perseguidos, transitando así entre las motivaciones, prácticas y sentidos que los sujetos otorgan a sus acciones hasta la obtención de una descripción del movimiento.

Desde la perspectiva de los sujetos, la okupación es una opción de vida que se asume principalmente por dos razones: suplir una necesidad habitacional o como una decisión racional que implica vivir una opción política desde la praxis. Ambas razones no son excluyentes y suelen ser complementarias.

Las motivaciones políticas y el desarrollo de un ideario que aspira a la transformación social son el principal sustento de este movimiento. Lo político está fuertemente influenciado por los principios anarquistas, lo que se refleja tanto en las formas de organización como en las formas de acción.

En las okupaciones se experimenta una resignificación de lo político, entendiéndolo como una actividad cotidiana que se ejecuta desde la praxis. Esto implica que todo su “hacer” tenga esta connotación, lo que se ve reflejado en su organización donde el asambleísmo y la autogestión son los pilares fundamentales.

De este modo, observamos que lo político subyace a todos los conflictos y a todas las formas de acción, realizando una simbiosis entre teoría y práctica que los distingue de otros grupos, definiendo su ejercicio y sus objetivos desde una perspectiva distinta.

“(...) es la necesidad de establecer su propio orden (des-orden), donde no exista una separación entre lo personal y lo político, donde fluyan ambos ejes, sin engaño,

sin contradicción (...), donde la teoría y la práctica vayan de la mano” (Costa, 2004: 119).

Dedicar tiempo a la mantención de las casas y a la gestión de actividades es una forma de demostrar que es posible crear alternativas, transformando una propiedad privada en el techo que cobijará un trabajo colectivo.

La política tradicional está pensada desde arriba, la invitación de estos grupos es a repensarla desde los márgenes como una forma de demostrar que existen alternativas de contrarrestar los modelos culturales impuestos por la sociedad.

La segunda dimensión abordada consistió en analizar la capacidad de las okupas para establecer relaciones que tuvieran cierto grado de intensidad. En esta tarea, la creación de centros sociales autogestionados se transforma en un puente privilegiado para articular redes sociales, donde podemos distinguir dos canales: El primero, está vinculado con su entorno inmediato, específicamente con los vecinos y los participantes habituales de las actividades generadas al interior de las casas. Esta parte de la red contribuye al funcionamiento cotidiano, colaborando en las tareas de mantenimiento, seguridad y difusión. El otro vínculo relevante, es el mantenido con grupos afines (grupos ácratas, otras okupas, etc.), este lazo suele ser más intenso que el anterior puesto que involucra una concepción de proyecto social y político que está por sobre el espacio físico de desarrollo. A pesar de que la intensidad de los vínculos varía, cada parte de la red cumple una función específica e igualmente importante.

La capacidad de vincularse con el entorno a través de la creación de redes sociales, les ha permitido sobrevivir a periodos de persecución y criminalización, como el que enfrentan en la actualidad a causa del denominado “caso bombas”. Las redes no solo facilitan su sobrevivencia, sino que son el medio a través del cual se difunde un discurso social y político.

La constitución de redes es una tarea indispensable, tanto para la sobrevivencia como para la acción, es por esto que nuestra hipótesis de que las okupas pueden ser observadas como nodos articuladores de redes sociales ha sido corroborada. Son espacios dinámicos donde confluyen y se despliegan de manera simultánea redes en direcciones diversas.

La tercera dimensión analizada fue la acción colectiva. En términos prácticos podemos definirla como la manifestación de un proyecto político que se revela tanto en la emergencia en el espacio público –la mayoría de las veces de la mano de movimientos sociales más amplios-, como en la intimidad del trabajo cotidiano. La acción colectiva no es solo la emergencia pública, sino también el trabajo de artesanos realizado desde la subsistencia. Consideramos -en base a los testimonios analizados- que el momento de mayor producción material y simbólica se realiza en los períodos de poca exposición mediática, ya que, es ahí donde se abre la posibilidad de desarrollar nuevos proyectos y de vincular a nuevos actores. La acción no radica solo en lo visible, el silencio puede ser tanto o más provechoso.

Su falta de visibilidad pública y su concentración en el trabajo de base dificultan su definición como movimiento –en el sentido tradicional-, pues su articulación y composición dista de la imagen de los grandes movimientos sociales contemporáneos que defienden causas transversales y que cuentan con altos niveles de convocatoria. Además, persiste en el imaginario la asociación con el movimiento okupa español el que ha alcanzado cierta relevancia debido a su constante vinculación a manifestaciones masivas, ya sea empujando causas propias o como complemento de otras. Que las okupaciones chilenas no cumplan a cabalidad con este perfil no significa que no podamos hablar de la existencia de un movimiento, la diferenciación está en el tipo de movimiento en que se constituyen.

Considerar a los okupas como un movimiento social reduce el análisis a un campo de acción limitado, puesto que en contadas ocasiones han emergido como grupo reconocible, siendo la resistencia a los desalojos los eventos más comunes de emergencia concertada y autónoma. Sin embargo, esto no le resta poder a su capacidad auto-organizativa, ni pone en entredicho la densidad de sus redes sociales, pero nos obliga a indagar en la existencia de otro tipo de movimientos que apuntan a objetivos más específicos. Por esta razón, proponemos utilizar el concepto de “conjuntos de acción” para analizar a los grupos más pequeños o que se encuentran aún en una fase de maduración.

Los conjuntos de acción no son delimitados como los movimientos sociales por sus componentes o por sus temáticas, sino que además se pone el acento en:

“el análisis interno de sus vínculos, de sus confianzas y de la densidad de sus relaciones. Y también las relaciones entre conjuntos en sus procesos, dando cuenta de todas las estrategias en juego en cada contexto completo de una problemática determinada” (Villasante, 2006:13).

En definitiva, proponemos la existencia de un movimiento okupa en Santiago (y en Chile), que ha manifestado un crecimiento lento pero sostenido durante dos décadas, encontrándose en este momento en una etapa de maduración.

El camino a la consolidación del movimiento okupa se evidencia tanto a nivel práctico como discursivo.

Desde la práctica se otorga gran seriedad al trabajo de bases que involucra tanto su entorno cercano como a sus grupos afines. La consolidación de casas que llevan años realizando un trabajo constante, tanto en Santiago como en regiones, sin duda es un síntoma de que el mensaje se está expandiendo y está dando frutos en las conciencias.

La expansión creciente del movimiento fija la necesidad de afianzar las redes sociales y de mantener despejados los canales de comunicación.

A nivel discursivo también se observa un avance, pues al concebir las okupas más como Centros Sociales Autogestionados que como soluciones habitacionales, inevitablemente ha obligado a sus integrantes a plantearse objetivos concretos y a repensar el ejercicio colectivo en términos proyectuales. Sin embargo, este punto aún está en fase embrionaria debido a que si bien hay consenso en ciertos aspectos transversales como una visión crítica hacia el sistema económico neoliberal y a cómo éste ha invadido todas las facetas de la vida social, existe gran diversidad de opiniones y de propuestas lo que amplía el abanico de opciones.

El *“No future”* de los setentas se mantiene como principio de rebeldía y como el recuerdo de una sociedad en la que el capitalismo florecía a costa de la desgracia de la ciudadanía. Cuatro décadas después el sistema económico se ha consolidado y sigue dejando fuera a un gran número de personas. Movimientos como el de okupación buscan mostrar desde su experiencia otras formas de vivir y pensar la sociedad, realizando una invitación a invertir los papeles, colocando a la praxis por sobre elaboraciones teóricas y al día a día por sobre promesas inciertas.

Hoy, el “*No future*” parece una ironía para un movimiento que se encuentra en expansión y que está avanzando, manteniéndose fiel a sus objetivos primordiales: la acción directa a través de la mantención de un espacio, organizado en función del apoyo mutuo y la autogestión.

A través de esta investigación hemos profundizado en los aspectos más relevantes de su funcionamiento cotidiano, así como también en sus acciones y proyecciones. Esperamos que los resultados expuestos sean un aporte para el reconocimiento y comprensión de un grupo cada vez más amplio de personas que utilizan la okupación como su forma de protesta, apoyados en la convicción de que nada es inmutable y que con trabajo e imaginación es posible construir alternativas.

Bibliografía

Adell Argilés, Ramón y Martínez López, Miguel (coordinadores) (2004). “¿Dónde están las llaves? El Movimiento Okupa: Prácticas y Contextos Sociales”. Ed. Catarata, Madrid.

Aguilera, Oscar (2003). “Tan jóvenes, tan viejos: Los movimientos juveniles en el Chile de hoy”. Inter Joven [en línea]. En:

http://injuv.gob.cl/cedoc/Coleccion%20INTERJOVEN%201998%20-%202006/Triangulo_de_la_%20Bermudas/PDF/23.PDF [consulta enero, 2013].

Álamos Cardemil, R. Ignacio (2009). “La cultura política de los colectivos libertarios latinoamericanos en el Cono Sur: casos de Chile, Argentina y Uruguay”. Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile.

Andréu, J. (2000). *Las técnicas de análisis de contenido; una revisión actualizada* [en línea]. En: <http://public.centrodeestudiosandaluces.es/pdfs/S200103.pdf>

Bidart, Claire (2009). “En busca del contenido de las redes sociales: los “motivos” de las relaciones”. *Redes*, Vol. 6, N° 7, pp. 178-202 [en línea]. En: <http://revista-redes.rediris.es>

Canales, Manuel (2006). “Metodologías de investigación social”. Ed. LOM, Santiago.

Castells, Manuel (1999). “La era de la información: economía, sociedad y cultura. Vol. II: *El Poder de la Identidad*”. Siglo veintiuno Editores, México.

Costa, María del Carmen (2004). “Okupas, culturas de contestación”. En: *Estudios de Juventud* N° 64, pp. 117-121.

Delgado, Juan Manuel; Gutiérrez, Juan (coord.) (1995). “Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales”. Editorial Síntesis, Madrid.

Fernández, Roberto; Martínez Patricia (2001). “El proceso de apropiación espacial en la okupación “La Kasita”. Tesis para optar al grado de Psicólogo, Universidad Arcis.

Feixá, Carles; Costa, Carmen; Pallarés, Joan (2002). “Movimientos juveniles en la Península Ibérica. Graffitis, grifotas, okupas”. Editorial Ariel, Barcelona.

Feixá, Carles; Molina, Fidel; Alsinet, Carles (2002). “Movimientos juveniles en América Latina. Pachuchos, malandros, punketas”. Editorial Ariel, España.

Freeman, Linton (2000). “La centralidad en las redes sociales. Clarificación conceptual”. *Política y Sociedad*, N° 33, pp. 131-148.

Garretón, Manuel Antonio (2001). “Cambios sociales, actores y acción colectiva en América Latina”. Cepal. Serie Políticas Sociales, N°56.

González, Maricela (2003). “*Treinta años de movimientos sociales en Chile: Revisión histórica y programa de investigación futura*”. Revista Persona y Sociedad, vol XVII, N°3, pp. 249-262.

Gutiérrez Barbarrusa Virginia (2004). “Okupación y movimiento vecinal”. En: Adell Argilés, Ramón y Martines López, Miguel (coordinadores). “*¿Dónde están las llaves? El Movimiento Okupa: Prácticas y Contextos Sociales*”. Editorial Catarata, Madrid, pp. 115-127.

Hebdige, Dick (2004). “*Subcultura. El significado del estilo*”. Editorial Paidós, Barcelona.

Herrero Salas, Tomás (2004). “*Movimiento de las okupaciones y movimientos sociales: elementos de análisis para el caso de Cataluña*”. En: Adell Argilés, Ramón y Martines López, Miguel (coordinadores). “*¿Dónde están las llaves? El Movimiento Okupa: Prácticas y Contextos Sociales*”. Ed. Catarata, Madrid, pp. 129-149.

Iglesia, P (1996). “*El movimiento por los centros sociales*”, Ekintza Zuzena, N° 20 [en línea]. En: <http://www.nodo50.org/ekintza/spip.php?article279>

Iranzo, Marian (2003). “*Génesis y esencia de las redes*”. En: Acciones e Investigaciones Sociales, N° 18, noviembre, pp. 139-151.

Jara, Cristina (2011). “*Mercantilización del Rock: Análisis de la industria cultural musical desde la teoría crítica*”. Revista Pequeño, Vol. 1, N° 1, pp. 60-71.

Keith Melville (1980). “*Las Comunas en la contracultura. Origen, teorías y estilos de vida*”. Editorial Kairós. Barcelona.

Llobet Stany, Marta (2004). “*Contracultura, creatividad y redes sociales en el movimiento okupa*”. En: Adell Argilés, Ramón y Martines López, Miguel (coordinadores). “*¿Dónde están las llaves? El Movimiento Okupa: Prácticas y Contextos Sociales*”. Ed. Catarata, Madrid, pp. 179-203.

Maffesoli, E. (1990). “*El Tiempo de las Tribus*”. Ed. Icària, Barcelona.

McCarthy, John D. y Zald, Mayer N. (1973): “*The Trend of Social Movements in America: Professionalization and Resource Mobilization*” en Zald, M.N. y McCarthy, J.D., Social Movements in an Organizational Society: collected essays, New Brunswick, N.J.: Transaction Publishers, 1987, 337-391

Martínez López, Miguel (1997). “Okupa y Resiste. *Conflictos urbanos y movimiento contracultural*”. Congreso Español de Sociología de la cultura, Pontevedra.

----- (1998). “*Islas de autogestión en un mar de contradicciones. Cuatro movimientos sociales alternativos en el Estado Español (1978-1998)*”. Universidad de Santiago de Compostela [en línea]. En: http://www.miguelangelmartinez.net/IMG/pdf/1998_movimientos_sociales_Gijon.pdf

----- (2001). “*Para entender el poder transversal del movimiento okupa: Autogestión, Contracultura y colectivización urbana*”. VII Congreso Español de Sociología, Salamanca.

----- (2003). “*Condiciones sociales de vida y autoreflexibilidad en el movimiento de okupación*”. En: Homobono Martínez, J. I.; Rubio – Ardanaz, J.A. (Edts). “Las culturas de la ciudad, 2”. Zainak, Cuadernos de Antropología-Etnografía, N°24, pp. 707-738.

----- (2004). “*Del urbanismo a la autogestión: Una historia posible del movimiento de okupación en España*”. En: Adell Argilés, Ramón y Martínez López, Miguel (coordinadores). “¿Dónde están las llaves? *El Movimiento Okupa: Prácticas y Contextos Sociales*”. Ed. Catarata, Madrid, pp. 61-88.

----- (Febrero/ 2010). “*El movimiento de okupaciones: una larga e inquietante existencia*”. Viento Sur N° 108, Madrid, pp. 43-48.

McCarthy, John D. y Zald, Mayer N. (1977): “Resource Mobilization and social Movements: A Partial Theory”, *American Journal of Sociology*, N° 86, pp. 1212-124.

Melucci, Alberto (1994a): “¿*Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?*”. En E. Laraña y J. Gusfield (eds.), *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, pp. 119-149.

----- (1994b). “*Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales*”. *Zona Abierta* N° 69, pp.153-180.

----- (1999). “*Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*”. Colegio de México.

Merelo Guervós, Juan Julián (2006). “*Redes sociales: una introducción*”. Depto. Arquitectura y Tecnología de Computadores, Universidad de Granada, España.

Navarro, P. y Díaz, C. (1995). “*Análisis de contenido*”. En J.M. Delgado y J. Gutiérrez, (Coords), “*Métodos y Técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*”. Editorial Síntesis, Madrid, pp. 177-224

Pérez Ledesma, Manuel (1994). “*Cuando lleguen los días de la cólera (Movimientos Sociales, teoría e historia)*”. *Zona Abierta* N° 69, pp. 51-120

Porras, José Ignacio y Vicente Espinoza (2005). “*Redes. Enfoques y Aplicaciones del Análisis de Redes Sociales (ARS)*”. U. Bolivariana, Santiago.

Rashke, Joachim (1994). “Sobre el concepto de movimiento social”. En: *Revista Zona Abierta* N° 69, pp. 121-134.

Reguillo, Rossana (2000). “*Emergencia de las culturas juveniles. Estrategias del desencanto*”, Editorial Norma, Buenos Aires.

Revilla Blanco, Marisa (1994). “*El concepto de movimiento social: acción, identidad y sentido*”. Zona Abierta N° 69, pp. 181-213.

Riechmann, Jorge y Francisco Fernández Buey (1994). “*Redes que dan libertad: introducción a los nuevos movimientos sociales*”. Editorial Paidós, Barcelona.

Rodríguez, Carla; Mery Carolina (2003). “*Reportaje: Okupa: Emergencia de una nueva marginalidad*”. Tesis para optar al grado de Periodista y Comunicador Social. Universidad Arcis.

Rollón, María Luisa (1997). “*La dimensión política de los movimientos sociales: algunos problemas conceptuales*”. *Reis* N° 79, pp. 247-266.

Rubio García, Ana (2004). “*Perspectivas teóricas en el estudio de los Movimientos Sociales*”. Circunstancia. Año I, N° 3 [en línea]. En: http://www.ortegaygasset.edu/contenidos.asp?id_d=383%20

Theodore Roszak (1984). “*El nacimiento de una contracultura*”. Editorial Kairós, Barcelona.

Tarrés, María Luisa (coordinadora) (2001). “*Observar, escuchar y comprender sobre la tradición cualitativa en la investigación social*”. FLACSO, México.

Tarrow, Sidney (1997). “*El Poder en Movimiento: los Movimientos Sociales, la Acción Colectiva y la Política*”. Alianza Editorial, Madrid.

Tilly, Charles (1986). “*The Contentious French: Four Centuries of Popular Struggle*, Cambridge, Mass: The Belknap Press of Harvard University Press.

Tilly, Charles (1990) “Modelos y realidades de la acción colectiva popular”, Zona Abierta, 54/55, pp. 167-195.

----- (2005). “*Los movimientos sociales entran en el siglo veintiuno*”. Política y Sociedad, Vol. 42, N° 2, pp. 11-35.

Touraine, Alain (1969). “*Sociología de la Acción*”. Editorial Ariel, Barcelona.

Vargas Hernández, José (2004). “*Teoría de la acción colectiva, sociedad civil y los nuevos movimientos sociales en las nuevas formas de gobernabilidad en Latinoamérica*”. Nómadas N°9 [en línea]. En: <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/nomadas/9/jgvargas.htm>

Villasante, Tomás R. (2000a). “*Algunas diferencias para un debate creativo: abriendo una etapa para el Network Analysis*”. Política y Sociedad, N° 33, pp. 81-95.

----- (2000b). “*Redes y Socio-Praxis*”. Política y Sociedad N° 33, Universidad Complutense de Madrid.

Villasante, Tomás R. y Gutiérrez, Pedro (2006). “*Redes y Conjuntos de Acción: para aplicaciones estratégicas en los tiempos de la complejidad social*”. REDES, Vol. 11, N° 2.

White, Harrison (2009). “*Redes e Historias*”. Redes, Vol 16, N° 1, pp. 1-43 [en línea]. En: <http://revista-redes.rediris.es>

Wellman, Barry (2000). “*El análisis estructural: Del método y la metáfora a la teoría y la sustancia*”. Política y Sociedad, Universidad Complutense, Madrid [en línea] <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/pecar/Articulos/Wellman2806.pdf>

Zibechi, Raúl (2003). “*Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos*”. Osal: Observatorio Social de América Latina, N°9, pp. 185-188.

Recursos Audiovisuales

Royo, Octavi; Ferré, Ignasi (2008). *Okupa: Crónica de una lucha social* (Documental). España: Prokaos.

Video Revista Sinapsis N° 1, abril 2007

----- N° 3, agosto 2007

----- N° 4, diciembre 2007

Recursos Electrónicos

www.lanacion.cl

www.elpais.com

www.periodicoelsurco.cl

www.alasbarricadas.org

www.lahaine.org

www.nodo50.org

www.okupatutambien.net

www.punksonidos.com.ar

www.sindominio.net

www.revolucionanarquista.cl.